



•
ORRE

•
AGUSTIN YAÑEZ

•
MAGDALENO

•
JOSE SILVA

•
ANUEL PEDRO
GONZALEZ

UNIVERSIDAD

30

JUNIO

1938

C T S

M E X I C O



EL TABACO CLARO

nunca fue

TABACO OSCURO



... así como las uvas blancas
DIFIEREN *de las hojas!*

Los sauternes y los vinos del Rhin no provienen de la misma uva que el oporto y el jerez. Unos se elaboran con determinadas clases de uva blanca, en tanto que los otros requieren la uva de tipo moscatel. Nadie niega que ambas frutas son de la misma especie y, sin embargo, difieren; como difieren también, en tabacos, el claro del oscuro.

MONTE CARLO[®] es producto de tabacos claros. En consecuencia, su aroma y sabor difieren de cualquier cigarro elaborado con tipos oscuros. Sólo fumándolo podemos apreciar el íntimo placer que encierra su fina calidad. Ciertamente que cuesta un poco más; pero los fumadores alertas afirman que bien vale pagar la diferencia!



... refleja su buen gusto!

Vista de uno de los hornos especiales para secamiento de tabacos claros.



UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

S U M A R I O

LA UNIVERSIDAD ANTE EL PORVENIR	3	Palabras del Rector, DR. GUS- TAVO BAZ	44
Diálogo con André Breton, RAFAEL HELIODORO VALLE	5	NUESTRO CANJE	45
La Enseñanza del Acento Cas- tellano en los Estados Unidos de América, L. CLARK KEATING	9	ANTE LOS LIBROS RECIE- NTES	47
La Iglesia en la Edad Media, PEDRO ARGUELLES	11	PANORAMA Lugones, Adalid y Gregario, LUIS ALBERTO SANCHEZ ..	1
Cardoza y Aragón en la Lírica, ALFREDO SAUCEDO	18	El Rinoceronte de Durero y sus Historiadores, CAMPBELL DODGSON	4
Héroes de Corrido, MIGUEL N. LIRA	20	La Novela en los Estados Uni- dos, J. DONALD ADAMS	5
La Explotación Agrícola de los Ejidos, MIGUEL MEJIA FERNANDEZ	23	La Arquitectura Mexicana, ANTONIO PEREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA	8
La Inteligencia, el Cuerpo y la Voluntad de Poderío, VICENTE MAGDALENO	28	Chaliapin, Príncipe de los Can- tantes, JOHN ALAN HAUGHTON ...	9
Anatole France y la Libertad de Cátedra, DR. JOSE SILVA	30	Alemania o la Exageración, ANTONIO MACHADO	11
Yanquilandia Ignota o el Rever- so de la Medalla, MANUEL PEDRO GONZALEZ	33	Categoría y Anécdota, GUILLERMO DE TORRE ...	13
El Teatro de Gutiérrez Hermo- sillo, AGUSTIN YAÑEZ	39	Cuaderno de Arte N° 6. Las Capitulares de los Libros de Coro, JULIO PRIETO.	
Nostalgia en la Tarde, ANTONIO ACEVEDO ESCO- BEDO	43	Fuera de Texto: Suplemento Musical. 1ª Romanza para Piano, VICENTE T. MENDOZA.	

J U N I O

NUM. 29

TOMO V

Esta Revista constituye una de las publicaciones del Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México. Registrada como artículo de 2ª clase con fecha 12 de enero de 1937.

Oficinas: Bolivia, 17. México, D. F.

UNIVERSIDAD NACIONAL

Justo Sierra, 16. • México

Rector: Dr. GUSTAV

cial Mayor: Dr. En-

DES



*Pida hoy mismo de-
mostración gratis y fo-
lletto explicativo.*

*Pagar a plazos
cómodos.*



No hay excusa para que una máquina de escribir haga más ruido que un lápiz. La máquina moderna es la REMINGTON NOISELESS. Conserva sus nervios tranquilos. Escribe por mecanismo de presión, gentil y suavemente. Funciona mejor; las cartas son más claras y el gasto de conservación se reduce a su mínimo.

Remington Noiseless

REMINGTON RAND INTERNATIONAL, S. A.
Eric. 3-00-33
Apartado 14-23

Mex. L-09-26
Ave. Madero, 55

A.
26
55

LA UNIVERSIDAD ANTE EL PORVENIR

PASADA la crisis dolorosa, vuelve a erguirse la Universidad, y mira hacia el futuro, como un convaleciente: quebrantado el cuerpo; henchida el alma de vigor y de esperanza.

La absurda tesis de la Universidad Política ha sido ya juzgada. En maestros y estudiantes alienta ahora un nuevo espíritu: el espíritu eterno que da vida a la idea universitaria.

Maestros y estudiantes parecían haber olvidado que la esencia de la Universidad está en la vida académica, esfuerzo común que se orienta hacia el logro de lo verdadero y sólo puede realizarse en un medio de libertad, respeto mutuo y apasionado amor por todas las manifestaciones culturales.

Quien dice Universidad dice universalidad, armonía de lo diverso. Diversidad de tareas, coincidencia final de aspiraciones. Cuando el sectario o el fanático pretenden cortar las alas del espíritu o hundir al pensamiento en la obscura cárcel del dogma, aquella idea resulta irrealizable.

La libertad que hace posible la vida académica, no debe ser careta de lo arbitrario, disfraz de bajas pasiones, sino libertad auténtica, autodeterminación responsable: posibilidad de decir lo que se piensa y expresar lo que se siente, cuando a la rectitud del pensamiento se halla unida la honestidad del corazón.

La Universidad ama la libertad, y sabe que no puede vivir sin ella. Pero exige de sus miembros sinceridad y honradez. Es casa abierta a los que pueden enseñar y a los que quieren aprender. En sus aulas podrán dejarse oír todas las voces, no importa que vengan de la derecha o de la izquierda. Su misión no consiste en volver los ojos a uno o a otro lado, sino en clavarlos en la altura. El verdadero ideal universitario está por encima de la lucha de los partidos; se cierne sobre ellos, como una paloma sobre el diluvio.

Rápidamente, nuestra institución vuelve a la normalidad. Los estudiantes no han olvidado su papel. Están cansados de la demagogia, la agitación estéril, la política intrascendente. Desean aprender, y tienen el derecho de pedir buenos maestros. La Universidad no ignora que debe responder a esta exigencia.

Hay, sin duda, múltiples irregularidades que corregir, pero todo tiene remedio, cuando existe un firme propósito de depuración y autocrítica. Los alumnos han puesto ya el ejemplo: las últimas elecciones efectuáronse en un ambiente de legalidad y de orden. Hubo escuela en la cual los candidatos de la planilla triunfante vencieron a su rival por la pequeña diferencia de dos votos; y los vencidos, dando muestra de civismo e hidalguía, reconocieron lealmente su derrota y tendieron la mano al vencedor.

La Universidad confía en que los nobles propósitos del presente cristalizarán en una obra fecunda. La semilla buena produce siempre buenos frutos.

El ideal universitario podrá transformarse en una hermosa realidad, cuando los que pueden enseñar y los que quieren aprender se acerquen lealmente unos a otros y, movidos por el mismo *eros* filosófico, unan sus esfuerzos en un común anhelo de justicia, belleza y bondad.

DIÁLOGO CON ANDRÉ BRETON

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

Lo que el surrealismo se propone es combatir todo lo amargo y paralizante que tiene la oposición inmemorial del ensueño a la realidad.

El surrealismo tiene raíces antiguas y en eso se distingue de los otros movimientos renovadores, el cubismo y el futurismo.

No basta que sea obra de un revolucionario, sino que también sea poesía, para que ésta merezca llamarse revolucionaria.

México tiene en actividad su pasado mítico y tiende a ser una atmósfera surrealista por excelencia, en sus aspiraciones, en su dinámica, en su flora, en su acento individual. México no es un mito, sino una vibración de la realidad. Es un país en el que la tradición popular está más viva que en otro cualquiera.

Puede ser éste el mensaje que André Breton dirige desde la tribuna de México al gran auditorio americano. Un mensaje de gran poeta, de europeo que vive entrañablemente el momento histórico que nos ha tocado en suerte sufrir. En su visita memorable a esta tierra de prodigios telúricos, de presentimientos y de tragedias, de magníficos anticipos, Breton me confiere el honor de ser uno de los voceros de su pensamiento y me habla con categórica seguridad, se expresa rotundamente al juzgar algunos de los problemas estéticos que conmueven a la cultura occidental en este mediodía solemne de expectativas. Y le escucho no sólo con la rendida cortesía que se debe a un huésped tan esclarecido como él, sino con la limpieza mental de quien sabe que esta visita es todo un acontecimiento.

Una vez que se inicia nuestro diálogo, André Breton no puede disimular la sorpresa que le ha dado la prensa diaria de México al no ocuparse de las conferencias a que le ha invitado la Universidad Nacional.

—No le extrañe—le digo—que no se trate del caso particular de usted. Lo mismo se ha hecho con otros; pero no porque haya animadversión o consigna, sino porque a veces el relato detallado de un crimen es más interesante que la llegada, por ejemplo, de Einstein o el apareamiento de una nueva constelación en el cielo del Anáhuac. El diarismo norteamericano tiene muchos imitadores, y no sólo en México, Breton, sino en otros países de esta bella y dulce América...

—Lo mismo sucede en Francia. De manera que estamos a la altura. Ahora comprendo. Yo creía que...

—Pero usted ha recibido bienvenidas tan admirables como esa del artículo que el otro día publicó Luis Cardoza y Aragón y que ha gustado tanto, sobre todo porque nos parece que es una de las más felices exégesis del surrealismo.

—He leído lo de Cardoza y Aragón y está muy bien.

—Y Agustín Lazo ha dicho también, en finísimo ensayo que publicamos en "Universidad", todo lo que sabe—como poeta y pintor—del surrealismo. ¿Es que el surrealismo es tan antiguo como Lazo lo advierte con irónica erudición? Si es así, los mayas fueron en cierto modo surrealistas...

—Ese artículo—responde Breton—me ha parecido tan comprensivo como documentado. Es verdad, como usted parece descubrirlo con sorpresa, que en lo que tiene de esencial el surrealismo no data de ayer, quiero decir del día en que yo lo he sistematizado.

—¿Y el cubismo? ¿Y el futurismo?

—Cabalmente, el surrealismo se distingue en eso de los otros movimientos modernos. El "automatismo psíquico puro" (excluyendo el control de la razón) que preside al surrealismo, es tan viejo como el mundo y lo he testificado de conjunto asegurando que en el curso de todas las tentativas de reducción a las cuales me entregué, de lo que se llama comúnmente "el genio", yo no había encontrado nada que no se relacionase con él.

—¿Fue preciso, entonces, aislarlo?

—Me he limitado a "aislarlo", como se hace químicamente con un cuerpo simple, y a determinar los medios de obtenerlo.

—¿El surrealismo es sólo para la poesía y la pintura? ¿No tiene horizontes en la música?

—En lo que concierne a la música, me es preciso declinar toda competencia.

—¿Y en la arquitectura?

—En arquitectura, Salvador Dalí no ha cesado de llamar la atención sobre la construcción "modern style" en general, y la obra de Gaudí en Barcelona, en particular.

—¿Y cuál es para usted la obra arquitectónica que considera más surrealista?

—Por mi parte la única, la que yo admiro sin reservas, es el "Palacio Ideal" realizado en un rincón perdido de la provincia francesa hacia fines del siglo XIX, por un cartero rural llamado Cheval.

—¿Pero es posible? ¿Pudiera usted darme algunos datos?

—Se trata de un magnífico laberinto de cuento, rodeado de gigantescas estatuas primitivas, excavado de grutas y en el que los muros esculpidos desarrollan la visión única que su autor ha tenido de la historia del mundo. Sólo con sus manos, el cartero Cheval ha construido ese palacio en 35 años, extrayendo de sus sueños la inspiración y utilizando por todo material las piedras que en una carretilla podía recoger a diario en sus correrías.

—¿Cómo encuentra México? ¿Es el México que usted soñaba?

—Usted sabe que el surrealismo se ha propuesto, ante todo, hacer cesar lo que la oposición inmemorial del ensueño a la realidad puede tener de amargo y paralizante.

—Ya conozco el mensaje de Salvador Dalí en "Revista Hispánica", de Nueva York, que dirige mi amigo Federico de Onís. Y me parece de una claridad extraordinaria, pero yo preferiría oír de usted la más próxima definición.

—He intentado demostrar en diversas ocasiones, autorizándome para ello los ejemplos tomados de mi vida personal, que si, como lo ha establecido el psicoanálisis, la actividad del sueño depende estrechamente de la actividad de la vigilia que la precede —y permítame usted subrayar lo que voy a decir—, de la misma manera la actividad durante la vigilia procede, a lo menos parcialmente, de la actividad onírica anterior. Que el hombre adquiera conciencia de la interpretación constante de esas dos actividades y le será dado, en el plano sensible, sobrepasar el sufrimiento que engendre en él la lucha del principio del placer y del principio de la realidad, sobre el plano intelectual, conciliar el conocimiento intuitivo y el conocimiento racional.

—Lo que equivale a decir que usted primero soñó a México.

—Soñé a México y me encuentro en México: el paso de ese primer estado al segundo se operó en esas condiciones, sin el menor choque. La referencia a México no podía constituir, por otra parte, más que un caso particular. En efecto, para mí nunca como ahora la realidad ha venido a llenar con más esplendor las promesas de la ensoñación.

—Justamente ya usted nos dijo algo de eso en su primera conferencia en nuestra Universidad.

—En ella he querido precisar las razones profundas que me unían desde lejos a este país, más que a ningún otro, y que ya sobre el lugar no han hecho más que reforzarse: las lecturas de infancia que le prestan una reverberación única, la poesía con Rimbaud, la pintura con Rousseau el aduanero, convidan a venir a México, y luego su pasado mítico todavía activo, el maravilloso crisol social que constituye la actitud ejemplar que ha tomado en estos últimos años en su política interior y en la exterior, y, aunque esto sea más confidencial, al sentido único con que, en su expresión, da muestra de un valor sensible que me es caro: el "humour negro".

—Admirable la expresión de "su pasado mítico todavía activo". ¿México sigue siendo un mito? Hay un México imponderable, hay un México al que todavía los ojos nuevos ven a través de cendales de mitología.

—Pero este México no es un mito. Es un México que está vibrante de verdad, no solamente para el oído del poeta, sino para el de todos los hombres que tienen cuidado de distinguir la condición social de la condición humana, y se esfuerzan, como se hace aquí, en determinar los medios colectivos para asegurar su compatibilidad.

—¿Hay un México surrealista? Si usted cree que lo hay ¿en dónde lo ha encontrado?

—Aparte de todo lo que le he dicho, México tiende a ser el lugar surrealista por excelencia. Encuentro el México surrealista en su relieve, en su flora, en el dinamismo que le confiere la mezcla de sus razas, así como en sus aspiraciones más altas.

—¿Una de ellas?

—La de acabar con la explotación del hombre por el hombre; así como es una de sus aspiraciones más humildes la de guardar para el más pequeño objeto usual su acento individual, artístico, imprimiendo en el producto del trabajo la caricia de la mano del hombre.

—¿Y qué sabía usted de México? ¿El fusilamiento de Maximiliano?

—La aventura francesa en México, tan poco prestigiosa como sea posible, es de una calidad pintoresca, demasiado convencional, para haberme retenido mucho.

—Ya Diego Rivera nos había hablado mucho de usted.

—Alrededor del nombre de Rivera tienen, en efecto, tendencia a cristalizarse en Europa las grandes ideas directrices del México moderno, o más bien lo que la prensa reaccionaria de allá no puede menos que dejar de adivinar. Las reproducciones de sus frescos nos han hecho entrar, mucho más de lo que ustedes piensen, en la historia exaltante de este país. Ellos nos han ayudado no solamente a conocerla, sino a comprenderla.* Ellos enseñan más que la mayoría de los libros que nos hablan de México, y ésto en razón de que la obra de Rivera no es solamente la de un gran pintor, sino también la de un hombre que tiene la llave materialista de los acontecimientos, un hombre que en la vida se ha señalado por sus actos sonoros de independencia, de discernimiento y de bravura y que, además, está en posesión de varios secretos.

—Me parece de un extraordinario interés lo que usted dice de Rivera.

—Rivera ha sabido reanudar solo, en el mundo, más allá de las disciplinas teóricas del arte más evolucionado, la tradición popular, más viva aquí que en toda otra parte, y el genio de su raza. Consiento voluntariamente en admitir que lo que he podido saber de México hasta hoy—demasiado poco, supóngase usted, pero bastante para decidir electivamente en mi amor—lo haya aprendido de él, porque mucho de lo que encuentro aquí irradia alrededor de su personalidad.

Y la conversación entra en una atmósfera que necesariamente nos ha llevado al tema de la actual pintura en México. Y pregunto a Breton:

—¿Cómo encuentra usted la pintura mexicana?

—No la conozco bastante bien aún, y su problema me parece demasiado diferente del que tiene que resolver la pintura europea, para poder aplicarle los puntos de vista que me son familiares.

—Pero ¿cuál es para usted lo característico del arte mexicano?

—Me parece que lo es el que se manifiesta en toda su trayectoria, como el producto de una corriente mental ininterrumpida y que, bajo ningún pretexto, debe dejarse interrumpir. Esto no significa naturalmente que ha de permanecer ignorando las buscas que se prosiguen en otras partes, y, muy particularmente, que no tenga necesidad de aplicarse a resolver la crisis abierta, según creo, por el perfeccionamiento incesante de los medios mecánicos de representación, entre ellos la fotografía y el cinematógrafo. La obra plástica—escribía yo en 1928, en "El surrealismo y la pintura"—para responder a la necesidad de revisión de los valores sensibles sobre la cual, hoy en día, concuerdan todos los espíritus, se referirá a un "modelo puramente interior" o no existirá. Desde entonces no he cesado de darle prisa por llegar a ese refugio. Digo solamente que aquí la pintura se debe a sí misma el no operar esta revolución, sino guardando a todo precio el contacto con el arte popular, al cual se debe, por ejemplo, el admirable cuadro anónimo "Así es la vida" descubierto por Roberto Montenegro y legado por él a uno de estos museos. En relación con esto, no hay actualmente pintura que, tanto en el tiempo como en el espacio, me parezca mejor situada que la de Frieda de Rivera.

—¿Cómo ve usted los problemas de la pintura en Francia?

—La pintura en Francia obedece a los tres impulsos muy distintos que, en el período que precede inmediatamente a la guerra, le han dado Pablo Picasso, Marcel Duchamp y Giorgio de Chirico, el primero alejándose del aspecto visual del objeto, en busca de su estructura y su substancia; el segundo elevando dudas graves sobre la importancia de las técnicas para poder ceder a todos los caprichos de la inspiración; y el tercero sacando de la aproximación inesperada de diversos objetos más o menos imitados grandes chispas en el sentido de la imagen poética. Estos tres impulsos, compenetrándose, han tenido como resultante el surrealismo. Fuera de él no se sigue con interés más que la empresa de Kandinsky, que tiende a la edificación de un arte "concreto no figurativo", y no de un arte "abstracto" como se tiene costumbre de designarlo erróneamente.

—¿Quiénes son los más vigorosos paladines que defienden la posición surrealista?

—Ernest, Arp, Miró, Masson, Tanguy, Dalí, Paalen, Domínguez, Seligmann, Espinosa, Matta—usted reconocerá entre ellos cinco españoles—defienden esa posición y con toda su obra testifican que la pintura y la escultura deben ser puestas hoy al ser vicio de la representación mental y ya no de la percepción. Fuera de Francia, esta idea no ha cesado, por otra parte, de continuar su curso y puede decirse

que ella inclina hacia el surrealismo toda la producción plástica en Inglaterra, en los países escandinavos, en la Europa Central, en Japón, etc., etc.

No puedo prescindir de preguntarle sobre la situación en Francia y sobre los temores de la próxima conflagración mundial.

—El Diablo quisiera que esa guerra no fuera sino un mito!—contesta Breton—. El hecho es que los espíritus están mejor preparados para esa guerra que en 1914. En el momento en que dejaba a Francia, la anexión de Austria por Alemania era saludada con gritos belicosos y con patéticos llamamientos a la “unión sagrada”, en la cual los dirigentes stalinistas eran, naturalmente, los primeros en llevar la voz cantante. La guerra parece inevitable, y todo lo que se pueda esperar es que ella cree más opositores que la precedente, que la aprovechen para conducir a las masas al abatimiento del capitalismo, de la cual es ella el resultado.

—Acabamos de leer en la revista mexicana “Síntesis” un ensayo de Valéry, en el que insiste en su esperanza de que si hubiera esa conflagración América sería el refugio a donde vendrían a parar los restos de la cultura occidental.

—El ensayo de Valéry es un síntoma del estado actual de depresión porque está pasando Europa, y da cuenta, más que agradablemente, del estado de descomposición en que se hallan los organismos burgueses destinados, en teoría, a favorecer el acercamiento de los pueblos: el Pen Club, el Instituto de Cooperación Intelectual, etc. La decepción de Valéry, quien ha sido, por excelencia, el hombre de esas empresas falaces y el representante oficial del “sprit” francés de post-guerra, se resuelve contra él y contra todos aquellos que pretenden operar en la superestructura, en lugar de trabajar verdaderamente por la transformación del mundo, es decir, por el derrumbamiento radical de las condiciones económicas sobre las cuales reposa.

Y como Breton es uno de los grandes poetas de nuestro tiempo, me ha parecido oportuno, para sellar esta entrevista, interrogarle sobre los destinos de la poesía pura, que tan a discusión ha estado en los últimos tiempos:

—¿Es que ya no tiene razón de ser la poesía pura? ¿Es que “toda” poesía no es revolucionaria?

—Temo mucho que la poesía pura haya ido a reunirse con “el arte por el arte” en el bazar de las curiosidades sin porvenir. Para que una poesía sea revolucionaria, no basta que sea la obra de un revolucionario, sino que se necesita que sea también poesía. Pero toda pretendida “poesía”, cuyo autor no tenga conducta revolucionaria, se relaciona, pura y simplemente, con la impostura.

—En algún comentarista del surrealismo me parece que he leído esta afirmación de usted: “La poesía y la revolución deben ir juntas”.

—Formulada de ese modo, no reconozco esta idea como mía. En la misma medida en que no he cesado de sostener que la poesía está hecha para expresar, no el “contenido manifiesto”, sino el “contenido latente”, que tiene por función objetivar el “mito colectivo” de una época, me he opuesto siempre a que se quiera hacer de ella un instrumento de propaganda, aunque fuese con la intención de propagar la revolución. Mi ruptura con Aragon, en 1930, se debió en gran parte a mi intransigencia sobre ese punto. Dije que la poesía, que es ante todo arte de lenguaje, obedece a determinaciones particulares, se desarrolla según una curva particular que es imposible hacer coincidir con el desarrollo de las reivindicaciones sociales.

—Entonces, ¿cuál es para usted el poeta auténtico?

—El poeta auténtico, para quien se trata siempre de oponer lo que podría ser a lo que es, no puede sobre el plano de la acción práctica dejar de definirse como revolucionario, no puede dejar de hacer suya la causa de la clase oprimida. Y es lo que yo traté de expresar hace tiempo así: “Transformar el mundo” ha dicho Marx; “cambiar la vida” ha dicho Rimbaud; para nosotros, surrealistas, esas dos palabras de orden son una sola.

LA ENSEÑANZA DEL ACENTO CASTELLANO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Por L. CLARK KEATING

UNIVERSIDAD DE ILLINOIS

DE vez en cuando aparecen en las revistas de los Estados Unidos artículos en favor de la enseñanza de la literatura hispanoamericana, en las escuelas y universidades de nuestro país. Sugieren también que debemos prestar más atención a la cultura y al pensamiento de nuestros vecinos del Sur. Pero rara o ninguna vez se habla del acento o de la pronunciación, y mientras tanto, continuamos nosotros, los maestros, enseñando la pronunciación de un solo distrito de España—es decir, insistimos en que nuestros alumnos pronuncien como unos cuantos habitantes de Castilla. Así parece que vemos la importancia de la cultura de la América Latina, pero no nos atrevemos a enseñar su pronunciación.

Hace diez años nadie habría osado preocuparse de la cuestión, pero ahora la actitud y la práctica de innumerables colegas deben conducir a una franca discusión. ¿Hay motivo de abandonar el "castellano"? El escritor lo cree, pero veamos los argumentos de los aficionados al castellano.

Hay que confesarlo: hasta ahora las opiniones de las autoridades han apoyado el acento castellano. El doctor Navarro-Tomás, por ejemplo, dice en la introducción de su excelente libro *La Pronunciación Española*:

"Señálase como norma general de buena pronunciación la que se usa corrientemente en Castilla en la conversación de las personas ilustradas". (1)

El sabio señor don Ramón Menéndez Pidal opina lo mismo en su introducción de *A Primer of Spanish Pronunciation* por los señores Navarro-Tomás y Espinosa:

"No se impone, dice, fanáticamente la modalidad *castellana*, sino que se atiende al *español* de las personas ilustradas. Claro es que se indica como preferencia la pronunciación *castellana*, por ser más conforme con la tradición literaria y con la ortografía general. En verdad el aprendiz ex-

tranjero, puesto a escoger entre el seseo y la distinción de *s* y *z*, obrará desacertadamente si elige la modalidad menos literaria, la que no está comprobada por las rimas de toda la poesía española. Bueno que el andaluz y el americano no se desvivan por corregir su seseo, ya que es aceptable también en Castilla como modalidad culta; pero será insensato que quien va de nuevo a aprender el español, sin tener sobre sí el peso de la tradición, no aprenda la distinción de *s* y *z*, que además de ser mucho más aceptable a su vez en Andalucía o en América, es preferible para el buen uso de la ortografía y para el estudio de la poesía española". (2)

Se ve que estas opiniones son de críticos autorizados y sabios, pero hay quizás algo que decir en contra de ellos. Por supuesto, si se acepta la declaración de que el *seseo* es menos aceptable en la América Latina que el acento castellano, y si es verdad también que los hispanoamericanos prefieren el castellano a la forma más corriente de su lengua, entonces al insistir en lo contrario se corre el riesgo de parecer más hispanoamericano que los mismos hispanoamericanos, lo que resulta absurdo. Pero a pesar de las opiniones contrarias, me atrevo a ofrecer un testimonio disidente.

Hace ocho años que suelo discutir la cuestión de la pronunciación española con cada hispano que encuentro. La gente que ha discutido este asunto conmigo ha incluido ciudadanos de casi todos los países hispanos, y los resultados han variado poco. Con la excepción de algunos puertorriqueños, todos han estado de acuerdo en decir que el castellano no se oye en su respectivo país a menos que sea en la boca de algún español u otro extranjero. Aún más, mis interlocutores declaran que aunque no exista prejuicio contra el castellano en sí, hay prejuicio definido contra el castellano de los norteamericanos, los ingleses y demás extranjeros. Dicen todos que visto que so-

(1) T. Navarro-Tomás, *Pronunciación española*. (Madrid: 1932), p. 8.

(2) T. Navarro-Tomás and Aurelio M. Espinosa. *A Primer of Spanish Pronunciation*. (New York: 1933), pp. xiv-xv.

mos vecinos los norteamericanos y los hispanoamericanos, no hay razón alguna para que aprendamos el dialecto de una sola región de España. Y por esto protestan muchos hispanos contra la enseñanza del castellano en los Estados Unidos, y aplauden el número creciente de maestros norteamericanos que dejan al castellano.

Las personas que se muestran más leales al acento castellano son en general los profesores eruditos, cuya reverencia para las cosas de España puede explicarse más como una nostalgia para la tierra maternal, cuya literatura enseñan.

Esta fingida afición al acento de Castilla no se imita en las naciones de América, según mis informes. A una voz, las naciones americanas declaran su independencia lingüística. No creen necesitar la imitación de Madrid más que yo, norteamericano, necesito imitar el acento de Oxford en Inglaterra. De modo que, en vez de alabar el acento del yanqui visitante, con su cuidadosa pronunciación de la *zeta* y la *elle*, el hispanoamericano por su parte se enfada o se ríe. Así vemos la mala influencia de la pronunciación escolar.

Una vez que hemos decidido que en los Estados Unidos se debe adoptar alguna clase de pronunciación hispanoamericana, se presenta el problema de escoger el acento que nos sea más útil, y que nos atrae más. ¿De qué modo debemos dejar la norma castellana, y en qué dirección? Hasta ahora la diferencia del español de país a país ha sido para nosotros una excusa para quedarnos con el castellano, y temen nuestros maestros conservadores que si adoptamos una pronunciación " ecléctica " haya peligro de que hablemos una clase de "español-esperanto" que no tendrá uso alguno fuera de las aulas universitarias.

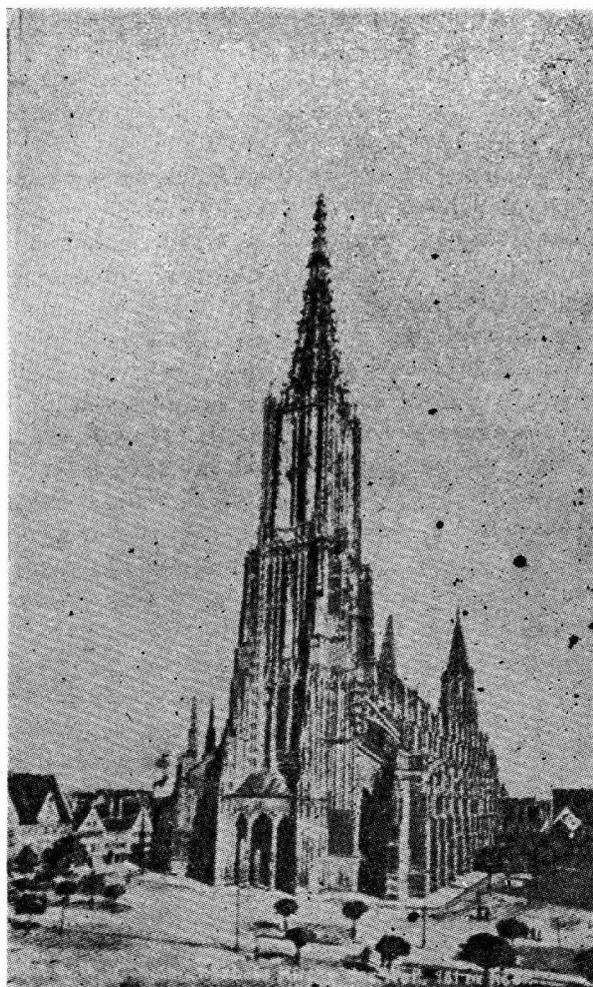
Hay, sin embargo, algunas características sobresalientes del idioma hispanoamericano. Importantisimas son el yeísmo y el seseo, y esos modales se enseñan fácilmente. En otras cosas no sería práctico imitar la dicción del mexicano culto. Así tendríamos un español del nuevo mundo, sin exageración y por eso aceptable en todo el mundo latino. Aquí oigo las quejas de mis compatriotas: "¡Hombre, los otros americanos no

aceptarán nunca la pronunciación mexicana! Preferirían el castellano al español de México. Además, la pronunciación de México es tan poco distante del castellano que resulta lo mismo. ¿Qué van a pensar los argentinos, los chilenos, etc.?" Francamente la imaginada interrupción no me inquieta de ninguna manera. Naturalmente hay diferencias entre los países, pero el "hispanoamericano" es una entidad tan actual como el "americano". (3) Las diferencias de la articulación de país a país no son enormes. Además, la proximidad de México y el creciente intercambio turístico son razones válidas para la adopción de su pronunciación.

A los que dudan que el mexicano sea aceptable, los refiero a varios hispanos de mi conocimiento. Hace varios años que enseñaba el *yeísmo* y el *seseo* en mis clases. Estas clases las han visitado chilenos, colombianos, mexicanos y puertorriqueños, y nunca ha sido desfavorable su reacción. Encuentro, también, que mis estudiantes hallan menos dificultad con la pronunciación. Les gusta la idea de aprender la pronunciación del país que algún día quizás tendrán la oportunidad de visitar. Y además, ¡si quieren cambiar al castellano no lo encuentran difícil!

Por último, se puede decir que la comprensión del problema llega a ser fácil si nosotros los norteamericanos analizamos nuestros sentimientos al oír al mexicano o al chileno que habla con acento de Inglaterra. No nos disgusta, ni nos enfada, pero nos consta que para ellos no vale la pena tomar por modelo un país tan lejano del suyo. Mas el caso sigue así. Nosotros aprendemos a hablar como españoles. Los latinos aprenden el inglés de Inglaterra, y los dos hablamos de panamericanismo. Si creemos, entonces, que debiera estudiar cada uno la cultura del pueblo vecino, empecemos por la lengua. Respetemos al castellano, pero aprendamos el español americano.

(3) El Dr. Alfred Coester lo niega. Lo niega también el señor Navarro-Tomás. Ver su artículo "El idioma español en el cine parlante". ¿Español o Hispanoamericano? (Hispania: Feb., 1931) (pp. 9-30. Me atrevo a opinar lo contrario.



LA IGLESIA EN LA EDAD MEDIA P o r P E D R O A R G Ü E L L E S

I

LA IGLESIA CIVILIZADORA

LA Edad Media y la Iglesia; parece imposible desligar estos dos nombres magnos. La Edad Media, contrariamente a lo que a veces se afirma, es una época de agitación fervorosa, de revoluciones, de ambiciones, de sacrificios. Se crea, se combate

por la libertad en los campos de batalla y en los tumultos de las ciudades, en las escuelas y en las iglesias, con las armas y con sofismas. Se intenta todo porque se desconoce todo; un mundo en constante agitación. Pero en medio de este batallar recio y continuo, nada es mezquino, ni el bien ni el mal; todo estupendo y grande.

Se inventa el papel, la pintura al óleo, los molinos de viento, se resuelven los problemas más

difíciles de la mecánica; en la química aparecen el alambique, el agua fuerte, la sal amoníaco; las letras de cambio facilitan las operaciones del comercio; vienen los espejos de cristal, el café, el azúcar. Sería interminable la enumeración de los progresos realizados en estos siglos que algunos llaman bárbaros con indocta injusticia.

Y bastarían esas maravillosas catedrales, cuyas agujas apuntan al cielo como índices que señalan a las almas el infinito, fuera de las tristezas de la tierra; bastarían esos monumentos, eternidad de la piedra hecha espíritu, que se llaman Nuestra Señora de París, Colonia, Toledo, San Marcos de Venecia, Santa María dei Fiore, el Cementerio de Pisa donde el pincel dantesco de Orcagna divinizó la muerte; bastarían esas creaciones inmortales, luz de Dios en el genio sobre el negro piélago del dolor humano, para glorificar esa edad tan calumniada por el academismo del siglo XVIII.

La Edad Media no es "un paréntesis de la civilización"; es una época que abarca dos mundos distintos, el ocaso de los pueblos bárbaros y los albores de la Europa Moderna. Participa de la fantasía infantil, religiosa y guerrera de los invasores y del cálculo frío y la crueldad de mercaderes y feudales; lo mismo de la suave cultura de los monasterios godos que de los odios políticos de güelfos y gibelinos. Entre estos dos extremos, los hechos y los hombres ofrecen los caracteres más variados, tanto altos y generosos como torpes y crueles. Y así a la vez de Bernabé Visconti, de Luis XI, del lívido Alberto de Austria, aparecen Dante, Nicolás Rienzi, Rogelio Bacón, Alberto el Grande, Juana de Arco. Y todo en medio de desastres que se hubiera podido creer suficientes para destruir toda civilización.

Pero si la Edad Media es batalladora y contradictoria, su signo característico es la Iglesia con sus actividades contra las herejías y sus luchas contra el poder temporal de los imperios. Basta observar cómo mientras las sociedades cambian y se modifican en una serie de emancipaciones lentas, difíciles y dolorosas, aparece siempre la Iglesia mezclada en todas las contiendas, en los sacrificios como en las violencias, a veces luchando con los güelfos por la libertad de Italia, a veces oprimiendo a los pueblos por la ambición de sus papas, por la soberbia de sus obispos o por la rigidez de sus doctrinas aferradas a concepciones teológicas y a interpretaciones falsas en pugna con la razón.

* * *

Las invasiones germánicas habían acabado con el centralismo que hacía de Roma la dueña del mundo, y cada nación venía por fin con su propio

carácter y su genio a figurar en el concierto universal. Pero ya en el siglo VI los nuevos reinos de Europa abrazan la religión católica; no tanto por la persuasión de sus doctrinas, sino como una bandera contraria al arrianismo, la religión de los conquistadores.

Graves conflictos se presentan entonces a Roma. La dominación longobarda mancha la república, mientras la secular civilización romana, la cultura latina, es amenazada por los bárbaros. Contra los usurpadores extranjeros los papas buscan el apoyo de los francos, el pueblo guerrero por excelencia; para salvar la cultura itálica amenazada por la barbarie germánica, buscan el apoyo de Bizancio, la "Nova Roma", albergue de la civilización helénica, la ciudad trazada con el hierro de la lanza de Constantino, como antes la "Roma Quadrata", trazada con el arado de Rómulo.

La cultura itálica y la democracia, tales eran los nuevos ideales de los papas, fundados en una aparente espiritualidad y que, como todos los ideales, descansaban en una concepción real. La cultura itálica heredada de la antigüedad, el pensamiento helénico, desde Platón—a través de Aristóteles—injertado en la filosofía cristiana por Alberto el Grande, el orden geométrico en el orden teológico. Y la democracia, la república pontificia, distante de la antigua república senatorial, pero también contraria a la tiranía de los reyes. Tales eran los problemas de la Iglesia dentro de su concepto como pastor de pueblos y de pueblos como rebaños.

La Iglesia juzgada históricamente entra aquí en su gran época, se encamina ya a los fines de la civilización, del saber, de la organización política y social, del progreso humano, conservando en gran parte la herencia del mundo antiguo. El pontificado, heredero de la Roma pagana, defendiendo los derechos de la conciencia y la libertad de la vida espiritual contra los bárbaros.

La Iglesia, desde las invasiones, reclama con toda justicia el gobierno del Estado; le pertenece por ser la más apta. La Iglesia es el regazo maternal en esta infancia de los pueblos; más tarde este maternal regazo tornarase durísimo, cuando las sociedades ya formadas reclamen sus libertades y sobrevengan los primeros choques entre la Iglesia y los imperios, entre la aristocracia militar y la aristocracia eclesiástica.

Este dominio de la Iglesia, que funda el poder espiritual y el poder temporal en sus papas y que después de Carlo Magno se convierte en equilibrio político, fortalece la unión de los pueblos conquistados contra los conquistadores, establece un principio de justicia social y propaga ideas de orden, de paz, de lealtad, de abnegación, desconocidas antes.

Sería injusto negar la importancia de la Iglesia Católica en todos los tiempos. El catolicismo, arraigado fuertemente en el corazón de los pueblos latinos, influye en la historia de Europa de manera diversa; pero en ninguna época el papel de la Iglesia fue más glorioso, más limpio, que en estos siglos, cuando los bárbaros victoriosos se apoderan de las opulentas ciudades latinas, que Alarico les ha mostrado desde lo alto de los Alpes Julianos; cuando Juan Crisóstomo dice: "Soy el padre común, no sólo de los que están en pie, sino de los caídos"; cuando San Agustín profesa la doctrina de que los gobiernos son instituidos por el pueblo y para el pueblo; cuando los obispos predicán la paz, la fraternidad y el perdón; cuando el Evangelio, como rocío del cielo, refresca los ardores del odio y amansa los furiosos paganos; cuando la Iglesia, fundada en la igualdad de los hombres, sin nobleza ni privilegios, acoge a todas las ovejas.

¿Hay, sin embargo, en este apacentar de rebaños un principio de tiranía?

II

LA IGLESIA DOMINADORA

Decíamos que la Iglesia busca el apoyo de Bizancio para salvar la civilización antigua, amenazada por la barbarie germana; mas ya en los siglos VI y VII, la unidad bizantina se debilita. La Iglesia de Oriente, exclusiva y griega, metafísica y cortesana, es más bien nacional que ecuménica; en oposición a la Iglesia de Occidente, universal y fecunda, orgullosa y docta, persuadida de su superioridad y de su genio. Bien pronto romperíase todo vínculo entre el pontificado todopoderoso de Roma, rebelde a la autoridad imperial, y la estéril Iglesia de Bizancio convertida en Iglesia de Estado. El cristianismo teológico de Constantinopla contra el cristianismo canónico de Roma.

Entretanto el poder de los obispos crece, no tanto por su dignidad eclesiástica, sino por su ascendiente en la opinión. Los obispos llegan a ser los directores de la sociedad y bajo su tutela la república renace después de quinientos años de imperio. No es ciertamente la antigua república senatorial de los dictadores y los césares, sino la república pontificia que reclama la supremacía de la Iglesia sobre todos los poderes de la tierra. Y no se diga que esta fuerza de la Iglesia es inmaterial, que vence por el portento de la fe, por la voluntad divina; no, el milagro lo realizan la fuerza de las masas y la bravura de los francos; son las crisis de la historia y los movimientos sociales los que refuerzan este poder de la Iglesia ya en estos primeros siglos.

Por esto, y cuando un siglo antes, los godos, con Recaredo en España, abrazaban la religión católica y ahora los longobardos, ya sin rey y gobernados por duques, se convierten al catolicismo, llega el momento de las grandes conversiones y el triunfo de la Iglesia es completo. Tal es el momento también en que la Iglesia de Occidente repudia a Constantinopla; ya no necesita su apoyo y se vuelve contra el sentido heterodoxo de la Ciudad Imperial, enemiga ahora de la Ciudad Eterna.

Y llegamos aquí, en rápido vuelo, al siglo VIII. La federación itálica repudia la monarquía; a la tutela civil de un rey prefiere la teocracia. Ciertamente la desaparición del reino longobardo va a destruir la esperanza de crear una fuerte nacionalidad, pero vendrán ahora los municipios de las ciudades republicanas: Milán, Pisa, Génova, Venecia; la Italia que nutre y educa por tantos siglos a Europa, las repúblicas de la Edad Media, donde hace su aparición el arte; repúblicas herederas de Atenas en sus mayores poetas, en sus artistas que esculpen las puertas del Baptisterio florentino y levantan "las sombras de la escultura antigua" sobre el sepulcro de los Médicis; repúblicas de descubridores y navegantes, herederas también del "mare nostrum", el mar de las naves fenicias que dieron la vuelta al Africa y de los argonautas que dieron la vuelta a Europa. Repúblicas gloriosas que sólo por su desunión serán vencidas por el poder de los reyes!

Es de notar cómo en medio de estos movimientos aparece la idea del orden. Es la idea dominante en el individuo y en la colectividad; la división de clases en la Iglesia expuesta más tarde por Santo Tomás, y la división en la sociedad civil en campesinos y ciudadanos. Esta división social va equilibrada en una serie objetiva de valores, no sólo vitales y utilitarios, sino espirituales y religiosos y propende a reproducir en síntesis el orden absoluto de las cosas. Una sucesión gradual de todos los seres de tal suerte, que la división de clases no sólo comprende funciones económicas sino hechos espirituales y vitales. Este concepto del orden es, sin embargo, un concepto revolucionario; no es el concepto de Marx que afirma el orden de la sociedad socialista sobre la anarquía del estado actual, sino el orden del Universo que existe en sí. Es decir, para la Edad Media el orden del mundo es en primer término un orden teológico, "presupone la unidad de forma y de vida en el orden"; para nosotros es totalmente distinto: "el orden no aparece sino como costumbre y la vida como anarquía". El pensamiento moderno es histórico; el pensamiento medieval es metafísico.

Acaba el siglo VIII. Carlo Magno ha plantado su lanza en el suelo de Italia; se apodera del reino longobardo que entrega al Papa, y el Papa pone la corona imperial en la cabeza del monarca. El clero ha adquirido un poder inmenso sobre la opinión y este poder servirá al emperador, quien en pago dará a la Iglesia fundaciones piadosas, jurisdicción canónica, inmunidades, territorios. La Iglesia será eximida de impuestos, de servicios personales, de tributos; tendrá el poder y la riqueza que van a alterar las costumbres y la disciplina del clero. El Papa ha acabado con sus enemigos y extiende su autoridad sobre un dominio sin límites, sobre el dominio de la conciencia. La Iglesia destruye las castas abriendo las puertas del sacerdocio a cuantos lo demanden; opone la fuerza moral a las múltiples fuerzas materiales, la unidad religiosa al fraccionamiento del feudalismo, la democracia educada en los conventos y en las universidades, a la aristocracia anidada en los castillos.

El aumento de bienes raíces y la preponderancia del episcopado, son los hechos más importantes que se realizan en el orden interior de las iglesias. El obispo es algo así como primer magistrado, el representante más visible y más influyente de la Iglesia; reside en la ciudad y el conjunto de parroquias depende de la Diócesis. Los obispos se atribuyen toda autoridad eclesiástica y usurpan en parte el poder civil; son los jefes de las greyes aldeanas y los tribunos de la plebe de las ciudades; son los legisladores y los árbitros en los conflictos de las comunidades; tienen la riqueza; poseen la propiedad territorial, y tienen la sabiduría; son los herederos de la luz que recibieron los apóstoles del Espíritu Santo. Una y otra vez intentará el Estado reducirlos a la obediencia, el episcopado llevará la lucha contra el Estado apelando a todos los medios; a ve-

ces llega a la falsificación de documentos jurídicos, como en las colecciones que a mediados del siglo IX aparecen en Maguncia.

Pero sobre los obispos, como sobre los reyes, como sobre todo, estará el Papa. La caída del imperio carolingio que priva a los papas de un protector poderoso, les da sin embargo mayor influencia sobre el imperio. Ya Gregorio el Grande en el siglo VI hablaba a los obispos y a los reyes con la autoridad de jefe universal. Sólo que este triste poder de jefe universal hará perder a la Iglesia la Germania del Norte, la Inglaterra de los normandos y los sajones, la Suiza de los burgundos y los helvéticos, la Dinamarca y la Suecia de los escandinavos. Mas esto será más tarde, en los siglos XV y XVI, cuando se verá a los papas entregados a las más desenfundadas ambiciones, lo mismo a Alejandro VI por eregir el ducado de Gandía para su hijo Rodrigo y el Estado de las Marcas para su hijo César, como a Pablo III por llevar a Octavio Farnesio al trono de Parma, o a Pablo IV por acrecentar la fortuna y el poder de sus sobrinos los Caraffa. De tales escándalos culmina en estos siglos la necesidad de la reforma de la Iglesia.

III

LA IGLESIA Y EL IMPERIO

La transformación de la Iglesia, arrastrada por la corriente de los tiempos, se opera visiblemente. Queda borrado en la penumbra del pasado el cristianismo de las epístolas de Santiago y de los evangelios de San Marcos y San Mateo, el cristianismo helénico y metafísico del evangelista San Juan en el Archipiélago Jonio, y también el cristianismo sincrético de los libros de San Clemente y Orígenes. Ahora de los cánones, de la juris-

TODO ARTICULO RELACIONADO CON LA PROFESION DENTAL, LE SURTE A PRECIOS SUMAMENTE FAVORABLES EL DEPOSITO DENTAL DE CONFIANZA.

LINDEMANN Y CIA.

ISABEL LA CATOLICA NUM. 1.

Éric. 2-89-45 y 3-03-36.

Tel. Mex. J-21-78.

prudencia, de la organización política, nacía la religión romana.

Y sin embargo, esta transformación no hiere gravemente a la Iglesia, más bien la renueva. Cuando la Iglesia pierde la fuerza moral que le prestaban las virtudes y la pureza de sus pontífices y éstos caen en todos los excesos y en todas las concupiscencias, la Iglesia se desentiende de las costumbres; está, declara, más allá de las flaquezas humanas, su poder se afianza en las ideas. Tiene la tradición, tiene la advocación de los santos, tiene los milagros, las reliquias, los misterios, la naturaleza, el Cielo y el Infierno, la esperanza y el miedo. Y, por fin, un mundo en su niñez que se aterra con fábulas como la anunciada destrucción del mundo el año mil.

Es el siglo XI y el poder de los obispos feudales va a ser requerido por los dos grandes poderes de la Edad Media: el Imperio y el Pontificado. Gregorio VII reclama la libre elección de los papas, y quiere emancipar el pontificado de la soberanía alemana y a la Iglesia de todo poder temporal; exige la independencia de los obispos, amenaza con la excomunión a los reyes y aspira a dominar a los pueblos por el interés de la salvación de las almas. Es un régimen de centralización eclesiástica y un principio de gobierno teocrático; la investidura es para el papa un acto jurídico que está dentro de la organización central de la Iglesia. Para el Imperio el poder soberano de los obispos mina la unidad política del Estado.

Mas esta lucha entre la Iglesia y el Imperio, que arruina al Imperio y debilita a la Iglesia, será favorable al Estado moderno que se afianzará por fin sobre las ruinas de la enorme contienda; será el resultado de esta pugna al cabo de los tiempos, el triunfo de la soberanía nacional sobre la soberanía de la Iglesia, del poder civil sobre el poder político y religioso de los papas.

Ciertamente el resultado inmediato era apenas la independencia de los pequeños feudales a costa a veces de altos y poderosos señores; pero al mismo tiempo y al lado de esta aristocracia territorial y guerrera, surgía también el común de los mercaderes, la asociación de los débiles que aspiraban a emanciparse, a recuperar su libertad y que más tarde se transformarían en las gloriosas república italianas.

* * *

Entretanto el Oriente se ensombrecía. El imperio de los árabes se derrumba enervado por la "pompa asiática", y los turcos ortokidas se apoderan de la Ciudad Santa y hacen víctimas de toda clase de humillaciones a los peregrinos cristianos. Para Europa, para el Estado, había un

motivo político de inquietud: la amenaza otomana; para los pueblos un sentimiento religioso y romántico avivado por los relatos abultados a veces, de los martirizados peregrinos. La explosión es incontenible y turbas desordenadas se precipitan por tierras del Rhin, de Hungría, llevando a su paso el espanto en saqueos y crueles matanzas de judíos. Mas en medio de estos excesos, mezcla confusa de esperanzas sociales, de ensueños de fantasía apocalíptica, de hambres de botín, se revela ya la fuerza de las masas, la fuerza del sentimiento público.

Pero esta fiebre del espíritu pasa; un nuevo orden va precedido de nuevos conocimientos y nuevas ideas, y poco a poco la ignorancia antigua se desvanece y los pueblos que se fueron siervos de la credulidad y del feudalismo, vuelven del desierto con ímpetus desconocidos de libertad. Se fueron creyentes y retornan ensombrecidos por la duda.

Las romerías, las peregrinaciones, antes dolientes caravanas a Tours, a Compostela, al Monte Gargan, al Sepulcro de San Benito, a Roma, son ahora corrientes de comercio y de tráfico. Los monjes que guardaban en sus altares las reliquias de los santos como un tesoro espiritual, se enriquecen con las actividades de las multitudes que congregadas en torno de los monasterios, olvidan sus terrores religiosos y sombrías penitencias y establecen relaciones mercantiles al abrigo de las libertades comunales. Se compra y se vende y las ciudades mismas, atraídas por la avidez de la ganancia, se disputan la posesión de los restos de los mártires y levantan santuarios en honor de los bienaventurados. Así el trabajo y el arte renacen del rigor de las expiaciones y las vergüenzas pasadas.

El comercio, esta naciente rama de la civilización, crea también desconocidos organismos políticos: los consulados en España y los comunes en Francia, y los pecheros se atreven a esperar su emancipación, fiados en esas nuevas fuentes de riqueza que están a su alcance por el trabajo que redime la propiedad y prepara el camino a la igualdad y la justicia. El hechizo de la fe religiosa se desvanece; el aislamiento de los pueblos ha sido roto y las aristocracias sienten quebrantado su poder.

Poner freno a una autoridad ilimitada, restringir las inmunidades del clero y los privilegios de la nobleza, arrancar las grandes posesiones de las antiguas familias, tales iban a ser los nuevos problemas para los pueblos. ¡Qué larga, qué penosa la ascensión, pero con qué vigor emprendida en estos siglos llenos de fe, nutridos en las grandes cosas, cuando nacen al mismo tiempo que las libertades públicas, las artes, la arquitectura y las

lenguas al amparo de papas suntuosos y señores magníficos!

Mas este despertar de la naturaleza en medio de un mundo presa de terrores y misterio, alarma a la Iglesia que lanza sus rayos contra la transfiguración de la conciencia y de la vida. Será en vano; la libertad de pensamiento alborea en la palabra de Abelardo y más tarde en Arnaldo de Brescia, monje y soldado, filósofo y místico, tribuno y asceta, que llevará hasta Roma su rebeldía abatida por el martirio, pero que bastará para probar que ya nada podrán las excomuniones contra la razón que se emancipa, contra el trabajo que redime a los pueblos y aísla a la Iglesia.

* * *

La razón humana que en la exploración de la verdad, en lentas y dolorosas pruebas, ha ido emancipándose de la tutela del Estado y de la tiranía de las religiones, no podría ya limitar su vuelo a los estrechos límites de la realidad política que es condicional, ni encadenarse al dogma que es inmutable. La investigación racional vivirá en los espíritus sobre los poderes de la tierra. Y en esta evolución incesante de las sociedades serán arrastrados los pueblos, a través de todas las contingencias, a su emancipación definitiva.

IV

LA IGLESIA Y LAS HEREJIAS

Después de las luchas de los papas contra los emperadores, señalaremos, con mayor brevedad, la otra fase de las actividades de la Iglesia: su contienda contra las herejías.

La contienda contra las herejías viene siendo desde los primeros tiempos del cristianismo la acción máxima de la Iglesia. Sólo que es preciso observar que las herejías, mejor dicho los herejes, salen del regazo de la Iglesia. Desde Simón el Mago instruido por los apóstoles, hasta Abelardo, hijo de la intolerante Sorbona y el agustino Lutero; todos hijos de la Iglesia Católica.

Mas si la idea fundamental de que fuera de la Iglesia no hay sino herejías parece una barrera a toda evolución espiritual y aun a todo progreso, es preciso añadir que este concepto de la Iglesia se afirma en un gran saber teológico y jurídico que trata de realizar el propósito de someter el mundo material y el mundo psíquico a una ley espiritual. La Iglesia necesitaba una nueva coraza científica contra la cultura ascendente de una época en proceso de crecimiento. Tal había sido el problema de Gregorio IX desde

principios del siglo XII. En verdad la filosofía aristotélica-averroísta no podía ser un peligro para la Iglesia en su concepción eclesiástica del Universo, que trataba de armonizarse con las doctrinas de Aristóteles y que preparaba así el sistema de Santo Tomás.

Para la Iglesia, siempre en oposición a las ciencias de observación, encerrada en los libros llamados sagrados, la ciencia única es la Teología degenerada en escolástica. La Teología que tiene como su fundamento en los primeros padres la Escritura, y que más tarde avanza a los fenómenos del entendimiento: la Teología que hace de las ciencias físicas y naturales esclavas de la tradición y de las ciencias especulativas siervas sumisas de la Summa, rebeldes al raciocinio. La Iglesia lleva a los Concilios la discusión de sus doctrinas y en ellos se argumenta con la escolástica de Juan Damasceno, donde lejos de buscar la verdad se pierden obispos y teólogos en sutilezas y distingos para explicar y demostrar dogmas antiguos, con ayuda de la revelación; mientras en las escuelas Abelardo y otros animan con el raciocinio, como en tiempo de Sócrates, la rebelión a la autoridad eclesiástica y, también como en Atenas, la cuestión religiosa se confunde con la cuestión social.

El momento culminante que estamos examinando, en este siglo XIII está representado por Santo Tomás que con su sistema sobre la concepción del mundo, establece el pleno equilibrio entre la idea de Dios y la idea del orden; equilibrio que al fin se pierde en los sucesores del Santo de Aquino. Esta concepción espiritualista del Universo no podía ser aceptada sin provocar oposiciones y luchas. Pero es de notar cómo la herejía domina en los territorios en donde más tarde brotará la cultura moderna: el Languedoc, la Provenza.

La escolástica empleada en su origen para establecer la alianza entre la fe y la realidad objetiva de las verdades reveladas, aviva el raciocinio, pero siempre subordinada a la Teología. Se crean escuelas, no sistemas, a veces con vistas al panteísmo, mas cerrando tenazmente el paso a tesis que puedan herir los dogmas de la Iglesia.

No trataré de insinuar siquiera los graves problemas que surgen de aquí, ni cómo la lógica y la dialéctica entre sutilezas y silogismos forman la metafísica; ni diré, pues no es de este lugar, cómo la filosofía, considerada por Escoto como inseparable de la Teología, lleva a este filósofo, el mayor de su tiempo, a esta conclusión inesperada: "La autoridad se deriva de la razón, no la razón de la autoridad; toda autoridad no sostenida por la razón no tiene ningún valor".

* * *

La Edad Media acaba, pero deja la simiente de la libertad en el surco fecundo del pensamiento humano. Deja las ciudades republicanas que nacen al choque del Pontificado y el Imperio bajo la advocación del genio güelfo. Acaba, pero deja los gremios, el trabajo voluntario sustituyendo al trabajo forzado, la razón imponiéndose a la fuerza, el sentimiento de libertad individual, fuente de las libertades modernas, en vez de la sumisión humillante. Deja el gobierno municipal reemplazando al gobierno eclesiástico y la igualdad civil sobreponiéndose a los privilegios y a las injusticias. Deja una burguesía que da pruebas de su fuerza y medra resistiendo y que más tarde se abrirá paso en el corazón de las monarquías por su riqueza, por su cultura y por su valor, hasta transformarse en "tercer estado" y en clase intermediaria entre la nobleza y el pueblo.

La Edad Media ha rescatado la propiedad librándola de las trabas de castas y tribus, y, por fin, en medio de la decadencia general de la Iglesia, promete la emancipación del espíritu y la libertad de investigación; lejos todavía de la virtud social de la tolerancia, pero ya como un signo de tiempos nuevos.

¿Podría, pues, decirse, como en mayo de 36 escribía en esta Revista conocido y cultísimo escritor que "En la Edad Media le está vedada al hombre la aventura... arriesgar, exponer... descubrir"? "¿Qué necesitaba saber el hombre, decía entonces, si todo lo tenía ya resuelto por el dogma?" ¡Qué injusto es este juicio!

¡Qué mayor aventura que las Cruzadas! ¡Cuándo más exponer que en esa época en que se combate, se arguye, se comenta y nacen las constituciones y las repúblicas en medio de agitaciones violentas!

El escritor citado avivaba en los descubrimientos marítimos el contraste entre la fecunda actividad del Renacimiento y la inercia antigua. "Portugal y España, decía, se asoman al Atlántico cuando el Atlántico era todavía un principio de infinito".

Se olvida que descubridores, capitanes y misioneros venían en "la aventura" ya antes del siglo XV, asomados a todos los mares, empujados por la codicia, por la fantasía, por la ciencia, por la caridad; piratas y nautas, precursores de Alvaro Cabral y de Cristóbal Colón, cabalgando, como los antiguos normandos, sobre las crinadas olas, buscando en las estrellas los trazos de rutas desconocidas, lanzando gritos de júbilo cuando en la soledad de los mares surgían las islas maravillosas, las Atlántidas y las Afortunadas, nacidas como la divina Rodas, hija del Sol, entre un orto y un ocaso.

* * *



La Iglesia ha tenido siempre apologistas ardientes y detractores violentos. Esto sólo demuestra su importancia; pero el anatema con el cual se cree fulminarla en la historia, es llamarla "el poder siniestro de la Edad Media".

Asociar la Iglesia a una época fecunda, batalladora y fervorosa, en medio de sus errores, es enaltecerla.

En este artículo, ajeno a toda crítica, desnudo de comentarios y apenas de breves exposiciones, sólo hemos intentado hacer un bosquejo de la acción de la Iglesia en la Edad Media. Y, de paso, hacer notar cómo los problemas de este siglo XX, su revolución social, sus sacudimientos políticos, sus luchas sangrientas, son reflejo de conflictos que en circunstancias diversas han agitado a la humanidad en todos los tiempos.

Personas sin escrúpulos siguen estafando en los Estados, mediante supuestas suscripciones a UNIVERSIDAD. Nuevamente advertimos que no contamos con agentes autorizados para ello.

CARDOZA Y ARAGON EN LA LIRICA

Por ALFREDO SAUCEDO

A veces la poesía de Luis Cardoza y Aragón, o más bien, la poesía en Cardoza y Aragón, me ha producido una terrible sensación de tiempo sin tiempo: el hondo vacío donde todo se desarrolla.

Desde "Maelstrom", donde florecía el poeta una estupenda juventud de años, hasta "El Sonámbulo", donde aviva una preciosa juventud de sueños. Solana ha dicho con tino, a propósito del último libro de Cardoza, "El Sonámbulo": "Sonámbulo es el hombre que recorre y mira el mundo desde los sueños, encontrando en las cosas relaciones que sólo tienen en la vida onírica, mezclando y superponiendo imágenes con el método del sueño. Yo iba más lejos, y veía el libro escrito por el hombre que regresa de la muerte". Y es que Cardoza y Aragón nos revela, a través de su paso por ese puente que oscila entre la vida y la muerte, entre el sueño y la vigilia, la conciencia y la subconsciencia, o tal vez mejor, la superconsciencia, un mundo en que las cosas no suceden como en las páginas escritas y definitivamente perdidas, de todos los días y que, sin embargo, tiene la evidencia de una gran realidad, de una superrealidad. Al adentrarnos en "El Sonámbulo", sentimos la impresión de encontrarnos, de improviso, en un paraíso singular, donde el aire es más transparente y nos permite penetrar la verdadera verdad de las cosas y comprender que la muerte anida en la superficie de los objetos y los hechos, en tanto que la eternidad aflora en el corazón del mundo. Cuando la realización poética capta los ritmos perdurables de la vida universal en una clave original, la lírica alcanza su expresión más definida. Y si el secreto del mundo se entregara a la palabra exacta, nos preguntamos cuáles son las relaciones que existen entre el poeta y el cosmos. ¿El mundo de la poesía es creado por el poeta o el poeta al realizar la poesía opera un hallazgo, un reconocimiento o una conquista de algo ya preexistente en las vastas malezas del universo?

Mundo y poesía no son sino dos formas de una misma realidad. La estrella y el viento, la espiga y el árbol, la montaña y el mar, lo mismo maduran su existencia en la figura poética que en los elementos palpables de un orden de la Naturaleza. En la Naturaleza, como axiomas de forma, en la poesía como certidumbre de sueño, pero siempre con igual realidad y correspondiendo a un solo

principio de unidad. De este principio de unidad dimana el carácter de revelación que tiene la poesía. Pero estas extrañas relaciones entre la materia y el espíritu universal comúnmente nos son desconocidas, y muchas veces esos veneros de fuerza, de acción, de ley, de causa, de semejanza, de afinidad, llegan a nosotros sorprendidos por el anzuelo de la intuición poética, de la percepción imaginativa, y así, un día supimos la hermandad del caballo y del cometa, de la vela y el viento, de la luz y la sombra, de la sangre y el vino, del destino y la palabra, del hombre y la muerte. Es el instante del perfecto trance lírico en que el poeta descubre las dos caras del mundo y la poesía en una misma moneda y crea un tercer valor independiente, esculpido en los vocablos de la imagen, afirmando una nueva presencia al conjugar dos realidades en una definitiva superrealidad.

Por esos caminos, la poesía de Cardoza y Aragón es una poesía remota, viene de lejos y se proyecta lejos. Su raíz nutrida en tierra de misterio, su flor abierta en ámbitos de cielo. Da una mano a la muerte y la otra a la vida, pero ella prefiere quedarse en el centro, en el sueño, que es la suma de lo uno con lo otro para la contabilidad siempre viva y positiva del sonámbulo.

El sonámbulo es la suma de dos formidables experiencias: ángel con un ala de sombra y otra de luz. Derrota del ángel malo, derrota del ángel bueno: triunfo de la totalidad.

Sobre el ancho horizonte de su ejercicio culmina el libre juego entre el espíritu y el universo a través de cosas precisas que dotan al poema de sus cualidades fundamentales: la exactitud.

En ciertos momentos parece que existe en el poeta el propósito de subvertir el orden, confundir el plan de las cosas; lo que ocurre es que el poeta tiene su orden tan original y tan propio, que un simple espectador formado en las disciplinas mentales de siempre y muy especialmente en los sistemas rectilíneos de la lógica, no puede penetrar, ni siquiera comprender con desinterés, mucho menos con independencia y con euforia el mundo tan profundamente sincero del poeta, y forzado por sus prejuicios le atribuye propósitos turbios de terrible anarquista, a quien precisamente trabaja en buscar la perfección de un mundo armónico y alto hacia el que el hombre libertado inicie su ascensión. La vista se extravía cuando la

hélíce, aparentemente enloquecida, abraza el aire, enciende la luz del vuelo, quiebra sobre las nubes las perspectivas habituales y quedan abajo, en la planificación del almanaque, el grupo quieto de honorables y tranquilos presidiarios del sentido común y las normas sociales. Pero ellos no verán cómo “descansa el día en los surtidores”, ni para ellos es posible que “la hiedra se inventa una torre”, ni jamás podrán sorprender el dichoso instante en que “Sirio reposa sobre el agujero del paraguas”, ni habrán sentido ni sentirán “cómo en la frente gime la cal viva—oprimiendo palomas de salitre y plata”, ni “el que ignora el nombre de las cosas—ciego de la voz y del oído” verá, como ese Lázaro de amianto que concibe el poeta, hermano del poeta, el poeta mismo, cómo “la sombra descansa en la frente de los ciegos” y cuando al final de la vida ardan en las débiles llamas de su propia negación, sus palabras sin eco serán triste sudario de sus voces, en tanto que:

“Salamandra entre las llamas,
responden a Lorenzo las estrellas
con las mismas razones con que amas
la soledad sin fondo de las cosas bellas”.

Así, la poesía de Cardoza y Aragón, como su Lázaro de amianto, se quema eternamente, con amplio y ardiente fuego, pero de su propia y generosa llama revive y crece a cada momento y en “El Sonámbulo”, que es un delirio, donde se conjugan los más bellos elementos, la poesía tiene un nuevo nacimiento. Los primeros poemas finísimos, penetrantes, nos adormecen en un exquisito ensimismamiento, lo mismo por la emoción tan depurada y fina que por las formas, las figuras, las imágenes tan originales e inesperadas, y recordamos, sin querer, el maravilloso título de Holderlin: “El ruiseñor canta en la tiniebla”, pero después el delirio crece hasta la tonalidad interna del vórtice y la lírica gana en cuerpo, en profundidad y en acento hasta llegar al poema número 11 de “El Sonámbulo”, donde sentimos claramente cómo el ángel doble de luz y sombra, en lo que tiene de hombre, hace su magnífica invocación a la muerte:

“Dame ¡oh muerte! voluntaria aceptación a tu
incansable repetición, sílaba blanca”

y el poema crece como anchuroso río que acaba por desbordarse sobre de nosotros, henchido de su hermosa angustia.

He oído decir a Cardoza y Aragón: “El arte de hacer versos nada tiene que ver con la poesía”. “En poesía no hay sino excepciones, nunca reglas”. Palabras valiosas para los que buscan la poesía por los laberintos de la retórica. El poeta sabe que la poesía no la ha de encontrar entre los estrechos marcos de una escuela o bajo la sombra de los principios de una tendencia. Hay que encontrarla en los fondos de la vida, en la hondura de los seres, en las arterias de los objetos, nunca en el fácil contorno de las superficies. Por eso nosotros no compartimos, con algunos, la idea de que Cardoza se encuentra afiliado al Surrealismo, fichado como una escuela poética. El Surrealismo no es sino un nuevo afán de aislar y realizar el elemento puramente poético, afianzar en sus verdaderas dimensiones el sentido de la poesía, y esto es tan eterno, tan grande y tan amplio, que no puede enmarcarse en un catálogo de fáciles clasificaciones para uso de quienes no pueden o no quieren llegar a la poesía. En otros lugares he oído decir que Cardoza sigue rutas paralelas a las rutas de Neruda; quien verdaderamente conozca a Neruda y quien haya leído a Cardoza, notará las diferencias. Se trata de dos realizaciones de la poesía esencialmente distintas. “Veinte Poemas de Amor” y “Residencia en la Tierra” nada tienen que ver con “El Sonámbulo” y “Espuma de Agujas”. En ambos casos se trata de auténtica poesía de las más altas calidades.

Por otra parte, el modo original de Cardoza, el contenido de su mundo poético, es el mismo desde el principio hasta ahora, creciendo y afinando la sensibilidad, multiplicando las perspectivas del lenguaje, superando el dominio del poema, alcanzando, cada vez mejor, el equilibrio de las formas, encontrándose el poeta a sí mismo cada vez con mayor exactitud. La unidad de la obra y su originalidad son los signos exteriores de una personalidad que se desenvuelve y madura en los nobles trabajos de la creación. En sus libros publicados sorprendemos luego el mismo ritmo, una sola e interminable fuente de emoción: lo mismo en “Luna-Park”, escrito en 1923, que en “Maels-troom”, escrito en 1924 y publicado en 1925, y en los posteriores, “Torre de Babel”, escrito en 1926 y publicado en 1930, hasta “El Sonámbulo”, escrito en 1932 y publicado en 1937, y “Espuma de Agujas”, no publicado todavía, escrito en 1931.

Pero para nosotros, dentro del plano de la poesía lírica, el libro más significativo de Cardoza y Aragón es “El Sonámbulo”, donde las posibilidades de su rica emoción engarzan en sus poemas dos sombras adorables de la literatura universal: Segismundo y Hamlet.



HEROES DE CORRIDOS

POR
MIGUEL N. LIRA

Hasta sus nombres, definitivos ya para la tradición, suenan y saben a la tragedia que les pertenece y que les sirve de escenario para sus andanzas vertiginosas, entre cerros sin vegetación, ríos apagados y largos caminos reales. Así lo entendié el pueblo cuando canta las proezas de esos héroes con un sentimiento de admiración, dominado siempre por un respeto fervoroso hacia ellos, vencido ante el arrojo o la angustia de aquel que consideran su igual, piel de su piel y ojos de sus ojos.

*Aquí me siento a cantar
con cariño verdadero
versos que le compusieron
a don Valente Quintero.*

Corrido de Valente Quintero.

Son héroes totales, humanos, en cuerpo y alma presentes. Se les admira y comprende con sólo saber que pudieron perder la vida por mantener una palabra de amor; un gesto de ira o una baladronada sin importancia. No son héroes inventados por el pueblo para su regocijo y pasatiempo; héroes intrascendentes, opacos, de novelaría casera; héroes negativos. Su arraigo con el pueblo, con la tierra misma, los hace más naturales y sencillos. Ninguna complicación sufren en su existencia. Todo transcurre en ellos con necesaria fatalidad. Se diría que desde la niñez han empezado a ser héroes y que esta calidad la desenvuelven al paso del tiempo, unidos siempre con el acontecer político o con el gozo romántico y pasional. Nunca un Inés Chávez García sufre el peligro de ser odiado por el pueblo, víctima de sus crímenes. Hasta éstos, al correr del canto que

LOS héroes de *Corridos* se llaman Macario Romero, Heraclio Bernal, Benito Canales, José Lizorio, Teresa Durán, Valente Quintero, Pancho Villa, Emiliano Zapata, Domingo Arenas... Son héroes de tragedia, pasionales, generosos. A veces inclinados a resistir el dolor callado o el sufrimiento hondo, pero en otras—siempre—arrebataados por la brava jactancia del valiente que todo lo vence y alcanza.

*Andaba Eutiquio Rivera
de valiente Rey de Copas:
puñal de plata en las manos
y sol de sangre en las ropas.*

Corrido de Eutiquio Rivera.

*Sólo una traición me vence;
cara a cara no pudieron
vencer a un hombre valiente,
¡sólo a la mala vencieron!"*

Corrido de Macario Romero.

los relaciona, van adquiriendo una justificación y un perdón comprensivo.

*Oigan las autoridades
y presten mucha atención:
Por causa de sus crueldades
se ha fugado la prisión.*

*Ahora sí por despedida
descamos felicidad
a todos los que se fueron
a buscar su libertad.*

Corrido de la prisión de Tuxpan.

El ejemplo que la vida azarosa y torcida de esos héroes presta al pueblo, se evidencia más, mientras más se queda grabado en el canto que lo repite, incesante, monótono. De un sucedido cruel, de un crimen cometido por el héroe, de una fatal escaramuza, siempre se obtiene una lección para el futuro y una norma de conducta que no debe torcerse porque el castigo será inminente e implacable. El héroe, así, va presentando mejor sus perfiles de héroe verdadero por cuanto que sirve de ejemplo vivo, aun después de muerto, de lo que no debe hacerse y de lo que se recibe cuando se viola la moral. Así lo dice el héroe cuando habla a sus amigos al final del corrido y a manera de moraleja, recomendándoles el bien, la verdad, el trabajo, la vida honrada...

*Adiós todos mis amigos,
adiós todos mis parientes:
para que pongan cuidado
los hijos desobedientes.*

Corrido de José Lizorio.

*Olviden ya las querellas
vuelvan a labrar la tierra
que ya no corra más sangre
en los llanos ni en la sierra.*

Corrido de Emiliano Zapata.

Y si como ejemplo moral los héroes cumplen su función, como guías de valor y arrojo, son insubstituíbles. El relieve que con sus hazañas adquieren, es de verdadera epopeya. Se mueven a voluntad sin temerle a la muerte; saben que en sus manos todo se hace fácil y que, sobre su caballo, hasta las alturas se vuelven llanuras.

*En Estado de Coahuila
había un hombre muy valiente,
que robaba dondequiera
y no le temía a la muerte.*

Corrido de Jesús Cadenas.

*Ignacio Parra decía
que era hombre y no se rajaba,
que él montado en su caballo
sólo con Dios no pecaba.*

Corrido de Ignacio Parra.

El temerario valor es digno del héroe de Corridos y es también su fuerza. Diríase que en esa característica reside su esencia y que en ella se conserva inalterable. La cobardía es ajena al héroe, totalmente. No se entiende a éste huyendo de la gendarmería sin regar el terror entre ella, o esquivando el encuentro del rival por no usar el puñal agudo, o no hiriendo a la mujer que rompió el juramento de fidelidad por temor de ser castigado, o por último, salvando los peligros de un combate por el miedo de ser muerto. Por el contrario, todo lo acomete con entereza, frío y sereno; a veces sin razonar en la diferencia de armas, a veces, también, sin pensar en el poderío del enemigo o en las dificultades que le presenta la naturaleza. Su propia vida no le importa y ella la sacrifica por conseguir lo que desea, por matar a quien le place. ¡Fuerza extraña la suya, propia del héroe!

*Por amor a mi morena
sé que me quieren matar,
pero no me causa pena,
yo también me sé atorar.*

*Soy de una tierra bendita
donde hay hombres de valor,
y sabemos darle agüita
a los que tengan calor.*

*Si de veras es valiente,
y se sabe decidir,
nomás que me salga al frente
para enseñarlo a morir.*

Corrido de El Barretero.

*Qué pensabas que al dejarme
iba a morir de pasión:*

*soy hombre, no soy cobarde
ni sirvo de diversión.*

Corrido de desprecio a Catalina.

*Don Benito contestó:
con sin igual arrogancia:
—Aunque fueran cien rurales
yo los espero con ansia.*

Corrido de Benito Canales.

*Les decía Francisco Villa
por arriba de las lomas:
—Aquí les traigo a los hombres,
no tuzas escarbalonas...*

Corrido de los combates de Celaya.

El héroe sabe, además, lo que vale. Tiene el convencimiento profundo de su calidad. En el fondo de su corazón, en su sangre, en sus manos, hasta en las pequeñas trivialidades de su existir, siempre descubre la arrogante altivez de su valer como hombre y como héroe. Lo dice y lo pregona. Lo ejemplifica y lo alardea. Bien entiende que sin esa orgullosa prestancia y ese desprecio al peligro, no sería nunca un héroe de corridos y por conseguirlo, y porque lo siente y lo quiere, el

héroe muere y mata con tranquilidad, serenamente, con frío desprecio hacia todos y con el íntimo decoro de ser ya, por siempre, un héroe.

*Y entonces lo retrataron
sobre un caballo oscuro
y en medio de la Acordada
se estaba fumando un puro.*

Corrido de Heraclio Bernal.

*Yo le contesté muy serio
poniéndome muy formal:
—No me han de formar un templo
ni un palacio de cristal.*

Corrido de Cananea.

Así su heroicidad, su valentía, su orgullo, recorre los mercados, se finca en los caminos reales y sube al cielo en las alas de las palomas o en el canto tibio del jilguero:

*Jilguerito, jilguerillo,
lleva al cielo mi cantar
para que Dios me comprenda
y me pueda perdonar....*

Corrido de Odilón Legal.



LA EXPLOTACION AGRICOLA DE LOS EJIDOS

Por MIGUEL MEJIA FERNANDEZ

SE ha hecho un lugar común entre nosotros, decir que la producción agrícola de México ha descendido en una forma cuasi aterradora, que antes se producía el doble que hoy, aduciendo los que tal afirman, que la Revolución es la culpable de ello, pues no ha traído otra cosa que la ruina de nuestra agricultura. Como frases tan categóricas y tan unánimemente aceptadas envuelven la crítica más seria que se hace a la Revolución y especialmente a la Reforma Agraria, consideramos indispensable analizarlas detenidamente, investigando primero, hasta qué punto era "próspera" la agricultura bajo el sistema latifundista del pasado régimen, y hasta qué punto es "inferior" la producción actual; debiendo servirnos el resultado a que se llegue, como término de comparación al cual referirnos en nuestro estudio sobre la explotación agrícola ejidal, objeto central del presente ensayo.

Ante todo oigamos lo que nos dice el ingeniero Francisco Loría en su interesante folleto "La Agricultura Nacional" (publicado en noviembre de 1912), con relación al primer aspecto del problema: "México no tiene más excusa para su *mala e incierta* producción agrícola, que la *apatía* de los propios cultivadores y la *ninguna protección* que el Gobierno de los treinta y cinco años, dió a esa fuente de riqueza". Después de señalar con mucho acierto los defectos característicos de la agricultura porfiriana y de indicar las causas fundamentales que hacían de ella una de las más atrasadas del mundo, nos relata con su estilo sobrio, la forma cómo reaccionaron los países europeos ante el peligro del hambre con que los amenazara el constante descenso de su producción agrícola, obligándolos a modificar radicalmente el sistema de cultivo "extensivo", basado en los recursos puramente naturales del suelo, por el sistema de cultivo "intensivo", que hizo florecer de nuevo las tierras del Viejo Continente, agotadas por el trabajo secular a que habían estado sometidas. "La India, Argelia, Australia, Canadá, los Estados Unidos, Argentina, Uruguay y otros muchos países más, se aprovecharon inmediatamente de la experiencia europea, obteniendo en premio de su diligencia un rápido y sorprendente auge de su agricultura, sólo Mé-

xico, no obstante los treinta y cinco años de paz de que hablan los historiadores, permaneció incommovible ante tales progresos, ocupados como estaban sus gobernantes en construir palacios en la capital de la República, y sus hombres "de negocios", en llevarse bonita y abundantemente las mejores riquezas del subsuelo mexicano; pensando, los prohombres de la época, que por ser buenas nuestras tierras no necesitaban estar bien trabajadas para que produjeran; y en efecto, "no se engañaban nuestros estadistas de entonces", añade el citado profesionista, "pues con ser buenas como son nuestras tierras, producían la miseria que existía en el país".

Más adelante y con objeto de probar su aserto, el ingeniero Loría hace algunas comparaciones entre la producción agrícola de México y la de algunos países, comparaciones que nosotros debemos pasar por alto, pues resulta bastante bochornoso poner en parangón nuestras 329,893 toneladas de trigo con los 42.500,000 que cosechaba la Argentina; o los 27.521,808 de hectolitros de maíz de las haciendas mexicanas, con los .. 4.500,000 de toneladas de cereal argentino; bastará saber que mientras en aquella nación sudamericana la superficie de cultivo subía de 763,475 hectáreas en 1901 a 20.367,082 hectáreas en 1910, en México la superficie laborable se estacionaba en 6.000,000 de hectáreas, pues de los 12.000,000 de hectáreas cultivables que existían en el país, se tenía que dejar "en descanso" exactamente la mitad, gracias al "admirable" sistema de explotación agrícola del latifundismo.

Pero dejémosnos de "odiosas comparaciones" y examinemos el problema dentro de nuestra propia casa. Como puede verse en los "Anales Estadísticos" que editaba la Secretaría de Fomento, la producción de maíz varió durante los años de 1887 a 1905 entre 42 y 29 millones de hectolitros. Ahora bien, siendo el consumo normal para nuestro país, según Gomot, de 60 millones (30 para los hombres y 30 para los animales), tenemos que durante los años más "prósperos" de la dictadura hubo un déficit constante que varió entre 18 y 31 millones de hectolitros del referido cereal; déficit que se traducía en *hambre*, real, positiva, del pueblo (ya que no de las clases acomodadas ni del terrateniente, quien veía "prosperar" cada vez más sus negocios por las causas que más adelante investigaremos). Este hambre a que

hacemos mención, puede determinarse en la siguiente forma: en la época a la cual nos referimos, el número de peones subía a 3.130,402 individuos, los cuales, con las gentes a su cargo sumaban una población de 11.500,000 de seres, quienes con las "magníficas cosechas" de maíz que producían las "magníficas tierras" mexicanas, sólo podían obtener por persona, un promedio de 355 gramos diarios. Ahora bien, si consideramos que para ser normal la alimentación a base de maíz, como lo es en el caso del peón mexicano, la proporción debe ser de 1,500 gramos diarios (cuando además va acompañado de carne y verdura a fin de contrarrestar la acción azoada de aquel cereal), podemos apreciar en toda su magnitud, el grado de sub-alimentación en que se hallaba el pueblo de México.

Y lo que decimos del maíz podemos decir de los demás cereales y en general de todos los alimentos (carne, leche, huevos, mantequilla, dulces, etc.), sobre cuya escasa proporción en la mesa de nuestro pueblo se han hecho numerosas investigaciones, tanto por autores nacionales como extranjeros (Humboldt, Matías Romero, Lauro Viadas, Hipólito Gomot, Bulnes, Kellogg y Taylor, Martínez Sobral, Alberto Pani, González Roa), quienes nos aportan datos de una elocuencia verdaderamente dolorosa. Esta subalimentación, resultado lógico de la escasa producción agrícola y del alto costo de la vida en relación a lo exiguo de los jornales que percibían las clases trabajadoras, producía en ellos, entre otros males, una gran predisposición a las enfermedades (especialmente de la tuberculosis); el bajísimo rendimiento del operario mexicano, con el consiguiente perjuicio no sólo para el individuo, sino para la economía total del país; y lo que es peor todavía, la enorme mortalidad infantil, pues los niños, faltos de una alimentación abundante y apropiada a su edad y engendrados por personas desnutridas, morían a millares anualmente en México. Y obrando en lo moral, provocaba desde luego, una evidente pobreza mental, un complejo de inferioridad orgánica; total, una mentalidad de esclavo, fatalista, melancólico, indolente, en el que no había el más mínimo deseo de mejorar. Situación interna que se reflejaba en el aspecto físico del individuo, en su vestido y en su habitación.

¿Esta es la clase de prosperidad de que nos hablan las personas que se tildan de "juiciosas", "mantenedoras del orden", etc., que según ellas existía en los días de la Dictadura? Si es así, lo aceptamos, nada más que dándole al término "prosperidad" un sentido negativo: "la prosperidad del hambre".

Pero no, estamos mintiendo, pues en realidad sí había prosperidad..., sólo que ésta era patri-

monio de unos cuantos; era para el grupo dominante de que nos hablaba Frank Tannenbaum; era para el extranjero y el criollo y para la alta burguesía nativa que, poniéndose servilmente del lado de los advenedizos, traicionaba a la clase social con quien estaba ligada por lazos de sangre, de historia y de cultura. Para todos ellos sí había abundancia y regalo y sobre todo para la clase terrateniente, cuyos privilegios estaban muy por encima aún de los que gozaba el capitalista industrial y el comerciante.

Ahora bien, cabe preguntarse si habría alguna causa bastante en que fundara el latifundista su preeminente posición, ya no en su papel de gran acaparador de la tierra, sino en su función económica de verdadero productor? Dejemos la respuesta al licenciado Mendieta y Núñez ("El Problema Agrario", pág. 85): "El latifundista mexicano, generalmente, lejos de ser un hombre de campo, es un hombre que tiene a orgullo poseer inmensos latifundios, pero no entiende de agricultura; es un rentista. Sus haciendas se hallan administradas por una persona de confianza que no tiene en el rendimiento de las mismas un interés directo, y por ello, en lugar de hacerlas producir todo lo que son capaces de producir, se contenta con emplear los métodos rudimentarios de explotación que son en México una bárbara herencia de la época colonial y que consisten en aumentar los rendimientos, no por la inteligencia en el trabajo, sino a costa de éste, reduciendo al mínimo el precio de los jornales'. (Jornales que en seguida recuperaba el amo, mediante el ingenioso sistema de las "tiendas de raya", agencias permanentes de robo y factorías de esclavos, que llamara Orozco y Berra).

En efecto, pretender que el latifundista mexicano produjera cantidades enormes de cereales para competir con Argentina o con los Estados Unidos, después de haber satisfecho abundantemente las necesidades interiores del país, era solicitar que cambiara un negocio lucrativo y de poco esfuerzo por otro que demandaba iniciativa, espíritu de empresa, trabajo personal e inversión de capitales en mejorar sus cultivos. En realidad, ¿para qué esforzarse si tenía lo mejor, la mano de obra barata, la peonada miserable, el indio hambriento y sucio y por lo mismo malvado y flojo? Esta fue, exactamente, y no el oro ni la plata, la mejor riqueza que los conquistadores encontraron en el Nuevo Continente: la raza dócil, pacífica y austera del indio americano...; y esta fue, también, la verdadera riqueza que siguieron explotando los terratenientes. Y lo anterior no es ni mera literatura ni romanticismo. Hagamos las cuentas claras. De acuerdo con un informe presentado por el licenciado Bulnes a la Secreta-

ría de Fomento en el año de 1896, el jornal medio del peón mexicano era de \$0.25 diarios, en tanto que el del jornalero americano era de \$1.50. Lo que quiere decir que el trabajo del jornalero americano, valuado en trigo, valía 15 veces más que el trabajo del jornalero mexicano; valuado en maíz, valía 12 veces más; valuado en manta, valía 19 veces más. Ahora bien, tomando por unidad el consumo del peón mexicano y aplicando el 75% de su salario a la alimentación y el 25% restante a su vestido, tenemos que la potencia de adquisición del jornalero mexicano era 14 veces menor que la del americano; o lo que es lo mismo, 14 días de trabajo se le recompensaban a nuestro jornalero con las mercancías que el americano obtenía en un día (pues hay que observar que el jornalero americano sólo trabaja ocho horas diarias). Así pues, el hacendado mexicano, dando en pago 30,000 cargas de trigo anuales, tenía derecho a que le trabajaran para su provecho durante 300 días, 3,000 peones, mientras que el hacendado americano sólo podía hacer trabajar a 200 hombres. ¡He aquí un regalo de esfuerzo diario que 2,800 le hacían al terrateniente mexicano!

Y a esto se reducía, por lo demás, la técnica agrícola del latifundismo. Total: mientras Alemania, cinco veces más pequeña que México, y *explotando su suelo*, alcanzaba en sólo cinco de sus productos: (trigo, centeno, cebada, avena y papa) un total de 74.000,000 de toneladas anuales; México, *explotando a sus peones*, lograba en sus cinco mejores productos (maíz, trigo, caña de azúcar, cebada y frijol) un poco menos de cinco modestísimos millones de toneladas en el mejor año. El cálculo anterior, tras de poner de manifiesto la "sabiduría" de los "científicos" de la Dictadura, nos muestra el tenebroso estado social que prevalecía en el país.

Pero no a sólo esto se reducía todo; había los ferrocarriles, es decir, la política ferrocarrilera. Su construcción determinó, en primer lugar, el alza del valor de la renta y por consiguiente, del valor de la tierra. Las haciendas valieron 10 veces más (aunque produjeran 10 veces menos) y los hacendados se hicieron "más ricos", su influencia pues, aumentaba, y por consiguiente su poderío político. Por otra parte, las posibilidades de transporte aumentó el precio de los cereales, aumento del que sólo se aprovechó el propietario, ya que el peón siguió ganando los 25 centavos. Y como si esto no fuera bastante, las tarifas se estudiaron de tal modo que sólo favorecían al gran productor, poniendo prácticamente fuera de competencia al pequeño agricultor; que por lo que se refería a los intereses de la clase indígena, estaban al margen de toda acción gubernamental. Claro es que no

criticamos el que se hubieran construido los ferrocarriles, sino el criterio social con que fueron construidos y utilizados.

Política fiscal: El impuesto predial se caracterizó, durante la época del general Díaz, por una desigualdad irritante y particularmente por lo exiguo de las cuotas que pesaban sobre las grandes haciendas. Mientras los pequeños propietarios pagaban sobre el valor real de su predio, los latifundistas, usando el cohecho o valiéndose del "compadrazgo", salían prácticamente libres de pago; fincas como la de Jalapasco, que valía... 2.500.000 pesos, pagaba sobre \$300.000; Oco-tepec, valuada en \$1.500.000, pagaba sobre \$200.000. San Antonio de Abajo, valuada en \$2.000.000, pagaba sobre \$175.000, etc. Esto explica lo que nos dice el licenciado González Roa en su libro "El Aspecto Agrario de la Revolución Mexicana", que pudo constatar que en un Distrito del Estado de Guanajuato, el impuesto cubierto por los vendedores de verduras del mercado, *era más grande* que el pagado por los hacendados del mismo Distrito. No se necesita ser un gran economista para comprender las desastrosas consecuencias que para la economía social de un país, acarrea un sistema de impuestos como el que acabamos de describir.

Política Arancelaria: Como lo expresó don Lauro Viadas, Director de Agricultura, puede definirse así: "impedir la importación de cereales, para que los latifundistas puedan elevar los precios". Esto no podía ser más criminal; tras de no cultivar en debida forma sus tierras, especulaban con el hambre del pueblo. "Cuando la Secretaría de Hacienda pretendía introducir arroz—nos dice el citado autor—, inmediatamente se presentaban ante el Ministro los "productores" (?) a fin de manifestarle sus protestas, alegando que era indispensable "proteger la industria nacional ("lugar común" que se sigue usando hoy día en iguales circunstancias y por los mismos individuos, o por los acaparadores, que para el caso es igual). Y cosa verdaderamente extraña, ellos, todos, extranjeros o extranjeroides, admiradores de todo lo extranjero, no lo eran en cambio para los artículos de primera necesidad. Claro, como que así convenía a sus intereses personales.

Política Bancaria: El crédito agrícola estaba cerrado para el pequeño agricultor (y no hablamos del crédito a los jornaleros porque éstos no existían para el alto mundo financiero) pues en realidad los Bancos sólo prestaban a los hacendados; es decir, los ricos prestaban a los ricos; y tan era así, que se dió el caso, criminal también, de que la famosa Caja de Préstamos se negara a refaccionar a los pequeños agricultores del Bajío, que habían perdido sus cosechas durante las

inundaciones del año de 1912. La razón se puede encontrar en que dicha Institución, de estructura genuinamente porfiriana, sólo tenía 98 mutuarios, de los cuales el 11% poseía el 60% del capital.

Muchas cosas más podríamos decir sobre los "fertilizantes" que se emplearon para aumentar, no la productividad de la tierra, sino el poderío económico de la clase terrateniente; pero creemos que con lo expuesto queda bastante desmenuzada la frase "poca política y mucha administración", en el ramo de la agricultura. Ahora bien, como la verdadera producción venía a menos, y como la base de toda actividad industrial, comercial y en general de la vida de un país, es la agricultura, la bancarrota no tardó en sobrevenir. La famosa "Balanza de Cuentas" con que tanto alboroto armaban los "científicos", empezó a sufrir grave desnivel como resultado lógico de las inversiones de capital extranjero no incorporadas a la economía del país, y de las locas enajenaciones de nuestros negocios más productivos, a los que se imponía la obligación de remitir en pago de amortizaciones, intereses, dividendos y ganancias, casi todos los rendimientos de nuestro trabajo interior y casi todos nuestros recursos. Limantour trató de impedir el desastre valiéndose entre otras cosas, de la reforma monetaria de 1905, que no trajo otro resultado que la depreciación y el enrarecimiento de nuestra moneda y por lo mismo, la reducción al mínimo del poder de compra del pueblo, el consiguiente abatimiento de los negocios y el descontento, cada vez más grande, de las clases populares. La situación no podía ser más deplorable. El comercio y la industria soportando

ellos solos, las cargas de los impuestos; en los campos, la peonada irredenta, trabajando de sol a sol; en las ciudades, las mujeres, agobiadas sobre la máquina de coser, por quince centavos al día; los obreros, ametrallados salvajemente en Río Blanco y Cananea por el grave delito de pedir un aumento de diez centavos a su mezquino salario. Los niños, faltos de alimento, se desmayaban en las escuelas según irrecusable testimonio del licenciado Ezequiel A. Chávez, entonces Subsecretario de Educación. Y para colmo de las desdichas, en 1909, una terrible honda fría heló las cosechas de la Altiplanicie, el hambre se hizo general y los caminos se cubrieron de cadáveres.

Así iba terminando la sexta reelección del general Díaz. Este y los suyos trataron de cubrir con el oropel de las fiestas del Centenario las llagas que corroían a México. Todo inútil, mes y medio más tarde estallaba la Revolución que pretendió dar al traste con un régimen basado en la más inicua desigualdad social, al amparo de la cual, la clase terrateniente, la más culpable de todas, gozara de tantos y tan inmerecidos privilegios.

Es indudable que el período de la lucha armada primero y la reforma agraria después, han afectado profundamente nuestra producción agrícola; más no en la proporción que generalmente se supone, como se podrá comprobar con el examen del siguiente cuadro, donde se comparan los promedios de producción agrícola de 28 de los principales productos que se obtienen en México, en los quinquenios que se indican:

Productos	1896-1900 Toneladas	1901-1905 Toneladas	1925-1929 Toneladas	1931-1935 Toneladas	Indice
Ajo	1,360	1,656	3,020	3,361	211 %
Ajonjolí	3,033	4,385	11,793	16,566	328 "
Alfalfa	723,871	898,748	1,747,347	1,637,185	263 "
Algodón	36,382	36,838	54,913	76,009	85 "
Arroz	26,069	22,499	82,165	71,001	318 "
Avena	175	2,218	1,266 "
Azúcar	69,750	89,510	195,724	260,844	285 "
Cacao	1,255	1,234	1,421	933	6 "
Café	22,031	28,138	40,788	42,671	66 "
Camote	21,390	30,082	35,903	35,471	35 "
Caña de azúcar...	1,687,387	1,907,054	3,002,768	3,244,804	201 "
Cebolla	10,450	9,455	13,875	11,411	27 "
Chicharo	1,011	382	9,082	12,730	1,475 "
Ejote	203	230	1,671	2,660	1,000 "
Fresa	497	508	445	885	32 "
Frijol	142,392	165,906	169,620	137,271	4 "
Garbanzo	32,157	36,995	71,533	61,380	98 "
	<u>2,779,338</u>	<u>3,233,785</u>	<u>5,442,067</u>	<u>5,617,400</u>	

	2.779,338	3.233,785	5.442,067	5.617,400	
Henequén	81,141	90,922	131,211	99,217	34 „
Jitomate	3,730	4,257	79,020	70,800	1,174 „
Maíz	2.062,355	2.043,872	1.973,586	1.950,070	4 „
Papa	12,235	16,133	45,540	54,198	405 „
Piña	4,293	3,998	17,986	20,422	456 „
Sandía	18,784	23,612	22,612	28,761	10 „
Naranja	22,513	38,354	107,190	117,012	373 „
Tabaco	17,745	12,108	11,600	11,259	30 „
Trigo	339,194	280,177	292,812	332,776	2 „
Plátano	51,659	47,190	198,285	226,669	428 „
Vainilla	32	142	134	118	46 „
TOTAL...	5.475,945	5.617,871	8.280,138	8.535,742	50 %

Se comprueba, desde luego, que la producción actual no es inferior a la de hace treinta años, pues el monto total de los 28 productos examinados arrojan como promedio anual, un aumento de 2.861,033 toneladas, promedio que representa el 50% sobre la producción antigua. Se observa también, como algo importantísimo, el estacionamiento de la producción de nuestros cereales fundamentales: frijol, maíz y trigo. ¿Hasta qué punto influye esta circunstancia?, se desprende del hecho de que, mientras los demás productos aumentan en un promedio del 381%, el estacionamiento de los tres cereales mencionados hace que la proporción descienda hasta el 50% en el monto total de la producción. O dicho en otra forma, de haber aumentado la producción de maíz, frijol y trigo en la misma proporción que los demás productos, se levantarían 15 millones de toneladas en lugar de las 8 y media que se ob-

tienen en la actualidad. Se dirá que esto es lo que "nos ha costado" la Revolución y sobre todo, la Reforma Agraria; pero si tal fuera, si éstas hubieran obrado de un modo decisivo y exclusivo sobre nuestra agricultura, los demás productos habrían sufrido igual estancamiento. Y no sólo no es así, sino que muchos de ellos (entre los que se encuentran productos de importancia comercial como los textiles, las plantas económicas, las leguminosas, las oleaginosas y las frutales y aun algunos cereales como el arroz y el garbanzo, cuya exportación al extranjero alcanza cifras que nunca pensaron ganar los latifundistas, ni siquiera para su provecho personal), han obtenido un aumento de consideración. A mayor abundamiento, examinemos el siguiente cuadro, donde se comparan los índices de ascenso y descenso de la producción de maíz y de trigo en los años que se indican:

Años	Hs. de maíz	Indice	Años	Kilos de trigo	Indice
1897.....	42.954,684	100 %	1925.....	250.740,505	100 %
1898.....	39.238,300	95 „	1926.....	281.214,728	113 „
1899.....	32.927,278	75 „	1927.....	323.606,685	129 „
1900.....	32.492,489	74 „	1928.....	300.210,753	119 „
1901.....	32.934,757	75 „	1929.....	308.517,237	123 „
1902.....	27.521,808	62 „	1930.....	311.447,213	124 „
1903.....	32.025,446	73 „	1931.....	461.606,946	175 „

El fenómeno no puede ser más curioso: mientras la producción del maíz desciende en un 27% durante los mejores años de la Dictadura (pese a las grandes prerrogativas de que gozaban los terratenientes), las cosechas de trigo aumentan en un 75% durante los años de 1925 a 1931, no obstante que en dicho período se intensifica la dotación de ejidos. ¿Cómo explicarse esta situación contradictoria? El hecho es bien sencillo: es verdad que la Revolución acabó con las opulentas

fincas de la Dictadura, afectando, por lo mismo, su producción agrícola; pero también obró en el sentido de dividir las, pues sus propietarios, temerosos de ser afectados, se apresuraron a fraccionarlas, disimuladamente en muchos casos, pero de un modo efectivo en la mayoría de ellos, sobre todo, en los últimos tiempos. En nuestro anterior ensayo vimos cómo los 153,218 predios particulares que existían en 1905, se fraccionaron en 787,852 predios, sin contar 1.218,837 pre-

dios ejidales existentes hasta diciembre de 1936. Ahora bien, creemos innecesario insistir mucho sobre los beneficios que para la agricultura de un país, reporta la subdivisión de su suelo. Para justificarlo podríamos poner numerosos ejemplos, entre los que se destacaría el caso típico de Francia, la que, exigua en riquezas del subsuelo, funda su vigor social en una recia agricultura favorecida económicamente por la gran subdivisión de la propiedad agraria que allí existe (8.000,000 de pequeñas granjas donde viven más de 23.000,000 de franceses). Pero no necesitamos recurrir al ejemplo de otros países, pues bastan nuestros propios datos para resolver el problema. Hemos visto que a pesar de que nuestra agricultura ha navegado durante 25 años bajo las condiciones más adversas para su progreso, la producción ha aumentado, pudiendo atribuir este aumento al correspondiente aumento de los interesados en cultivar la tierra (no solamente por lo que se refiere a los campesinos), sino a los particulares, a quienes al temor de perder su finca se sobreponía la necesidad de explotarla y obtener las mayores utilidades posibles. Lo anterior puede determinarse así: las tierras de cultivo ascendían en 1905 a 11.956,867 hectáreas; actualmente existen 14.517,697 hectáreas, lo que indica, en primer lugar, el esfuerzo de abrir al cultivo 2.560,630 hec-

táreas que representan el 16% sobre la antigua superficie de labor; y en segundo lugar, si consideramos que el aumento de la producción es del 50% y que el de las tierras abiertas al cultivo es del 16%, podemos atribuir el 34% que resulta de la diferencia de ambos porcentajes, como el índice de efectividad en el rendimiento agrícola obtenido por la simple subdivisión de la gran propiedad. Este dato nos revela con toda su fuerza, el enorme daño que el sistema latifundista estaba ocasionando a nuestro país.

Sin embargo, no debemos dejarnos llevar por pueriles entusiasmos, pues basta el hecho que hicimos notar antes relativo al estancamiento que, en general, se observa en la producción de los cereales (estancamiento tanto más grave por cuanto que la población ha aumentado en un 20% y el costo de la vida en un 600%), para comprender cuál lejos estamos todavía de la bonanza. Mas tampoco por ello nos debemos desanimar; y si, pues, hemos visto que no se puede atribuir a la Reforma Agraria de un modo exclusivo las deficiencias de nuestra producción agrícola, debemos buscar las causas por otra parte; pero como este aspecto del problema se halla vinculado con el de la Explotación Agrícola de los Ejidos, dejaremos su estudio para el lugar correspondiente.

(Continuará)

LA INTELIGENCIA, EL CUERPO Y LA VOLUNTAD DE PODERIO

Por VICENTE MAGDALENO

I

LA glorificación del cuerpo humano, así como la rehabilitación de la materia y la consiguiente afirmación—tan jubilosa—del mundo y de la vida, son temas y puntos-bases sobre los cuales no cansan el insistir, y que informan toda una etapa en la hazaña que constituye la esencia misma del espíritu, en su despliegue trascendental. Hablar, así, con propósitos monistas, de una energía canalizada en ritmos y expresada en formas tempo-espaciales determinadas, es hablar con un profundo sentido espiritual, que vale decir, vital. Espíritu y materia sólo formalmente se contraponen.

El cuerpo humano es la maravilla primera, y el espíritu es su júbilo inaugural en el asombro mismo, simplemente, de sentirse latir. El espíritu, igualmente, representa la mejor armonía del cuerpo con el todo viviente. Los delitos de que se acusa al cuerpo, pertenecen, entonces, al espíritu, que debiendo hacer la armonía no la hace, precisamente por haberse dejado llevar, no por el egoísmo del cuerpo (que el cuerpo es la inocencia perfecta), sino mejor por el egoísmo de una inteligencia demasiado primitiva, y que sólo significó represión y tortuosidades, y exhortó al cuerpo—tras de debilitarlo—al hambre y al acumular,

dizque para libertarlo definitivamente del seno maternal de la naturaleza.

Este proceso se inicia en Grecia, en sus momentos de descomposición, y culmina en la interpretación—intelectualísima—hecha del cristianismo, sobre la base del neoplatonismo. Buda, por otro lado, también tiene su culpa. El término de este mismo proceso de protestantización—es decir, de individualización unilateral, por el intelecto—, después de la desorganización, por su exorbitancia, del esfuerzo industrial, y más que nada por el mal uso de tales energías, está en el capitalismo, vértice y vórtice de toda una jornada (la primera) de ajuste espiritual, y cuyas columnas basamentales son el cuaquerismo sórdido y el tosco egoísmo.

Porque la inteligencia (y mejor que ésta, su uso en abuso: el intelectualismo) desde un principio fue rebeldía contra la naturaleza, de la cual era urgente hacer salir al hombre como hombre; y fue ella quien supo envalentonar sus impulsos, tímidos en un principio, hasta transformarlos en voluntad de ascensión, de triunfo, de dominio. Pero resulta, y lo estamos ahora viendo, que esa voluntad de poderío, una vez alejado el hombre de la naturaleza, separa al hombre a su vez del hombre y continúa hablando instigadoramente a su rudeza. Y esto sí es fatal, porque si lo primero fue grandioso para la especie, lo segundo ya es deprimente para la misma, y resucita el caos y es atomización; pues tal cosa representa una amenaza para el espíritu, que debe presidir, como principio y luz de la vida, la evolución del hombre en el seno flúido de las cosas.

La vuelta, pues, al cuerpo, lo vemos claramente, se impone como la necesidad misma de impregnar de un hondo sentido de espiritualidad nuestra vida, agostada en el predominio exclusivo del intelecto en el mundo de la historia, y su afán siempre creciente de abarcar y sojuzgarlo todo.

II

Nunca, entonces, como ahora, la urgencia, sentida como íntima necesidad, de volver al cuerpo y emprender la rebusca del camino perdido, el retorno al espíritu, al júbilo de su armonía, podemos decir. Esta vuelta, por otro lado, dirigida y sostenida vigorosamente por el espíritu, represen-

ta, igualmente, la comprensión por parte de éste de su identificación absoluta con la vida, y quiere decir, mejor que su divorcio con una de las partes de la vida—la inteligencia—el afán de traerla también a colaboración, siempre y cuando esto sea sin mengua de ninguna clase en la marcha absoluta del hombre en el paisaje móvil de las cosas.

Aparentemente la tendencia es nueva. Parece recién llegada a los oídos del hombre, al que intenta salvar ahora como ser total, para ver de provocar su propia superación, y, con ella, la absoluta y grandiosa de la vida. Sin embargo, recordando los esfuerzos hechos en tal sentido (o que forzosamente habían de desembocar a esto) por los voceros del espíritu, mucho antes del Renacimiento, que fue un mero estallido, tenemos que referir la grandísima victoria que significó para la evolución de esta idea, la simple transformación en *positiva* de la llamada *teología negativa*; transformación gracias a la cual el mundo y los seres del mundo y de la vida, pasaron, en su categoría de reflejos de la divinidad, a ser considerados punto menos que divinos. El racionalismo a lo Descartes, en su afán de organizar mecánicamente el mundo—cosa muy urgente, entonces—, cortó alas a este intento, el cual quedó relegado al rango de una simple alucinación. Kant es un intento de resucitar la cuestión, pese a sus vacilantes resultados. Schopenhauer ahonda en el tema. Para él, la voluntad—energía—lo es todo; sólo que—tímidamente—retrocede y en nombre de una ética ascetista, pide la anulación de vivir y se refugia en el nirvana. El gran Nietzsche da un gran paso. Y es el primero en aceptar la grandeza de la vida, y aporta lo necesario para librar la jornada inicial a favor de la total rehabilitación del mundo y su consecuencia más última: la divinización del cuerpo. En este sentido todos los esfuerzos hechos en tal dirección necesariamente le recuerdan. Sin embargo, y esta es mi diferencia esencial: Nietzsche, todavía siendo el final de una etapa y la inauguración de otra, con una absoluta falta de consecuencia, abraza esa concepción (concepción “dionisíaca” de la vida), al mismo tiempo que la fundamenta sobre la llamada “voluntad de dominio” que, como hemos visto, no es sino la enunciación de la potencia—bastante unilateral, ahora—de una inteligencia ensoberbecida por su aparente triunfo sobre la naturaleza y su total sojuzgamiento.



ANATOLE FRANCE Y LA LIBERTAD DE CATEDRA

Por el Dr. JOSE SILVA

HACE ya algunos años, en los aparadores característicos de los "bouquinistas" del Sena podía uno descubrir algún libro curioso o raro que allí iba a terminar, o tal vez a empezar, el período más eficaz y vibrante de su vida.

El público de hoy, en el mismo París y en los famosos muelles del Sena, llegó a inducir a los pobres vendedores de libros de ocasión a cambiar casi el objeto de su antigua actividad.

Más bien que los libros viejos, llenos de polvo, los lectores de hoy compran fácilmente las ediciones nuevas y económicas que constituyen en la jerga de los libreros "el libro de fondo o de saldo".

Los aficionados a los "vieux bouquins" vieron con dolor las exhibiciones siempre más difundidas de libros nuevos bien presentados en un forro de celofán que vinieron a invadir los pobres cajones característicos de los "Quais".

En la primavera del año pasado y precisamente en uno de mis paseos preferidos por un rincón muy curioso del Barrio Latino, mientras, por decirlo a la parisiense, iba a "bouquiner", llegó a mis manos un folleto muy modesto y muy sucio que contiene un maravilloso y casi desconocido discurso de Anatole France.

Llevando conmigo este escrito para mí doblemente precioso, pensaba una vez más que los libros también tienen su propio destino.

Anatole France, el escritor castizo, el humanista profundo, el enamorado culto de las viejas cosas y de los viejos libros—"J'aime les choses d'autrefois et vis volontiers dans la compagnie des morts"—habría tributado su sonrisa, que parecía muy escéptica y que era sobre todo bondadosa y humana, al fiel admirador suyo que con júbilo no disimulado llevaba cuidadosamente el sucio folleto verde que había estado escondido entre centenares y centenares de otros libros mucho más atrayentes.

* * *

Las ideas de Anatole France, considerado desde hace muchos años como un clásico de Francia

y por esto estudiado y analizado desde muchos aspectos, son ya bastante conocidas.

Sin embargo, lo que da un valor particular a los párrafos que vamos a publicar de su discurso, es el hecho de la gran discusión que se suscitó y aún se suscita en el mundo sobre la libertad de cátedra.

Un revolucionario y un internacionalista militante como fué France, no sintió escrúpulos para afirmar, cuando ya tenía unos 65 años, su pensamiento claro y fuerte contra las opiniones teóricas y rígidas de la mayor parte de sus jóvenes correligionarios.

Escribe France en su discurso:

"Nunca tema nadie pensar audazmente y siempre manifieste su pensamiento.

Un hombre no puede ser bueno ni grande sin esta condición.

Piensen ustedes y fomenten el pensamiento entre los suyos.

Hay que amarlos en los otros cuando corresponde al pensamiento vuestro; hay que respetarlos cuando es contrario.

Debemos entender lo que no nos gusta..."

Más adelante el Maestro dice:

"Como las palabras son acciones, claro que pueden ser peligrosas.

Por esto combatan ustedes las que les parezcan nocivas. Hay que combatir las con la palabra.

La palabra es la única arma que puede herir la palabra.

¡Ah!, mis queridos camaradas, todas las ideas humanas son discutibles, todas sin excepción.

Debemos entenderlas y discutir las todas; bien está que las opiniones todas aparezcan en plena luz.

Debemos conocer mejor lo fuerte y lo débil del espíritu humano. No hay ideas que sean absolutamente justas; no hay ideas que sean absolutamente falsas.

Nos decimos a nosotros mismos que nunca tenemos la razón absoluta y que nunca nuestros adversarios están del todo en el error. O mejor, si como yo lo temo, esta opinión demasiado fría pu-

diera helar nuestra alma, dejemos que todas las ideas sobre las religiones, las sociedades, el hombre, la patria, se produzcan en un ambiente de libertad absoluta, que favorecerá, mejor que todas las violencias legales, el equilibrio intelectual y moral del país.

No tengan ustedes ningún fanatismo, ni siquiera el de las verdades adquiridas, que podría volverse contra verdades más grandes y todavía desconocidas a medias.

Conserven ustedes y fortifiquen aquel espíritu de examen que sólo facilita el progreso de las ciencias y sin el cual no podría haber en el mundo ni misericordia, ni tolerancia, ni aun una amplia simpatía humana”.

* * *

Este discurso del cual hemos reproducido los párrafos más importantes, tiene para nosotros una significación enorme en relación con el hecho de que se pronunció antes de la Gran Guerra y ante un auditorio formado por catedráticos y estudiantes universitarios.

Lo que principalmente se desprende de esto concierne a la tonalidad general de lo que France dijo en aquella ocasión y que nos presenta a este pensador bajo el aspecto—para él extraño—de la afirmación constructiva.

De manera que si uno quiere y puede penetrar hasta el fondo del pensamiento del escritor, le parecerá evidente cómo aquella manera suya irónica y escéptica que caracteriza casi todas sus obras, no es sino una manifestación dialéctica y una afectación de elegancia, que tiende a presentar en forma agradable e indirecta, las ideas positivas y constructivas del escritor.

Los lectores superficiales que aprecien los escritos de France sólo por su fino humorismo, no podrán entender la profundidad de pensamiento que ocultan voluntariamente los sarcasmos, los juegos de palabras y los contrastes de situación concebidos y exhibidos por el autor de “El Señor Bergeret” y “La Isla de los Pingüinos”.

En unos cuantos de sus escritos France revela, sin el membrete de la ironía, la sincera humanidad de su alma y la obra positiva que él aspiraba a realizar y ver realizada.

Por esta razón precisamente hemos pensado oportuno y útil publicar los párrafos vibrantes que dedicó a la libertad de enseñanza y de discusión.

La palabra inspirada de Anatole France podrá asumir el carácter de una explicación, de una afirmación de principios y sobre todo de una defensa autorizada de los derechos imprescriptibles de la inteligencia.

CEMENTO TOLTECA

== PORTLAND UNIFORME

REMINGTON



LA REMINGTON NOISELESS PORTATIL (COMPLETAMENTE SILENCIOSA) ES EL ARTICULO MAS LUJOSO EN MAQUINAS DE ESCRIBIR PORTATILES, TANTO POR SU MANEJO CUANTO POR SU APARIENCIA.

PUEDE USARSE EN EL HOGAR, EN LA OFICINA, EN EL HOTEL O EN EL TREN, SIN MOLESTAR A NADIE. PARA APRECIAR DEBIDAMENTE UNA "NOISELESS PORTATIL" DEBE USTED USARLA.

Remington Rand International, S.A.

Madero 55

Apartado 1423

México, D. F.

YANQUILANDIA⁽¹⁾ IGNOTA

O EL REVERSO DE LA MEDALLA

Por MANUEL PEDRO GONZALEZ

University of California at Los Angeles

El autor de este artículo, el distinguido crítico cubano bien conocido entre nosotros por el vigilante interés con que sigue nuestro movimiento novelístico, se encuentra en México. Además de sustentar en los Cursos de Verano de nuestra Universidad una cátedra sobre literatura gauchesca, participará en el Congreso de Profesores de la Enseñanza de la Literatura Iberoamericana, próximo a celebrarse.

ESCRIBIMOS estas notas cuando aún nos encontramos bajo el influjo bienhechor de una saludable "experiencia" espiritual.

Tres lustros de convivencia con la raza anglosajona de América, sólo nos han revelado aspectos parciales del alma yanqui. Una captación total de su idiosincrasia, es acaso imposible para cualquier hispano, de la misma manera que ellos no logran comprendernos del todo por más que en la tarea pongan tesonera y plausible buena voluntad. Nuestra respectiva psique y nuestra actitud vital son, en cierto modo, antitéticas e inconjugables y por ende, recíprocamente incomprensibles para el observador vulgar. De ahí el drama de nuestras relaciones políticas.

Privando sobre todo interés pecuniario y sobre todo impulso imperialista—así como sobre la agresividad de banqueros y diplomáticos—encontramos este conflicto insoluble de dos razas colocadas frente a frente por el destino en territorios contiguos, pero cuyas almas están imantadas por polos de signo antagónico. Circunstan-

cias económicas, climatéricas y culturales que no tenemos tiempo de analizar aquí, contribuyen a acentuar la disparidad y a ensanchar el abismo espiritual que nos distancia *ab initio*. Mas la función del intelectual, lo mismo en el Norte que en el Sur, debe propender a un mejor entendimiento recíproco y a una más generosa y comprensiva apreciación mutua de ambos pueblos. Una actitud más receptiva y cordial, fácilmente descubriría en ambas razas acrisoladas virtudes, inéditas para el observador superficial. Y esto es lo que necesitamos destacar para no caer en el craso error, y en la injusticia, de juzgarnos sólo por nuestros respectivos defectos más aparentes.

Si estamos condenados a eterna vecindad y a un contacto cada día más íntimo y estrecho, lo mejor que podemos hacer es tratar de comprendernos mutuamente. Esto no implica que Hispano América se entregue a la penetración múltiple de que hoy es víctima, ni mucho menos que renuncie a velar celosamente por su economía, su dignidad y su decoro. Al contrario. Contra aquella penetración y en defensa de su integridad económica, política y hasta moral, hoy profundamente vulnerada por los aventureros de las finanzas, por los insaciables "geófagos", por los intereses azucareros, petroleros, banqueros, mineros, salitreros, cinematográficos, etc., etc., y por la diplomacia a su servicio; contra todas estas amenazas externas, la América española tiene que movilizar todas sus energías cívicas, económicas, intelectuales y morales para no ser definitivamente absorbida. Necesita, además, poner su casa en orden, castigar duramente a sus traí-

(1) El término "yankee"—y sus derivados—connota en los Estados Unidos una idea mucho más restringida que en nuestra América. Propiamente hablando significa natural o nativo de la Nueva Inglaterra. Nosotros, sin embargo, lo usamos invariablemente como equivalente a "estadounidense". De ahí que en ausencia de otro nombre más definido y específico, se haya consagrado ya el barbarismo "Yanquilandia" para designar la nación y el territorio de la gran república. Innecesario parece aclarar que dichos patronímicos raciales se usan en nuestros países casi siempre con intención peyorativa, de la misma manera que el vulgo emplea el término "gallego" por "español", cuando desea molestar o herir la sensibilidad de los peninsulares. Huelga explicar que nos encontramos horros de tales xenofobias un poco infantiles y absolutamente estériles.

dorzuolos domésticos y eliminar los "pretextos" en que hasta ahora se ha amparado siempre la intromisión capitalista.

Mas a la par que esta actitud disciplinada, vigilante y enérgica para contrarrestar el impulso invasor y la proclividad succionadora del capitalismo que hoy desdora su soberanía y desmedra su hacienda, urge que en la América latina procuremos conocer mejor el alma de este gran pueblo norteamericano que nada tiene que ver con la explotación económica y las agresiones políticas perpetradas en nuestras tierras por Wall Street y sus agentes diplomáticos. Un más acucioso y exacto conocimiento del gran "demos" nórdico, no sólo nos reportaría saludables enseñanzas en todos los órdenes, sino que nos proporcionaría sorpresas útiles y en extremo eficaces en la lucha contra el capitalismo invasor. Una noción precisa y totalizadora del alma norteamericana, nos revelaría, por ejemplo, que el punto de apoyo más eficaz en la estrategia contra Wall Street se encuentra en Norteamérica y en la opinión de las masas izquierdistas de este país. Y al decir "izquierdismo" no nos referimos al comunismo que es una facción política insignificante—en realidad, la más insignificante de cuantas aquí militan hoy—. "Izquierdismo" en este caso, significa la gran masa de opinión pública norteamericana que va desde el centro hasta la extrema izquierda; o en términos más concretos: desde las grandes masas demócratas que siguen y apoyan a Roosevelt, hasta el intrascendente grupo comunista, pasando por las poderosas organizaciones obreras, el partido socialista, el agrario-laborista, las congregaciones religiosas liberales y el grupo cada día más fuerte y significativo de los elementos cultos—intelectuales, profesores, maestros, estudiantes, etc.—, dotados de un noble espíritu de justicia y fraternidad humana.

Una plausible curiosidad por conocer el alma de este gran pueblo, nos revelaría aspectos totalmente ignorados hoy en la América hispanoparlante. Nada sabemos por nuestras tierras del generoso y altruista espíritu de que está impregnado un poderoso sector de la opinión pública norteamericana en el momento actual. Nada sabemos tampoco del renacimiento espiritualista que desde la guerra europea se observa en Norteamérica, ni de la heroica lucha que en defensa de los valores superiores de la cultura y del arte en general sostienen los intelectuales y los elementos cultos de este país desde hace años. Del enorme incremento que las ciencias prácticas—lo mismo que las puramente especulativas—, la educación y el progreso artístico y literario, han alcanzado en este país en los últimos lustros, nada o casi nada se sabe en Latinoamérica. De la pro-

funda simpatía hacia nuestros pueblos y del interés con que siguen nuestro progreso los elementos enterados aquí, pocos son los que por tierras hispánicas tienen noticia. Y sin embargo, ese interés y esa valiosa simpatía son evidentes en cuanto se le explica a una audiencia norteamericana las vicisitudes y tropiezos de nuestras repúblicas.

Nosotros tenemos que declarar aquí un hecho reiteradamente constatado: siempre que hemos denunciado ante un público norteamericano los torpes manejos de su diplomacia en la América hispana y la perniciosa influencia de Wall Street en la economía y en la política de los países sureños, hemos encontrado una actitud receptiva y *sympathetic*. En nuestros casi tres lustros de residencia en Norteamérica, jamás se ha levantado una voz para contradecir nuestras aseveraciones o para defender la política que denunciábamos. A pesar de todas las apariencias en contrario, persiste en este pueblo un admirable espíritu de equidad—de *fair-play*, como ellos dicen—que le impele a reconocer y a apoyar activamente la justicia allí donde la encuentra vulnerada. El hecho de que no denuncie y repela de manera efectiva la política dictada por Wall Street en relación con nuestros pueblos, no contradice nuestras afirmaciones. Se debe únicamente a que la prensa imperialista, que es la más importante, y los intereses económicos que la dominan, mantienen al pueblo ignorante de lo que ocurre o, lo que es peor aún, tergiversan y adulteran los hechos en su provecho y en desdoro de los pueblos victimados.

Sin hipérbole ni prejuicio puede afirmarse que la América Indo-hispana no tiene más generosos y eficaces aliados y valedores en su lucha contra Wall Street que los sectores liberales y cultos de la opinión pública norteamericana. Lo único que se necesita para ganarlos a la causa de la justicia es informarlos de la trágica realidad, contrarrestando así el torcido e interesado influjo que la gran prensa ejerce sobre ellos. En este sentido, la ignorancia de la gran masa norteamericana es absoluta. La opinión pública en este país se preocupa y vigila celosamente la política doméstica de su gobierno, ejerciendo sobre él una presión irresistible que ningún mandatario se atreve a desafiar. En sus relaciones internacionales, no obstante, casi no se interesa, fuera de dos o tres tópicos: política arancelaria, relaciones con el Japón, aislamiento internacional, etc. Las causas de esta despreocupación son varias y largas de explicar, predominando, desde luego, el hecho de su relativo aislamiento geográfico, su capacidad para abastecerse dentro de sus dominios de casi todas las materias primas que necesita, su

enorme mercado interno que reduce a una fracción insignificante su comercio de exportación y la ausencia de potencias militares contiguas y de peligros internacionales, de los cuales el Atlántico y el Pacífico ponen a este pueblo a cubierto tanto como sus propias fuerzas navales y terrestres.

De la conducta de su gobierno y de sus banqueros y capitanes de industria, en relación con el resto de América, la gran masa norteamericana puede afirmarse que no sabe nada. Parte, además, de una premisa ingenua, pero falsa: guiada por cierto espíritu mesiánico, común a todos los pueblos sajones, cree *bona fide*, en la misión civilizadora y en la superioridad de su raza, y apriorísticamente reputa por benefactora para los pueblos sureños, toda intromisión de su gobierno en los asuntos internos de las repúblicas vecinas. Esto podrá parecer demasiado cándido al lector hispanoamericano y más de uno pensará que los ingenuos somos nosotros al creerlo; otros, probablemente, pensarán que deseamos hacerlos comulgar con ruedas de molino. Nada más cierto ni más evidente, sin embargo, para quienes hayan convivido con este pueblo y observado estrechamente su carácter y costumbres. El presidente de cierta universidad nos decía no ha mucho todavía, con un candor angelical y una *naïveté* a prueba de malicia para los que lo conocemos íntimamente, que "Cuba era una república afortunada porque la Providencia la había colocado bajo el amparo y la generosa protección de los Estados Unidos".

Nosotros, por supuesto, le dijimos que sí, que era una verdadera bendición del cielo la proximidad de La Habana a Wall Street, y, sobre todo, la paternal y altruista actitud del gobierno de Washington hacia los isleños del Caribe. Para convencerlo de lo contrario, habrían sido menester varias horas de conferencia sobre la historia de las relaciones entre ambos países. ¡Y cuenta que en este caso se trataba de un hombre cultísimo en otras materias, presidente, además, de una de las más grandes universidades de este país! Ya puede el lector imaginar cuál será, a este respecto, la actitud del hombre y la mujer comunes, generalmente ignorantes en todo. Pero volvamos a nuestra "experiencia" de la cual nada hemos dicho todavía.

Fue Henry L. Mencken, si mal no recordamos, quien no ha muchos años definió humorísticamente al norteamericano como "el individuo que tras ayudarse a sí mismo, procura ayudar a su vecino". Como todo humorismo genuino, esta de-

finición encierra una gran dosis de verdad. En ella se destaca una de las características más señaladas de este pueblo y acaso la virtud que más lo distancia de nuestro individualismo anarquizante. Porque si existe en la faz de nuestro planeta un ser social, un ente dotado de profundo sentido de corresponsabilidad y de relación—*socially minded*, como dicen en inglés con expresión intraducible—es el norteamericano auténtico. Desde la infancia, comenzando ya en las "escuelas-creches", en donde se admite a los párvulos a veces de sólo dieciocho meses de edad, al norteamericano se le inculca este sentido de corresponsabilidad colectiva o social y se le infiltra la noción de su deber frente al conglomerado humano de que forma parte. Esta conciencia de responsabilidad y de solidaridad colectivas es, por consiguiente, una especie de *alter ego* o doble personalidad que el individuo de este país ha desarrollado más quizá que ningún otro. Exponentes magníficos de esta conciencia colectiva son hoy los varios centenares de organizaciones altruistas, de carácter social más que cultural—aunque este último aspecto no se desdeñe ni postergue nunca en sus actividades—y los miles de hombres y mujeres consagrados en todo el país a realizar labor de beneficio social—*social work*.

Una de estas admirables instituciones, el "Institute of International Relations" ("Instituto de Relaciones Internacionales"), es una organización nacional y cuenta actualmente con nueve sucursales en todo el país. Durante la temporada de vacaciones estivales, aprovechando el asueto de estudiantes, profesores y maestros, el "Instituto" abre sus cursos en todo el país y a ellos concurren muchos miles de elementos cultos o deseosos de mejorar y ampliar sus conocimientos. El carácter de esta magnífica organización, que quisiéramos ver emulada en todo Hispanoamérica, es francamente liberal. En ella pueden discutirse los problemas más escabrosos y controvertidos con absoluta libertad y franqueza: desde la doctrina comunista que en ciertos centros docentes conservadores es *tabú*, hasta la corrupción política doméstica. Los conferenciantes que el "Instituto" invita son, por lo general, especialistas de reputación nacional, todos bien conocidos por su espíritu liberal y transigente.

La sucursal del "Instituto" en la costa del Pacífico celebra sus sesiones veraniegas en Whittier College, a unas veinte millas de Los Angeles. El que esto escribe fue invitado hace algunos meses para dar un curso de conferencias sobre el "punto de vista hispanoamericano" en relación con los Estados Unidos y señalar las "bases" para una política de fraternidad auténtica entre el Norte y el Sur. El sistema pedagógico de la institución

consiste en cuatro conferencias diarias desde las ocho hasta las doce del día y sólo una a cada hora, de manera que a cada conferencia concurren todos los alumnos matriculados. Por la tarde, se disgrega la concurrencia en grupos distintos en torno a cada conferenciante y en charlas casi íntimas, ya en las aulas o bajo las frondas de los jardines, ya a la manera peripatética por el amplio césped, se esclarecen determinados problemas o se continúa el tema de la conferencia matinal en forma detallada. Por la noche vuelve a reunirse el alumnado para una conferencia "formal". Cada conferencia va seguida de una discusión libre en la que todos toman parte. Esta colaboración activa del alumnado es quizás el aspecto más interesante y provechoso del procedimiento, pues revela no sólo el interés de la audiencia, sino también el tono y la orientación ideológica de la opinión general.

Nuestra labor consistió en cinco conferencias "formales" seguidas de otras tantas "charlas" familiares en torno a diferentes tópicos hispanoamericanos. La primera serie se inició con una sinopsis histórico-cultural de nuestra América a fin de poner al auditorio en antecedentes del doble desarrollo de nuestros pueblos y prepararlo para la mejor comprensión del tema específico y fundamental que se nos había encomendado. Las tres siguientes consistieron en una presentación concreta del origen y desarrollo de la Doctrina de Monroe y de la reacción por ella provocada en la América Latina a través de su existencia, hasta culminar en la presente repulsa violenta de esta política internacional de los Estados Unidos. En la última resumimos las "bases" para una mejor inteligencia entre ambas razas. En ella apuntamos las necesarias rectificaciones de carácter oficial que urge implantar, las medidas económicas que deben adoptarse y, por último, las directrices culturales que tanto en el Norte como en el Sur conviene seguir para lograr un mejor entendimiento entre ambos continentes. En las "charlas" vespertinas se dilucidaron temas específicos como el problema religioso en México, la revolución mexicana, las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, la guerra del Chaco, etc. A solicitud del propio auditorio, el texto de las conferencias sobre la Doctrina de Monroe se publicará en inglés y, *Deo volente*, en español más tarde. Pero lo interesante de esta "experiencia" no fue lo que allí dijimos los que habíamos sido invitados, sino la magnífica reacción del auditorio. Éste es el aspecto que quisiéramos destacar particularmente en estas notas marginales.

La idea ya estereotipada que en Hispanoamérica tenemos del pueblo norteamericano, no es más

que la resultante de nuestros desdichados contactos con los aventureros de la diplomacia y de las finanzas neoyorkinas y con los acaparadores de nuestra riqueza. El sensacionalismo desahogado de la prensa es también responsable en gran parte de esta concepción. Y como necesaria secuela, tal representación del Tío Sam, magüer fiel, es parcial e incompleta. Ella no responde más que a cierto tipo social y a cierto espíritu de este país: el "pioneer", conquistador y colonizador del centro y del Oeste, y la modalidad aquí denominada espíritu de frontera—"frontier spirit"—caracterizada por la agresividad y la violencia. Tanto aquel tipo como esta modalidad, persisten en los Estados Unidos hoy día y persistirán aún, desgraciadamente, por muchos años. Ambos son responsables en la actualidad de los aspectos más feos y repugnantes de esta sociedad: los linchamientos cobardes, las organizaciones secretas que se toman la justicia por su mano, las violencias contra la autoridad y contra la ley que con frecuencia se leen en la prensa hispanoamericana, etc. Las mismas organizaciones de *gangsters* y sus procedimientos violentos son, en cierto modo, manifestaciones lejanas y degeneradas de dicho espíritu. Lo mismo puede decirse del aventurero irresponsable que emigra a nuestros países en busca de riqueza fácil y rápida, eludiendo la sanción legal y la responsabilidad para con el medio social en que lucra, las cuales son aquí otras tantas limitaciones y cortapisas a su desmedida ambición. Pero como hemos dicho, este concepto del norteamericano no es más representativo ni exacto que el que ellos tienen de nosotros al juzgarnos por nuestros políticastros corrompidos, por nuestros aventureros y holgazanes que buscan en las algazaras políticas y en las revoluciones frecuentes, medios sumarios y antisociales de lucro indebido. En ambos casos, esto no es más que el anverso de la medalla, la hez de estas sociedades en formación, sin tradición cultural arraigada y sin disciplina ni hábitos cívicos bien sedimentados. Al Norte como al Sur, encontramos todavía una sociedad en crecimiento, apenas llegada a su pubertad, y como sucede en la adolescencia individual, en la colectiva los defectos son más notorios—porque fácilmente nos agreden y molestan—que las virtudes. Las buenas cualidades se mantienen recónditas y sólo se hacen evidentes con la madurez física y mental. Así en los pueblos.

Mas junto a estas manifestaciones de agresividad y violencia, junto a esta proclividad expansionista que no reconoce fronteras políticas ni morales, se está gestando en Norteamérica hoy día una conciencia ética y una noción de los valores superiores de la cultura y del espíritu, de los

cuales mucho puede esperarse. Tras los años de superabundancia económica que siguieron a la guerra europea, durante los cuales este país se saturó de un espíritu materialista y sensual que lo sumió en una saturnal heliogábica, ha sobrevenido una honda crisis económica y una reacción moral, higienizante y purificadora, que creemos de trascendentes resultados en el devenir ético y cultural de Norteamérica. Durante los siete años de las vacas gordas bíblicas—1920-1927—los Estados Unidos fueron una bacanal gigantesca en la que el becerro de oro se convirtió en máxima y casi única deidad ante cuya ara estuvo a punto de envilecerse este pueblo. Las salpicaduras de aquellos lodos alcanzaron hasta las más altas dignidades políticas y sociales. Por fortuna, la crisis económica que la locura colectiva y el egoísmo y la ignorancia de los dirigentes económico-políticos provocaron, no se hizo esperar. En zaga de la crisis económica llegó la reacción espiritualista contra el endiosamiento del éxito material como valor único y contra la corrupción y los vicios que aquellos años de riqueza faraónica produjeron. Durante estos años de penuria y de hambre, el espíritu de este pueblo se ha reconcentrado sobre sí mismo, ha hecho el balance de su cultura y ha revalorizado su ideología tradicional. Ha ocurrido aquí algo parecido a lo que sucedió en España a raíz del desastre de 1898: fracasado el régimen de valores convencionales que lo puso al borde de la bancarrota económica y moral, la parte más saneada y culta del país enjuició con energía el proceso de su decadencia ética y puso al descubierto las causas verdaderas del descalabro económico. Y como en la España posterior al desastre colonial, en los Estados Unidos se procura actualmente hacer una revisión de valores fundamentales de la cual saldrá este pueblo ennoblecido y en gran parte purgado de su inveterado materialismo.

Producto directo de esta reacción contra el sensualismo y la glorificación del éxito material como valor máximo, es la flamante institución a que nos venimos refiriendo. Su función primordial no es impartir conocimientos técnicos ni ofrecer cursos especializados. Tal misión compete a la nutrida falange de excelentes universidades que por todos los ámbitos del país llenan este cometido en su doble aspecto: propagar la cultura ya acumulada y acrecer este emporio mediante nuevos descubrimientos que la investigación y el estudio van haciendo en todos los sectores del saber.

Este "Instituto", como todas las organizaciones similares de este país, hace especial hincapié

en las funciones de relación social y tiene por objetivo fundamental la preparación del ciudadano para la vida cívica en un plano de dignidad y decoro, como pedía Martí. Los temas que en estos cursos se plantean son siempre de carácter social, ya nacionales o internacionales, pero siempre problemas de relación, ya sea del gobierno frente a la sociedad, ya de pueblos y gobiernos entre sí. Porque no obstante la tradición de aislamiento político que desde Jorge Washington hasta nuestros días ha sido como el *leit-motiv* y principio orientador de la política exterior de Norteamérica, existe hoy una fuerte corriente de opinión en el sector más culto y liberal del país que favorece un cambio de ruta y aboga por una política de cooperación y acercamiento internacionales como única posibilidad de eliminar la guerra y acabar con las ruinosas competencias militares y económicas.

Acostumbrados nosotros al ambiente universitario más dogmático y *aloof* en su dignidad académica, sorprendiéndonos la camaradería, la campechana sencillez y el espíritu de auténtica fraternidad que predominan en estas sesiones del "Instituto". Sobre todo nos cautivó el espíritu de comprensión y tolerancia y la "sanidad" esencial de su "pragmático idealismo"—si se nos permite la antítesis. Privaba en aquella heterogénea multitud, que iba desde los 18 a los 83 años, un fuerte instinto de cooperación, un anhelo vehemente de mejoramiento colectivo, tanto más admirable cuanto era absolutamente desinteresado y altruista. Allí se reunieron elementos que procedían de los más divergentes sectores de la sociedad norteamericana: anglosajones y judíos, celtas y oriundos de Irlanda o mexicanos de origen, católicos y protestantes, agnósticos y ateos, ricos y pobres de solemnidad, adolescentes y octogenarios, hombres y mujeres, formando la más abigarrada y pintoresca audiencia, pero identificada y sólidamente unida por una misma ansia de superación y perfeccionamiento de las relaciones entre los hombres y entre los pueblos. Innecesario parece aclarar que el aglutinante ideal que a todos los identificaba era la tradición cristiana en su primitiva y originaria sencillez, sin liturgias ni aditamentos externos.

Allí hemos visto nosotros denunciar, de manera agresiva y franca, el imperialismo capitalista—sin excluir el propio—; la mendacidad y el egoísmo de la gran prensa capitalista; los crímenes del "nazismo" y del "fascismo"; la corrupción política doméstica; las conjuras e intrigas de los fabricantes de armamentos, de los intereses bancarios y de los grandes potentados de la industria; los abusos del capital en sus re-

laciones con el proletariado; etc., etc., y en cada caso la reacción del auditorio era idéntica y unánime. Allí se organizaron comités de propaganda para la lucha contra el "fascismo" y la guerra en los distritos rurales y se indicaron las directrices ideales que debían seguirse para combatir la reacción retrogradante de los elementos adinerados que ya se perfila. Y lo mismo se hizo en las otras ocho sucursales del "Instituto". Esto mismo se viene realizando en forma práctica y muy eficiente desde hace años por un sinnúmero de organizaciones afines, de publicaciones y de grandes núcleos de elementos liberales que le vienen dando la batalla en este país a los Hearst, Du Ponts, Morgans, Rockefellers, Mellon y compañía, desde hace ya tiempo. Todos estos elementos progresistas apoyaron la reelección de Roosevelt porque en su triunfo vieron

la más eficaz manera de mantener y prorrogar la buena tradición liberal de tolerancia y mejoramiento progresivo de este país. En la reelección de Roosevelt vieron también, estos elementos, la única posibilidad de evitar la revolución clasista que el triunfo de la reacción haría poco menos que inevitable.

Se nos argüirá que en todas estas organizaciones y en sus actividades hay un gran margen de sentimentalismo, de ingenuidad y de utopía. No lo negamos. Mas el profundo sentido práctico de este pueblo y su pragmatismo ingénito irán reduciendo cada día más este coeficiente de sentimentalismo inocuo e irrealizables anhelos, y en la misma medida se incrementará la eficacia de lo que quede de sano idealismo—cribado ya en el tamiz de la experiencia y de la lucha social—de todos sus excesos y vaguedades.

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

FUNDADO EN 1884

CAPITAL: \$ 16.000,000.00

CASA MATRIZ: ISABEL LA CATOLICA, 44. MEXICO, D. F.

Nuestra experiencia de más de **M E D I O S I G L O** de servicios bancarios en la República, nos permite facilitar las operaciones que a continuación se indican, contando para ello con 42 sucursales y agencias distribuidas en las poblaciones de mayor importancia comercial.

Apertura de cuentas corrientes de cheques en toda clase de monedas. Operaciones de Crédito.

DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A LA COMPRA-VENTA DE GIROS SOBRE EL INTERIOR DEL PAIS Y SOBRE EL EXTRANJERO.

Nuestro Departamento Extranjero se dedica especialmente a la compra-venta de monedas extranjeras, pagando los mejores tipos de cambio del mercado.

Contamos con una extensa red de **CORRESPONSALES** **COBRANZAS**
en toda la República para el servicio de

SE ABREN Y RECIBEN CREDITOS COMERCIALES

Guarda de Valores.

El Departamento de Caja de Ahorros, recibe depósitos desde UN PESO y abona intereses desde CINCO PESOS.

Vendemos **CHEQUES PARA VIAJEROS**, pagaderos en moneda nacional y los mundialmente conocidos de la American Express y American Association, pagaderos en Dólares. Expedimos Bonos de Caja pagando intereses.

LA MODERNIZACION DE TODOS NUESTROS SERVICIOS NOS PERMITE DEJAR SATISFECHA A TODA NUESTRA APRECIABLE CLIENTELA.

Le interesa solicitar información.

AGENCIA EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

52 William Street.

CORRESPONSALES EN EL PAIS Y EN EL EXTRANJERO.

EL TEATRO DE GUTIERREZ HERMOSILLO

Por AGUSTIN YANEZ

SI constitucionalmente Alfonso Gutiérrez Hermosillo (1904-1935) era poeta lírico y toda su disciplina la aplicó a una tarea de depuración sobre la riqueza desbordante de su temperamento, el teatro le propuso la complejidad de sus secretos objetivos a los que llegar—como a meta distante y difícil—por amor y tenacidad entusiasta. Rico en sustancia lírica, soñó venir al dominio de la dramática, y esta fué una de sus más caras y pertinaces ilusiones, transmutada en trabajo cordial, humilde y perseverante. “Es singular la observación que puede hacerse en el trayecto de todas las literaturas: ningún genio literario lleva en sí la rotundidad, la agudeza, la armonía y el imperio de las formas, la conciencia moral y el esplendor del espíritu, tanto como el genio dramático. Un Goethe, un Shakespeare, un Lope, un Tirso, un Schiller, un Calderón, un Juan Ruiz, un Corneille, un Moliere lo demuestra”—escribió el propio Gutiérrez Hermosillo en un pasaje culminante de su apasionadísimo ensayo sobre los Problemas del Teatro en México, páginas que sobre el interés del tema que atacan con valentía y sinceridad desusadas, ofrecen el interés de comprender en su magnífica proporción, el anhelo tan vehemente de Alfonso por la poesía dramática y cómo, a fuerza de constancia, iba apoderándose de los secretos del teatro. El género dramático, escribe en la primera página de ese ensayo, “es, en el fondo y de la manera más generosa, la polémica espiritual por la que fermentan y suben las actitudes humanas que preocupan al pueblo que las engendra”.

Lo primero en la realización del empeño dramático fue el estudio histórico-crítico del género, mediante largas lecturas minuciosas rigurosamente sistematizadas y comentadas con fervor; a partir de 1928, y cada vez con mayor acendramiento, el teatro—sus grandes figuras, ciclos y obras—fue tema obsesionante, capital, en las conversaciones del poeta; recuerdo ahora la ingenua avidez con que hizo amistad y charló con Alfredo Gómez de la Vega cuando hacia 1928 hizo este actor una temporada en Guadalajara, llevando en su compañía a la primera actriz Mimí Aguglia; la vocación dramática se exaltó; no es aventurado afirmar que uno de los móviles de la venida de Gutiérrez Hermosillo a la capital,

fue su deseo de entrar en contacto con las gentes de teatro; desde luego, en su modestísimo presupuesto, apartó lo necesario para ser espectador asiduo; las lecturas se enriquecieron con el análisis de las representaciones y la amistad con actores, críticos y autores; dos fueron los amigos de mayor crédito en asuntos dramáticos: Xavier Villaurrutia y Celestino Gorostiza; es curioso observar cómo Alfonso escogía, entre sus amigos, consejeros para actividades diversas; a aquellos a quienes confiaba sus inquietudes líricas, casi no les hablaba de teatro o de novelas; y curioso también, cómo se sucedía la asiduidad de ciertas amistades, cuando en ellas encontraba fallas de crédito; en la discusión se advertía automáticamente el sentido del propio valer, reconociéndose inferior, igual o superior frente a los interlocutores; en cuestiones dramáticas resplandecía siempre su humildad y avidez; aun del teatro comercial y de astrakán buscaba experiencias. Cuánto le mereció esta actitud, evidencian los sus ensayos postreros sobre la crisis del teatro y sobre los problemas del teatro en México: basta leer el análisis de algunas de las obras o autores que allí realiza y la seguridad polémica asumida contra ciertos actores y críticos.

Paralelamente ejercitó las experiencias adquiridas ensayando la creación dramática. Cinco obras para teatro escribió: “Cuento de abuela”, poema escénico que consta de un prólogo, tres actos y un epílogo (1927); “La sombra de Lázaro”, tres actos en siete cuadros (1928-1932); “La escala de Jacob”, tres actos (1931); “La justicia, señores...”, un acto (1933); “El día de su muerte”, acto único (1934).

Resuena el metal lírico principalmente en las tres primeras obras. “Cuento de abuela” tiene la clara transparencia de los primeros poemas líricos: en “un patio tapatío blanco y fresco—macetas y jaulas—la noche de un día transparente” (dice la acotación del prólogo), una abuela pone en paz a la rapacería contando un cuento:

Estas eran dos princesas
que vivían
en una tierra encantada.
Y tenía
una el traje blanco y cielo,
la otra de negro vestía

y era más rubia y más blanca
 cuanto más negra venía...
 La que de blanco se viste
 un príncipe azul tenía.
 La mujer del traje negro
 ¿quién sería?

En los tres actos se desarrolla el trágico cuento de Maximiliano y Carlota; una princesa negra interviene furtivamente en la acción a la manera del coro griego: es la fatalidad, la locura, la muerte. Pronto la inconformidad de Alfonso arrinconó este poema entre las obras que, por imperfectas y distantes de sus nuevas ideas, desconocía, aplazando el asunto para tratarlo en diversa forma. El poema tiene apreciables aciertos en la revelación de los caracteres por la hondura del diálogo, lleno de belleza, melancólico y tierno. El medio tono en que discurre la acción es novedoso; en vez de gritos estridentes o escenas patéticas, se consigue el clima trágico por alusiones e imágenes grávidas de intención, por dubitaciones y reticencias que la situación de los personajes subraya. La lectura del "Cuento" ante un selecto grupo de tapatíos en la casa del maestro José Rolón, en Guadalajara, hacia 1927, fue un éxito lisonjero; pero el poema, pronto desconocido, quedó sin rehacer.

"La sombra de Lázaro" es el más conmovedor ejemplo de la paciencia con que Alfonso trabajaba por hacerse dramaturgo. Comenzó a planear y a escribir este drama en 1928, bajo la influencia de Ibsen, a quien por entonces estudiaba minuciosa y entusiastamente. No sé cuántas veces, ni bajo qué diferentes influencias rehizo el drama; encuentro al fin cuatro ejemplares con las versiones últimas, dos de ellas, que parecen definitivas, fechadas en 1932, pero aún con numerosas correcciones. La angustia de tantos y tantos nombres que se ocurrían para bautizar la obra y que están escritos al margen de las versiones, ponderan el tormento creador: "El nuevo viaje de Odiseo", "Odiseo perdido", "Era siempre el mismo", "La sombra en el sendero", "El camino y la sombra", "Brazo a cercén cortado", "Abandono", "Muro de soledad". En uno de los ejemplares aparece tachado, como epígrafe, este fragmento de Dostoyewski: "Quién sabe si toda esa gente que se agita y acciona, es sólo el ensueño de "alguien", cuando no existe en realidad ni un sólo hombre, ni una acción de las imaginadas, desapareciendo por completo, al despertar, el que ensueña". Capítulo VIII de "El Adolescente".

Este es el argumento de "La sombra de Lázaro": Cuando todos lo creen muerto, vuelve a la hacienda de Ocotengo el antiguo propietario,

Francisco, quien diez años antes, en plena revolución, desapareció con el pretexto de ir al norte a comprar ganado, pero en realidad por la convicción de que su mujer, Justina, obligada a casarse por interés, no podía quererlo; nunca volvió a saberse más del patrón; Justina, en tanto, creyó enamorarse de otro hombre que pronto reveló su codicia y con esto produjo el asco de la mujer; en este fugaz amor fue engendrado Jorge que, para Francisco, al volver, es su hijo; Engracia, hermana mayor de Justina, espíritu de ambición y perfidia, reconoce a su cuñado y lo conmina a marcharse de nuevo, pero esa tarde una tempestad sorprende a Jorge en el campo; el niño cae en un barranco y le pica una víbora; Francisco lo rescata y lo lleva a la hacienda; una fiebre altísima se ha desatado sobre Jorge; el médico más inmediato no vendría tan oportunamente cuanto la desesperación de Justina lo reclama; ha cundido el rumor de que el desconocido recién llegado es curandero, oficio que Francisco aprendió en la revolución; Justina manda por él a unas mujeres que llegan cuando un hombre de las confianzas de Engracia ejercita violencia para que salga de los términos de la hacienda, muchas leguas a la distancia; Francisco se identifica a Justina y reclama salvar al hijo; Justina confiesa que Jorge no es hijo de Francisco y, de pronto, le niega la entrada a la alcoba del enfermo; Jorge, al fin, es curado; Francisco insiste en tenerlo por hijo; Justina decide abandonar Ocotengo, en vano los intentos del marido para rehacer la vida; se siente manchada, indigna, imposibilitada; cuenta Francisco sus luchas antes de determinarse a volver, sus ilusiones, la esperanza de amor; ante la inflexibilidad de Justina, él es quien se marcha otra vez, como antes, sin aviso, misteriosamente.

La fábula, en las primeras formas, tuvo un desarrollo realista. La primera crítica ejercitada fue la de Gómez de la Vega. El tema había encariñado hondamente a Alfonso, quien se aplicó a transformarlo una y muchas veces; en las últimas versiones el drama difiere radicalmente de la forma primitiva; está dividido en siete cuadros, tres de ellos contruidos surrealístamente; así el primero: "La escena estará dividida en dos partes. La derecha es un camino en el campo, por el cual viene Francisco... La izquierda, que es obra de la imaginación de Francisco, cuando se levante el telón estará completamente oscura; es una sala de hacienda...; la imagen de Justina aparece cosiendo. Cuando Francisco aparezca en el escenario de la derecha, la otra parte se ilumina con suavidad y, un momento después, se oscurece. Durante el diálogo que sigue, ha-

brá pausas indicadas por leves oscurecimientos del escenario de la izquierda. En esos intervalos, que serán muy breves, Francisco hará *admanes que indiquen la reconcentración* que procura". El diálogo imaginario aflora el complejo psicológico del personaje y la posible reacción emocional de la mujer; es un diálogo que transubstancia dramáticamente la esencia del monólogo interno, sublimando conceptos y formas verbales y adquiriendo hondura humana; al final del cuadro, a oscuras ya el escenario de la imaginación, comienza el diálogo realista entre Francisco y un peón de Ocotengo; la transición es marcada por el empleo de formas verbales y conceptos correspondientes al carácter ordinario de los personajes. La obra toda es una conjugación de parejas situaciones. Las escenas imaginarias están repletas de lirismo, hábil para la expresión de estados subjetivos.

Este interés por traer al drama lo subjetivo, dándole, por antropomorfosis, entidad objetiva, alcanza plenitud en "La escala de Jacob", donde las fuerzas subconscientes urden la acción: los personajes reales: El Hombre, La Mujer, El Amigo, El Ama, devienen los otros doce personajes de la obra: El Subconsciente, El Afianzador, Cuatro dobles del Subconsciente, Cuatro alumnos de El Hombre, el Loco, el Coro, aparte el desdoblamiento personal de El Hombre y La Mujer que se opera durante el sueño, cuan-

do en el segundo acto abandonan en el lecho sus formas corporales; discurriendo en el sueño, el hombre es un viejo de barba completamente blanca y crecida; la mujer, una casquivana

Frente al hombre—un artista atormentado por los celos, la miseria absoluta y el rencor de su fracaso—el Subconsciente recuerda muy de cerca la estructura dramática de Mefistófeles, por más que, habilidosa y certeramente, el autor le trueque con frecuencia la naturaleza del Eco y otras veces caiga en la infeliz humanidad de Yago. El largo y devoto estudio de los autos sacramentales y la curiosidad por el psico-análisis, son los pivotes de esta obra extraña, pero llena de belleza, que marca el progreso alcanzado por Gutiérrez Hermosillo en sus empeños dramáticos. Malogradamente no fue a más. "La justicia, señores..." (anunciada en el repertorio del Teatro de Orientación de la Secretaría de Educación, frustrado por los vaivenes burocráticos de 1934) y "El día de su muerte", son breves ejercicios de expresión dramática, el primero de ellos concebido a manera de farsa grotesca, con tipos de comisaría tan familiares al oficio que por ese tiempo cumplía el poeta en una delegación del Ministerio público. Entre los papeles póstumos hay abundantes notas relativas a asuntos dramáticos, algunos diálogos inconexos, proyectos de escenografías, que acusan la férrea voluntad de conquista que impulsaba el talento de Gutiérrez Hermosillo hacia el teatro.

Vulcanizadora
Packard y Anexo

AMAURY MUÑOZ

La más moderna
Renovadora

Renueve sus llantas garantizándole que le darán el mismo servicio que le dieron las nuevas hasta el momento que las mandó usted renovar. ¡Hechos, no Razones

IMPORTADOR DE ACCESORIOS, REFACCIONES Y NOVEDADES

Distribuidor de las
famosas Llantas y
Cámaras

Goodrich Euzkadi

Tels. Eric. 3-15-97
Mexicana L-19-54

Atenas número 10

México, D. F.

Libros Publicados por la Universidad Nacional de México

- Argüelles, P.* Historia de la Civilización Romana. Arreglada para uso de las Escuelas Preparatorias. 308 páginas. 15x22 cms. México, 1934. Cartoné . \$ 2.50
- Benavides, Francisco de A.* (Prof. de la materia de la Escuela Superior de Administración Pública (U. N. de M.) y en la Escuela Central de México. Exjefe Técnico (fundador) en el Departamento de Estadística Nacional, Miembro de Sociedades Científicas). Estadística Elemental. 132 páginas. 21x14 cms. México, 1928 \$ 0.50
- Bravo H., Helia.* Las Cactáceas de México. 760 páginas. 17x24 cms. México, 1937 \$ 18.00
- Carrancá y Trujillo, Raul.* Derecho Penal Mexicano. Parte General. 422 páginas. 17x24 cms. México, 1937 \$ 8.00
- Castorena, J. Jesús.* Manual de Derecho Obrero. 332 páginas. 19x13 cms. México, 1932 \$ 1.50
- Cevallos, Miguel Angel.* La Escuela Nacional Preparatoria. Ensayo Crítico. Premio del Dr. Antonio Caso. 156 páginas. 12x17 cms. México, 1933 . . \$ 0.50
- Chávez, Ezequiel A.* Tres Conferencias: Baldwin, León, Boas. 84 páginas. 21x15 cms. México, 1937. \$ 1.25
- Chico Goerne, Luis.* La Universidad y la Inquietud de Nuestro Tiempo. 148 páginas. 17x24 cms. México, 1937 \$ 3.50
- Dominguez, Virgilio.* El Materialismo Histórico. Aspecto Filosófico, Sociológico e Histórico. Exposición y Crítica. Preliminar del doctor Antonio Caso. 254 páginas. 17x24 cms. México, 1933 \$ 1.50
- Froebel, Federico.* Autobiografía. Traducción del inglés por Berta von Blüner. 36 páginas. 17x24 cms. México, 1932 \$ 0.25
- García Junco, M. y Máximo E. Morales.* Nociones Fundamentales de Química. 422 páginas. 23x16 cms. México, 1932. Tela \$ 1.25
- Garza Treviño, Ciro.* Wilson y Huerta. Tampico y Veracruz. Ensayo de Divulgación Histórica. 70 páginas. 17x24 cms. México, 1933 \$ 0.30
- González León, Francisco.* De mi Libro de Horas. 132 páginas. 15x20 cms. México, 1937 \$ 1.50
- Herrera y Ogazón, Alba.* Historia de la Música. 506 páginas. 17x24 cms. México, 1931 \$ 2.50
- Jiménez Rueda, Julio.* Antología de la Prosa en México. 310 páginas. 19x14 cms. México, 1931. Cartoné \$ 1.75
- Kisch, Dr. Bruno.* Las Ciencias Naturales y el Concepto del Mundo. Traducción por el Dr. J. Joaquín Izquierdo. 64 págs. 17x24 cms. México, 1933. \$ 1.00
- Maillefert, Alfredo.* Laudanza de Michoacán. Morelia, Pátzcuaro, Uruapan. 158 páginas. 18x24 cms. México, 1937 \$ 2.75
- Marinello, Juan.* Literatura Hispano Americana. 194 páginas. 17x24 cms. México, 1937 \$ 3.50
- Mena, Prof. Ramón.* (Curator of the Department of Archaeology of the National Museum of Mexico). Synthesis of Mexican Archaeology for the Summer School of the National University. 58 páginas. 23x15 cms. México, 1934 \$ 0.25
- Méndez Plancarte, Gabriel.* Horacio en México. 338 páginas. 18x24 cms. México, 1937 \$ 5.00
- Míchaca, Pedro.* (Prof. de la Facultad de Música y Miembro del Ateneo Musical Mexicano). El Nacionalismo Musical Mexicano. Tesis premiada en el Concurso convocado por la Universidad Nacional Autónoma. 22 páginas. 17x24 cms. México, 1931. \$ 0.25
- Monterle, Francisco.* Antología de Poetas y Prosistas Hispanoamericanos Modernos. 402 páginas. 15x20 cms. México, 1931 \$ 1.75
- Ocaranza, Fernando y Gustavo Agril.* Sinóptica Clínica (Cardio-Vascular y Renal). 100 páginas. 14x20 cms. México, 1935 \$ 1.00
- Ochoterena, J.* Tratado Elemental de Biología. 382 páginas. 16x21 cms. México, 1937 \$ 3.50
- Pensadores de América. Bolívar.* Selección de Carlos Pellicer. Nota preliminar de Salvador Azuela. 100 páginas. 15x20 cms. México, 1937 \$ 0.75
- José Carlos Mariátegui. Notas por Manuel Moreno Sánchez. 142 págs. 15x20 cms. México, 1937. \$ 0.75
- Pruneda, Dr. Alfonso.* Higiene de los Trabajadores. 86 páginas. 16x22 cms. México, 1937 \$ 1.00
- Quintana, Miguel A.* (Prof. de la Facultad de Comercio y Administración). Los Ensayos Monetarios como Consecuencia de la Baja de la Plata. El Problema de la Plata y el de la Moneda de Plata en el Mundo y en México. 234 páginas. 10x15 cms. México, s. f. \$ 0.25
- Ramos, Miguel S.* Nociones de Estadística Aplicada a la Educación. Segunda edición. 118 páginas. 15x20 cms. México, 1934 \$ 0.50
- Reiche, Dr. Phil. Carlos.* Flora Excursoria en el Valle Central de México. Claves Analíticas y Descripciones de las Familias y Géneros Fanerogámicos. 306 páginas. 16x21 cms. México, 1926 \$ 1.00
- Revista General de Derecho y Jurisprudencia.* Director Alberto Vázquez del Mercado. Colección de ocho tomos en 7 volúmenes de 17x24 cms. . . . \$ 14.00
- Rubio, Antonio.* (Dr. en Filosofía). La Crítica del Galicismo en España, 1726-1832. 242 páginas. 18x24 cms. México, 1937 \$ 3.00
- Sánchez, Ing. Pedro C.* Geografía Física con Aplicaciones a la República Mexicana. Para el Curso de la Facultad de Filosofía y Letras. 3ª edición. 152 páginas. 27x21 cms. México, 1931 \$ 1.50
- Sáenz, Vicente.* Rompiendo Cadenas. Las del Imperialismo Norteamericano en Centro América. 322 páginas. 17x24 cms. México, 1933 \$ 1.50
- Salazar Salinas, Leopoldo.* Elementos de Geología para el Curso de la Escuela Nacional Preparatoria. 372 páginas. 17x24 cms. México, 1928 \$ 2.00
- Teja Zabre, Alfonso.* Biografía de México. Introducción y Sinopsis. 96 páginas. 19x15 cms. México, 1931 \$ 0.75
- Valdés, Octaviano.* El Prisma de Horacio. 74 páginas. 17x33 cms. México, 1937 \$ 1.50
- Vasconcelos, José.* Historia del Pensamiento Filosófico. 582 páginas. 24x17 cms. México, 1937 . . \$ 10.00
- Viniestra, Fermín.* (Prof. de Obstetricia en la Universidad Nacional de México). Nociones de Obstetricia. Elementos y Puericultura. 2 tomos. 306 y 398 páginas. 17x24 cms. México, 1936 \$ 10.00
- Zepeda Rincón, Tomás.* La Instrucción Pública en la Nueva España en el Siglo XVI. Estudio presentado para obtener el grado de Maestro en Ciencias Históricas. 140 páginas. 17x22 cms. México, 1933. \$ 1.25

Distribuidor General: LIBRERIA ANDRES BOTAS

1ª DE BOLIVAR, 9.

MEXICO, D. F.

NOSTALGIA EN LA TARDE

Por ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

ESTAMOS en Inglaterra y en 1808. Corren los meses del invierno y la cautela con que adelantan su marcha no es suficiente para borrar las huellas deladoras. Las yerbas de este campo que atravesamos han ido cambiando su verde y su tersura por los signos de una incipiente vejez: se enjutan, van siendo dominadas por una melancolía que parece neblina. En el contorno, "presentan armas, inútiles aceros, ramas secas, dobles filas de árboles, la guardia". Una hoja que se desliza al vaivén del aire permanece un momento suspendida en el ámbito y luego se lanza, con acelerada decisión, a reposar en la cálida paz de la tierra. Nada incita a desatar las fuerzas potentes de la alegría. El silencio es perfecto.

Y buenamente, porque sí, de pronto nos vemos ante la antigua abadía de Newstead... ¡Ah, sí! Es ésta la residencia de ese poeta febril y desdeñoso cuyo nombre hemos oído pronunciar a las gentes de los castillos vecinos con una mal disimulada entonación de pavor. No hay más que evocarlo y la leyenda cunde, prospera. Nos acercamos a la ancha verja. La profusión de encinas y olmos, asentados sobre una maleza rebelde y en cierto modo descuidada, apenas nos permite distinguir, a lo lejos, un ángulo sucinto del vasto edificio. Por ahí, una fuente ennoblecida con porciones de amarillenta lama, destaca a merced de la apagada canción del agua, que la ciñe con su murmullo. Todo el conjunto es de una severa tristeza. ¿Cómo puede habitar esta ermita laica un hombre diabólico?

La verja cede a la moderada presión de la mano. Entramos. Después de huronear un poco alrededor de la finca, penetramos en este amplio recinto de techos eminentes. Es frío, es adusto. No cabe duda: esta es la iglesia arruinada de los antiguos monjes. Al fondo, en el sitio que ocupara el altar, sobresale un gran túmulo, al que se llega subiendo unos peldaños circulares armoniosamente dispuestos.

Cerca del monumento está sentado, inmóvil, un hombre, casi un adolescente. Lo observamos de perfil y nos cautiva su presencia, su secreta distinción. Advertimos sus cabellos ensortijados,

su semblante alargado. Luego, fijándonos mejor, notamos la frente noblemente espaciosa; la nariz recta, fina; los labios delgados, con cierto mohín de inconfundible altivez, que, sin embargo, en este momento se suaviza quién sabe por qué impulso escondido. Nada podría ahora distraerlo: su mirada está retenida, como en fascinación, por aquellos mármoles. Y volvemos a preguntarnos: "¿Será éste el monstruo?"

El hombre medita. No puede sustraerse a la obsesión de revivir los días recién pasados. Con transparente lucidez, vuelve a ver a su amigo sin mancha, a su compañero insustituible, a aquel *Boatswain* magnífico, atacado de la noche a la mañana por el virus terrible. El noble terranova, cuando el amo alarmado apareció ante él, retrocedió instintivamente, como para advertirlo del peligro. Sus ojos refulgían, en plena gloria matinal, de modo amedrentador. Una baba constante le salía de la boca. El hombre, consternado, se llegó al perro con la familiaridad de siempre y mientras le dirigía palabras que querían ser alegres, con la mano desnuda le iba secando el líquido mortal. De vez en cuando, el terranova se desprendía con violencia de las manos que lo mimaban y rápidamente, sin que se pudiese evitar, flexionaba la recia cabeza y se hundía a sí mismo, en las partes del cuerpo que lograba alcanzar, los grandes colmillos.

Apenas había adelantado unos pasos el amo al retirarse, un intempestivo crujir de hojas secas y el ruido de algo que corría le hizo volver el rostro. Había sobrevenido al leal *Boatswain* una crisis. Saltaba sin concierto, de un lado a otro, con ímpetu increíble—y ladraba sordamente. Se disparaba luego contra los árboles, contra los rústicos bancos del jardín, contra todas las cosas, y les asía furiosamente con los colmillos, como si estuviese resuelto a pulverizar cuanto tenía delante. El hombre contemplaba aquel sufrimiento atroz con un claro temblor de congoja. El perro se tendió en cierto momento, acezando. A través de la niebla que le iba cubriendo los ojos alcanzó a distinguir la silueta del amigo y le brotaron dos lágrimas enormes. En toda la anchura luminosa de la mañana sólo se

percibía aquella especie de gemido... El hombre no pudo resistir más y corriendo aterrizado, cojeando, se hundió por una de las puertas de la casa.

El hombre se ha estremecido, ahora mismo. Se pasa la mano por el semblante conmovido y el pecho se le ensancha, como si suspirase. Ya la sombra parece que inicia su cotidiano combate contra los destellos remisos. El hombre alza un poco los ojos y los fija en una suntuosa urna antigua, colocada encima del pedestal. Torna a ver a su amigo sin mancha, a su compañero insustituible, a aquél *Boatswain* magnífico... Y antes de que la tierna melodía de los grillos proclame pudorosamente la fácil y decisiva victoria de la noche—ya los destellos tocarán su clarín de luces a la ancha puerta de los antípodas—el poeta abandona el asiento y se aproxima al túmulo.

Con los brazos abiertos, trata de cubrir los mármoles impasibles. Desliza las manos por ellos,

las retiene, las vuelve a deslizar. Ya se marcha. ¿Habrás sido tocado por el espíritu de la amistad? Ya se marcha, sí; pero la desfalleciente luz de este día no se irá en tanto el monstruo, el energúmeno que sobresalta a los estúpidos vecinos, no haya releído estas palabras que hizo grabar en uno de los lados del pedestal:

Cerca de este lugar
reposan los restos de un ser
que poseyó la belleza sin la vanidad,
la fuerza sin la insolencia,
el valor sin la ferocidad
y todas las virtudes del hombre sin sus vicios.
Este elogio, que constituiría una absurda lisonja
si estuviera escrito sobre cenizas humanas,
no es más que un justo tributo a la memoria de
"Boatswain", un perro,
nacido en Terranova en mayo de 1803
y muerto en Newstead Abbey el 18 de noviembre de 1803.

El habitante de Newstead Abbey—ya lo sabéis—era Lord Byron.

PALABRAS DEL RECTOR DR. GUSTAVO BAZ

Al efectuarse en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales la toma de posesión de la nueva Mesa Directiva de la Sociedad de Alumnos, el Rector, Dr. Gustavo Baz, pronunció la siguiente alocución:

"Señores estudiantes: Hubiera sido mi deseo tener el salón pletórico de estudiantes para, al dirigirme a ellos, sentir la unidad de la Escuela de Leyes con la Rectoría. Por desgracia, el trabajo diurno retiene a muchos de ellos fuera de la escuela a estas horas. Es quizá uno de los momentos más trascendentales para nuestra casa de estudios la toma de posesión de la mesa directiva, y desearía por ello que este pequeño grupo llevara a sus compañeros la nueva ideología de la Universidad. Una vez llegado al acuerdo de que sean ciertas personas los directores de determinado movimiento, se hace necesario el darse cuenta de que todos deben unirse para hacer de esa manera una escuela unida que permita la creación de un frente único dentro del cual queden escudadas las doctrinas de la nueva ideología. Hasta hace poco la escuela era pasto fácil de ambiciones de líderes sin escrúpulos con miras exclusivamente personalistas; por eso, la impresión que deseo tener es la de la unidad del estudiantado que, plenamente consciente de sus deberes universitarios, sepa evitar toda agitación personalista tendiente a la consecución de ambiciones netamente individuales.

"En este momento toma posesión de la mesa directiva un grupo distinguido del estudiantado. Apenas si tengo algunos días de conocerlo, pero estoy seguro que ellos tendrán, sin duda, el apoyo de la Rectoría en cuanto sostengan la unión del estudiantado de la Facultad de Leyes. La representación de Leyes tiene la obligación de mantener la cohesión de los estudiantes de la misma, y no lucrar, como en años anteriores, con la conquista de puestos fáciles dentro del seno de la Universidad. La conquista debe tender al levantamiento del nivel de cultura de la escuela, dejando a un lado la conquista del bienestar personal. Por ello pido en este momento a los componentes de la mesa directiva la protesta del cumplimiento de sus obligaciones universitarias".

NUESTRO CANJE

NOTICIAS • REFERENCIAS

- "Sur". (Mensual). Buenos Aires. Año VIII. Núm. 43. Abril de 1938.

"Pasa el tiempo", por Virginia Woolf; "Ele-gía en la muerte de Federico García Lorca", por Salvador de Madariaga; "Los Siete Infantes de Lara" (novela histórica), por Ramón Gómez de la Serna.

- "Romania". (Trimestral). París. Tomo LXIV. Núm. 254. Abril de 1938.

Revista consagrada al estudio de las lenguas y literaturas románicas. "De la edición PRINCEPS de la CANCION DE ROLANDO a las ediciones recientes; nuevas notas sobre el arte de establecer los antiguos textos" (doceavo artículo), por J. Bédier.

- "FEV". (Mensual). Caracas. Año II. Núm. 7. Abril de 1938.

Organo de la Federación de Estudiantes de Ve-nezuela.—"México y el Petróleo", por Jesús Gon-zález C.

- "Plus Loin". (Mensual). París. Año XIV. Núm. 157. Mayo de 1938.

"De la imperfección de nuestros medios de ex-presión gráfica del pensamiento y los sonidos", por A. de Malander.

- "Letras de México". (Mensual). México, D. F. Núm. 27. Mayo de 1938.

Número consagrado en su mayoría a nuestro huésped André Breton. Se ofrecen fragmentos suyos—poesía y prosa—traducidos por Xavier Villaurrutia, Agustín Lazo, César Moro, etc.

- "Annales de l'Université de Paris". (Bimes-tral). París. Año 13. Núm. 2. Abril-marzo 1938.

Se consagra en este número un homenaje al desaparecido profesor Ferdinand Brunot, decano honorario de la Facultad de Letras.

- "L'Architecture d'Aujourd'hui". (Mensual). París. Año 9. Núm. 3. Marzo de 1938.

Bello número dedicado a las bibliotecas. "La evolución de las bibliotecas" y "Las grandes bi-bliotecas modernas", por André Hermant; "La Biblioteca Nacional de París", por Michel Roux-Spitz; "Los programas de las bibliotecas moder-nas", por Henri Lemaître, etc.

- "Ingeniería Internacional". (Mensual). Nue-va York. Vol. 26. Núm. 5. Mayo de 1938.

"Explotación hidráulica de los placeres aurife-ros", por William A. Newman; "Exploraciones sísmicas en busca de petróleo", por R. S. Harding; "Análisis de las corrientes en un sistema de dis-tribución de agua", por Francisco J. Morales, jr.

- "Guatemala Médica". Guatemala. Año III. Núm. 4. Abril de 1938.

"Breves consideraciones sobre apendicitis y ti-flo-colitis", por el doctor Luis A. Macías.

- "Ariel". (Quincenal). San José de Costa Rica. Serie V. Núm. 14. 15 de marzo de 1938.

Amena e instructiva revista antológica de le-tras, artes, ciencias. La dirige Froylán Turcios.

- "Revue Scientifique". París. Año 66. Núm. 3. 15 de marzo de 1938.

"Una disciplina nueva en Mecánica: el análi-sis mecánico", por Maurice d'Ocagne; "El papel de la zoología marina en el descubrimiento por William Harvey de la circulación de la sangre", por el doctor L. Chauvois; "El método de reso-lución de los problemas económicos", por el in-geniero Fernand Laborde.

- "Crapouillot". (Mensual). París. Mayo de 1938.

Número consagrado a "El crimen y las perva-siones instintivas", por el doctor René Allendy.

- "Abside". (Mensual). México, D. F. Tomo II. Núm. 5. Mayo de 1938.

"Arte y alma de Nervo", por Alfonso Méndez Plancarte; "Amado Nervo", por Alfredo Maille-fert; "5 poemas inéditos", de Octaviano Valdés; "Gilbert K. Chesterton", por José Herrera Rossi; "La Relatio de la conquista de la Nueva España", por Federico Gómez de Orozco; notas de libros.

- "The Listener". (Semanario). Londres. Vol. XIX. Núm. 477. 2 de marzo de 1938.

"Pacifismo. Pro y contra", controversia entre Alfred Salter y Wickham Steed.

- "Modern Mexico". (Mensual). Nueva York. Vol. 10. Núm. 1. Junio de 1938.

Número dedicado a la ciudad de Monterrey.

• "Ingeniería". (Mensual). México, D. F. Vol. XII. Núm. 4. Abril de 1938.

Importantes estudios técnicos.

• "Le Monde Médical". (Quincenal). París. Año XLVIII. Núm. 921. Marzo-abril de 1938.

Número dedicado a diversos diagnósticos precoces del cáncer.—La revista emite ediciones en francés, español e italiano.

• "La Nueva Democracia". (Mensual). Nueva York. Vol. XIX. Núm. 5. Mayo de 1938.

• "Definición de la democracia", por Ignacio García Téllez; "La vida y la obra de Alejandro Korn—II", por Francisco Romero; "Ensayistas cubanos: Juan Marinello", por Gilberto González y Contreras.

• "Pan". (Semanario). Buenos Aires. Año IV. Núm. 147. 5 de abril de 1938.

"Checoslovaquia, punto neurálgico de Europa", por Frank C. Hanighen; "Biología de la juventud", por Jean Rostand; "La poesía popular marroquí", por Ben Aiala.

• "Revista de Ciencias Económicas". (Mensual). Buenos Aires. Año XXV. Núm. 197. Diciembre de 1937.

"Contabilidades ocultas", por Alberto Sabá.

• "The Studio". (Mensual). Londres. Vol. 115. Núm. 542. Mayo de 1938.

Pintura y escultura modernas en Checoslovaquia.

• "Escenario". (Mensual). Milán-Roma. Año VII. Núm. 3. Marzo de 1938.

"Pasado y porvenir del teatro argentino", por Mario Puccini.

• "Criminalia". (Mensual). México, D. F. Año IV. Núm. 8. Abril de 1938.

"Curso de higiene mental", por el doctor Rómulo Ramírez; "Nuevo Código Penal en Colombia".

• "Banca y Comercio". (Mensual). México, D. F. Tomo IV. Núm. 1. Julio de 1938.

"Los títulos de crédito en el Derecho mexicano", por el licenciado Roberto A. Esteva Ruiz; "El concordato preventivo de la quiebra", por el licenciado Antonio Martínez Baez; notas bibliográficas de Francisco Monterde.

• "Bulletin of the Geological Society of America". (Mensual). Washington, D. C. Vol. 49. Núm. 5. Mayo de 1938.

Magníficos trabajos de reputados especialistas.

• "Coronet". (Mensual). Chicago, Ill. Vol. 4. Núm. 2. Junio de 1938.

Colaboraciones de Erskine Caldwell, André Maurois, etc.

• "Síntesis". (Mensual). México, D. F. Vol. XV. Núm. 83. Julio de 1938.

"El significado social de la ciudad", por Lewis Mumford; "La filosofía de la Historia", por el doctor Antonio Caso; "Hacia un nuevo liberalismo", por H. G. Wells; "La razón en el hombre y en los animales", por Charles Nicolle; "La hora de América", por Salvador Echavarría, etc.

• "Revista Internacional del Trabajo". (Mensual). Ginebra. Vol. XVII. Núm. 4. Abril de 1938.

"La inversión de fondos en el seguro social obligatorio", por Cirilo Dechamp.

• "La Nouvelle Revue Française". (Mensual). París. Año 26. Núm. 296. Mayo de 1938.

"Páginas redescubiertas", por André Gide; "Los niños sin edad", por Jean Cassou; "Poemas", de Paul Eluard. Se viene insertando una traducción de "Bodas de sangre", de García Lorca, realizada por Marcelle Auclair y Jean Prévost.

• "Literatura". (Mensual). La Habana. Año I. Núm. 2. Abril de 1938.

Revista popular antológica de divulgación literaria.

• "Anales de la Universidad de Santo Domingo". Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, República Dominicana. Vol. II. Fasc. II. Abril de 1938.

"Concepción de la unidad de la Filosofía fundamentada en la teoría de los valores", por Andrés Avelino.

• "Bollettino dell'Istituto Sieroterapico Milanese". (Mensual). Milán. Vol. XVII. Fasc. III. Marzo de 1938.

"La inhibición del fenómeno de la aglutinación espontánea de algunos gérmenes mediante el tratamiento con antiiformina", por el doctor Francesco Ciantini.

• "Journal of Geography". Tokio. Vol. I. Núm. 590. Abril de 1938.

"La Bahía Magdalena en Baja California, México", por Matajira Yokohama.

• "Nosotros". (Mensual). Buenos Aires. 2ª época. Año III. Núm. 24. Marzo de 1938.

"Viajes a través de la España literaria", por Fidelino de Figueiredo; "Europa-América Latina", por Roberto F. Giusti.

ANTE LOS LIBROS RECIENTES

- Alfredo Gómez de la Vega. *El teatro en la U. R. S. S. México*. Editorial México Nuevo. 1938. Con 45 ilustraciones.

Es tan vehemente la pasión de Gómez de la Vega por el teatro, que en este jugoso resumen de sus observaciones en el foco culminante del arte escénico en el mundo—tal como lo han calificado críticos exentos de toda pasión y bandera—prescinde de toda alusión autobiográfica, elude noticias sobre las incidencias de su viaje y desde la primera página ya le vemos agitarse en la corriente del análisis del tema, su tema. Culto, perspicaz, actor él mismo, Gómez de la Vega desplegó una vigilancia fervorosa para captar los múltiples aspectos del Tercer Festival de Arte de Moscú—dieciséis espectáculos que abarcan los más diversos géneros—. Aquí nos da no sólo el testimonio inmediato y visual, sino, principalmente un panorama crítico amplio y vivaz. Crecido interés tienen, también, sus cambios de impresiones con los animadores más destacados: Stanislavsky, Okhlopkov, Nemirovich-Danchenco, Meyerhold, Vakhtangov, Tairoff... Se trata, en suma, de un documento por extremo aleccionador.

- Eduardo Noguera. *El altar de los cráneos esculpidos de Cholula*. México. Talleres Gráficos de la Nación. 1937.

El arqueólogo Noguera describe en este volumen las exploraciones realizadas en los últimos años en Cholula, que llevaron al descubrimiento del notable "altar" o templo en pequeño, sobre cuyas cornisas se hallan empotrados tres cráneos humanos hechos de barro y recubiertos de estuco. En la propia construcción se halló una tumba con dos esqueletos humanos perfectamente conservados y colocados en posición flexionada, a los que rodeaban diversas ofrendas funerarias. Noguera, auxiliado por planos, dibujos y fotos, da puntual noticia de las características de la construcción, de la índole de los objetos encontrados y de cuantas particularidades despiertan la gula de los investigadores especialistas. El excelente trabajo de Noguera se completa con una "aportación osteométrica", rigurosa y completa, de Javier Romero.

- Manuel Salazar y Arce. *Los aspectos económicos del transporte*. México. S. p. i. 1938.

Esta tesis profesional de licenciado en economía, carrera emprendida por el ingeniero Salazar y Arce después de veinte años bien corridos de práctica en asuntos ferrocarrileros, contiene apuntes y observaciones penetrantes, meditadas, sobre uno de los grandes problemas mexicanos. Trata, en la primera parte, de los transportes en general (su función e importancia, su coordinación, las tarifas, etc.) La segunda parte se dedica, en par-

ticular, a los ferrocarriles. Demuestra el autor un estimable conocimiento de nuestra realidad y amplia erudición.

- Ricardo E. Molinari. *Elegías de las altas torres*. Buenos Aires. Ediciones de la "Asociación Cultural Ameghino". 1937. Con seis dibujos de Alberto Morera.

Se reúnen en el presente volumen todas las obras aparecidas en ediciones privadas, y una inédita: "Libro de la Paloma". Hace muchos años que Molinari realizó las conquistas a que propende el poeta decidido a serlo: la limpieza de la palabra, la clara facilidad, el acento intransferible. El fervor de la muerte, ennoblecido por las más depuradas alusiones, circula por las páginas airoas, irreprochables, de este libro. En la "Elegía a la muerte de un poeta" (García Lorca), hallamos este pasaje:

Cuando pienso en ti, cuando busco un pecho como una larga noche para llorar sin pudor tu muerte, siento que se me llena el cuerpo de una aguda marea turbia que me ciega la vista, y me cubre la piel de los brazos, de dolorosas manchas oscuras. Ya no sé conformarme de tanta muerte que os cubre a todos; siento que vuestra tierra me amarga la saliva y me quiebra las fuentes agrías del pecho...

- Carlota Félix de Garcés. *Manual de mediciones de la inteligencia*. Quito. Talleres Gráficos de Educación. 1937.

Este libro es resultado de los estudios que la autora hizo en la Universidad de Londres, pensionada por el Gobierno del Ecuador. Contiene una exposición minuciosa de los métodos empleados en la actualidad para la determinación del nivel mental, y presenta una selección de algunos procedimientos recomendables para la iniciación de las investigaciones encaminadas a determinar la orientación profesional. Se da a conocer, con amplitud de detalles, la norma estadística gracias a la cual se pueden valorar con precisión los resultados de las pruebas. Estas circunstancias, y la escasez de textos alusivos en español, hacen la obra sumamente estimable.

- Amparo Rodríguez Vidal. *Brote y ala*. Habana. Ediciones "Prensa Indoamericana". 1938. Prólogo de Julieta Cabrera.

Con sencillez y frescura juveniles, la autora rompe a cantar sobre los temas inmunes a la vejez: el paisaje, el amado, los crepúsculos. Hay poca novedad en los temas, ya se ve. En la versificación, igualmente. Salva al libro, sin embargo, su impremeditada naturalidad que no llega a los excesos retóricos.

• Juan Iñiguez Vintimilla. *Discursos forenses*. Tomo I. Cuenca, Ecuador. Tip. de la Universidad. 1938.

Se agrupan en este libro nueve piezas oratorias que corresponden a otras tantas defensas de reos de delitos comunes, acometidas por el autor en el desempeño de su profesión. Denota cada uno de estos trabajos claras capacidades de persuasión y elocuencia. En una advertencia preliminar, hallamos estas palabras:

“Es un imperativo, hoy más que nunca, borrar de la conciencia de los pueblos, a fuerza de eficiencia en los servicios, el concepto de parasitismo de los profesionales, que hace que se incluya la abogacía en el número de las instituciones llamadas a desaparecer. Es preciso que el abogado se sitúe en su verdadero plano y haga sentir, en la vida de los pueblos, la grandeza de su sacerdocio”.

• José Alfredo Llerena. *Aspectos de la fe artística*. Quito. Editorial Atahualpa. 1938.

Espíritu moderno y juvenil, Llerena apunta en este breve volumen originales conceptos acerca del hecho artístico y la estética de la nueva arquitectura. El tono de este ensayista tiene esa precisa sencillez que debe ser prenda esencial de todo buen escritor.

• Angel Rafael Lamarche. *Siempre*. Ciudad Trujillo, R. D. Editorial “Franciscana”. 1938.

En una serie de breves capítulos, el autor reconstruye, en homenaje a la madre muerta, los delicados recuerdos que prolongan la perdida presencia. Es, desde luego, el tema el que presta dignidad a este libro.

NOTICIAS

El sabio profesor Paul Rivet, director del Museo de Etnografía de París y animador incansable de la Sociedad de Americanistas, visitará de nuevo nuestro país en el mes de julio. Son incontables los servicios que México le debe en el orden de la investigación de altura sobre sus orígenes remotos.

Uno de los más resonantes sucesos bibliográficos acaecidos en México en los últimos tiempos, lo constituye la depurada y nítida edición, en 5 tomos, de la “Historia de las Cosas de la Nueva España”, de Sahagún. Es a don Pedro Robredo a quien se debe esta culminación feliz de los infortunados intentos semejantes que hace un siglo desplegaron Carlos María de Bustamante en México y Lord Kingsborough, en Inglaterra. En próximo número se comentará con amplitud este acontecimiento.

Ha aparecido el tomo III y penúltimo de la “Historia de la Dominación Española en México”, de Manuel Orozco y Berra, que se reseñó en esta sección hace poco. Tan importante obra forma parte de la “Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas”, que viene publicando la Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos.

Después de permanecer en México varias semanas, ha regresado a Francia el poeta surrealista André Breton, con quien celebró Rafael Heliodoro Valle la interesante entrevista que aparece en este número.

Acaba de publicarse por la Editorial Porrúa Hermanos y Cía., el tomo I de la obra “Derecho Mexicano del Trabajo”, por el licenciado Mario de la Cueva.

La Editorial Botas ha emitido una segunda edición, considerablemente aumentada, de la “Antología de la Prosa en México”, por Julio Jiménez Rueda.

Eugenio Villain

1a. Motolinia 13 Apartado 1166

México, D. F.

**Instrumentos
de Cirugía**

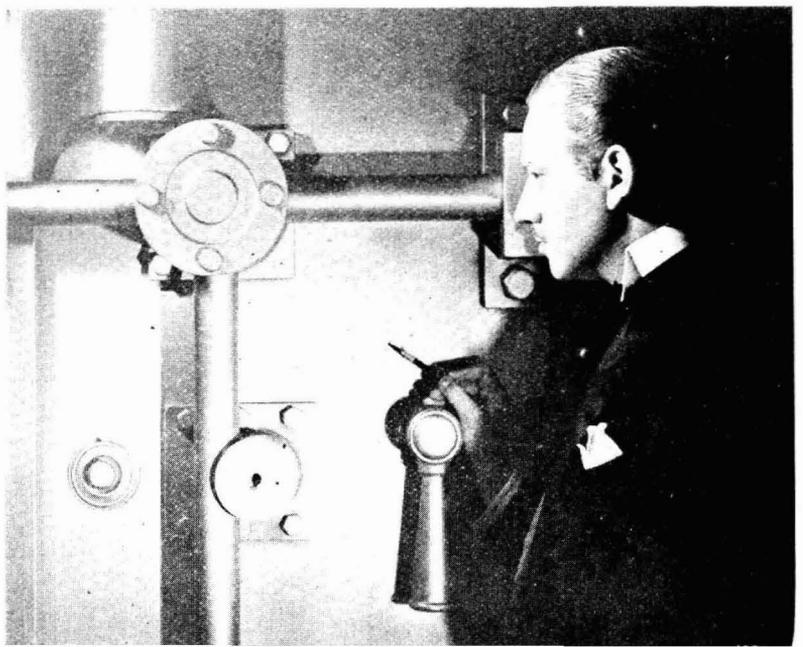
**Muebles para Hospital
y Consultorio**

**Suturas Lukens
Bragueros y Fajas**

EL PUBLICO DE MEXICO HA VISTO...



"El Pobre Millonario", por Frank Morgan, Robert Young y Florencia Rice (M. G. M.) • "Las Aventuras de Tom Sawyer", de la novela de Mark Twain, con Tommy Kelly (A. U.) • "Refugiados en Madrid", discreta e interesante película mexicana, con Fernando Soler y Vilma Vidal. • "La Vuelta de Arsenio Lupin", por Melvyn Douglas, Virginia Bruce y Warren William.





"Jezebel", por Betty Davis, Henry Fonda y George Brent (M. G. M.) • "Su Majestad el Amor", por Franchot Tone, Gladys George y Mickey Rooney (M. G. M.) • "Señorita y Di-

vorciada", producción de Alexander Korda, con Merle Oberon (A. U.) • "El Derecho a la Vida", por George Brent, Olivia de Havilland y Claude Rains (F. N.)



PANORAMA

18
•

LUGONES, ADALID Y GREGARIO

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

CON motivo de la muerte de Leopoldo Lugones se ha escrito acerca de él un centenar de artículos interesantes, y muchos centenares de notas sin importancia. Que yo sepa, no se han abordado en ninguno de los primeros ni de las segundas, dos aspectos indispensables en un enjuiciamiento final del poeta de "Las Montañas del Oro": su dualidad de adalid y gregario, y su actitud representativa de un instante de confort americano. Por mucha que sea la prestancia del escritor, omitir al enfocarlo imperativos sociales y psicológicos me parece tan absurdo como fundarse exclusivamente en ellos.

Cuando se aborda el análisis de un hombre recién fallecido, hay quienes sospechan: ¡necrofagia! En todo caso, sería ese el vicio antisudamericano por excelencia: aquí, según los doctos, lo común es que existan biofagia y necrolatría, o uso: odio al vivo triunfante para opacarlo y empequeñecerlo, y culto exaltado al muerto... porque ya no ofende, aunque nada valiera en vida. Perdonado me sea el no practicar ni aquella forma de "idolatría"—la del fallecido, ni aquella de "fagia", la de achicar al vivo para romper posibles competencias. Frente a Lugones, como frente a Chocano y Darío, y Nervo, hay amplitud para desenvolverse tomándoles estrictas cuentas llegado el caso.

¿Será, acaso, indispensable que la justicia se rebaje hasta la piedad para enfrentarse a un muerto ilustre?

Por mi parte, prefiero que la piedad ascienda a ser justicia. Entonces ella aparece como piedad y no en el sentido peyorativo de compasión.

De Lugones sabemos todo lo necesario para su plinto. Para su estatua nos faltan hornos de fundición. Nos faltan porque lo miramos con aparente serenidad, pero siempre urgidos por la sumisión al artista experto y vertiginoso, por el rechazo al propagandista precipitado y unilateral, y tentados por las sospechas hacia sus últimas producciones,

impelidas a lo inaudito en este siglo, a demostrar dogmas concebibles sólo para la fe, refugio de lo imponderable y de lo intangible, no de lo tangible ni de lo ponderable.

Con todo, aun en ese aspecto final de su vida, Lugones evidenció las dos características inadvertidas de su vigorosa—y, sin embargo, gregaria—personalidad. Sin los Congresos Eucarísticos, acaso no habría sido tan insistente la dogmática católica de Lugones; sin la marcha sobre Roma, habría sido en sus labios retardado la "hora de la espada"; sin la suficiencia positivista de fin-de-siglo y el heroísmo anarquista, tampoco destacara con igual ardencia el encendido escritor de "La Montaña", el funerario Tirteo de Emilio Zola...

Lugones se presentó siempre como un conductor. Su soberbia no le permitió nunca ser soldado: su soberbia y su talento. Conducido por ambos, ahí donde hincó la garra fue ante todo *él*. Discutible e inconsecuente: *él*. Lo grave es que era *él* después de afirmar y de afirmarse; pero en el instante de la escogitación, más que hondero, era piedra lanzada por lo predominante, por el atuendo triunfador en ese día. Tal vez parezca extraño lo que digo. Pero examinemos las actuaciones de Lugones, después intentaré una explicación.

Se ha elogiado—y vituperado consiguientemente—a Lugones como "libertario" o anarquista en sus primeros días, cuando actuaba junto con José Ingenieros. Enrique Dickmann, en sus recuerdos de Lugones, insertos en "Columna", de hace pocas semanas, refiere detalles de la actitud "terrible" del poeta en aquel entonces. Unos condenan el "alfojamiento" de Lugones con posterioridad a la "hora de la espada". Otros, creen que volvió a la realidad. Ni una cosa ni otra. Lugones ni "alfojó" ni halló la ruta de Damasco en el culto por la fuerza. El siempre tuvo su Laberinto en sí mismo, y su hilo de Ariadna en lo más impresionante del suceso cotidiano. Nacido en una época

de comodidad material y de paz social, su personalidad poderosa se desarrolló sin más trabas que las que ella misma engendraba, y encontró más viable el sendero de lo ostentoso que el del silencioso trabajo de maduración. Lugones era una cepa que maduraba todos los días, y cantando. Que cantaba la vendimia antes que llegaran los vendimiadores. Que—gallo enhiesto y madrugador—cantaba al alba cuando se diluía ya su lechosa blancura entre las sombras; pero era ya bláncor incipiente el que deshacía la noche.

En ese entonces, poco antes del 900, Europa vivía impresionada por el auge del movimiento obrero. Del hervor social. Como reinaba la bonanza, nadie se alarmaba demasiado de las exigencias del trabajador. Como la pobreza no llegaba a la desesperación, las exigencias encontraban el fácil cauce de la reclamación legal. La proclama no hería; mucho menos mataba. Nadie caía, derribado por los gritos, ni temía la virulencia de los reclamos. Había nuevas fuentes de materias primas. La electricidad, la guerra del Transval, la expansión de los Estados Unidos, la virginidad de América del Sur eran otras tantas promesas bonancibles, apaciguadoras. Sólo Rusia y España—Romanof y Borbón—atacaban con saña al protestador, porque ahí la pobreza desesperaba y la proclama sonaba a disparo. Argentina era un campo ubérrimo,

promesa del mundo. Buenos Aires empezaba a ser la novia de Argentina. Tanto era el auge y venían tantos trabajadores eficientes con proclamas anarquistas en el bolsillo, que bien se podía cambiar lo uno por lo otro. Refugiados de Alemania (el padre de Korn, décadas antes), de Italia (el de Ingenieros, también décadas antes) y de España, plasmaban la riqueza argentina con discursos contra la explotación, organizaciones anarco-sindicales y creciente producción de trigo, cuero, lana, carne. Rosario, enorme emporio de granos, era la Chicago del Plata—por su espíritu mercantil y por su vida enigmática y ruda.

Lugones, sensibilidad alerta, captó todo eso. Como los niños que siguen los desfiles militares, atraídos por clarines y tambores, se lanzó a la prédica libertaria. Temerle habría sido mucho. Pedirle constancia habría supuesto creerlo un convencido. Era nada más que un sensitivo. Del anarquismo—al que acariciaba al par que rendía tributo “A la Noche” y “A la Belleza”, en sus odas de “Las Montañas del oro”—, pasó a simpatizante bolchevista cuando la grandeza de la revolución de octubre hirió su finísima sensibilidad de esteta. ¿Principios? Las promesas. ¿Razones? Las ceremonias. ¿Ideas? Los hechos. Y así, este paradójico artista, reemplazaba las ideas por actos, como un pragmático corriente, pero no se aprovechaba de tales actos, como un romántico usual. Y así resulta—quiero que se me entienda bien, sobre todo ahora que él acaba de morir—una singular dualidad de pragmatista y hasta oportunista en su cortejamiento a movimientos y tesis aparatosamente triunfales—uso el adverbio con premeditación—y, al par, desinteresado, antipragmático en su no aprovecharse para nada personal de sus coincidencias o uncimientos. Cantar a la fuerza y morir pobre cuando la fuerza triunfa, implica, o una convicción profunda de la necesidad de la fuerza, o una impresionabilidad a flor de piel y una ética a fondo de alma. Las actitudes de Lugones no admiten escaparse de esta disyuntiva. Y lo último es lo más seguro.

Fue a raíz de la ostentosa marcha sobre Roma, en 1922, cuando Lugones empezó a sentir veleidades por la violencia. El trato con un dictador de guante blanco, como Leguía, que además fue astutamente cordial con él, acabó de convencerle. La “hora de la espada” planteó una situación de hecho. Sin embargo, no era aún fascista. Era, como ha hecho notar Dickmann, anticomunista, porque amaba a la democracia. Más tarde, se hizo fascista por odio y desconfianza a la democracia. Nueva contradicción, nueva inconsecuencia: demócrata y antidemócrata; ayer anticomunista por culto también a la democracia, y ahora que el comunismo acepta la democracia, enemigo también de los demócratas.

Por fin, el libertario se hizo católico. El catolicismo tardío puede ser síntoma de debilitamiento de las fuerzas materiales, colapso de la personalidad. No poseía Lugones don supremo para libertarse de esta cuasi ley humana. Pero, suponién-

**IMPRESA
ENCUADERNACION
RAYADOS
LITOGRAFIA
GRABADOS
EN ACERO Y COBRE**

Gráficos, S. A.

**FABRICA DE SELLOS
DE GOMA
TESIS
REALCES
CAJAS PLEGADIZAS
PROPAGANDA
COMERCIAL**

5 de Febrero y Alfredo Chavero
Tel. Mex. L-38-63 y L-61-17
Eric. 2-20-14 • México, D. F.

do que se eximiera de ello, lo más probable es que en su ya marcada actitud reaccionaria influyera (como ayer el triunfo de Lenin, como la ostentosa marcha sobre Roma, como el auge anarquista) el aparatoso Congreso Eucarístico de Buenos Aires que hirió su retina profundamente.

Y así tenemos que el soberbio conductor de movimientos, el gallardo animal de presa, obedecía a corrientes tumultuosas y decorativas, al imperativo suntuario de su estética novecentista. *Adalid y gregario*, poderoso artífice que imprimía sello de insolencia a lo que ya existía en las desdeñadas masas de descamisados de Barcelona, de bolcheviques de Petersburgo, de camisas negras de Roma, de devotos de Buenos Aires.

¿Y la razón o las razones? Presuntuoso responder diciendo: esta es la razón. Pero sería inhumano negar al espectador su derecho a inferir motivos.

Cuando nació el modernismo primaba en América la comodidad provocada por la afluencia de capitales extranjeros, de brazos dispuestos a roturar la tierra, a excavar el yacimiento metalífero, a formar riqueza. Europa respiraba un ambiente edénico (del Edén de aquellos días, menos efímero que el personalizado de estas duras horas que vivimos)... La poética y la ideología modernista—Rubén, Rodó—admitían la vida como estadio de sonoridad y colorido, feérico circo en donde desarrollaba sus habilidades una de las promociones mejor dotadas culturalmente de nuestra historia. Lugones experimentó la influencia afrancesada de Darío, pero mantuvo su corazón firmemente adherido a la Argentina. Como Argentina era, entonces, tierra de transición, le ocurrió a Lugones un drama que se refleja en su obra entera: la vocación vernácula sin tradición cierta a qué adherirse; la necesidad de un asidero fuerte, y lo adventicio reinando, avasallándolo todo. Días de inmigración, buenos para transitar, difíciles para él que indaga y lanza raíces, que no redes. Días de pesca, de cacería, no de sondaje. Días de atalaya, acaso, pero no de escafandra—ejercicio en el submar, en el subsuelo, en la subalma, en la subhistoria...

De ahí que cuando se enrostre a Lugones su exceso de fidelidad a ciertos módulos retóricos de Herrera y Reissig, en su "Los sonetos del jardín", a Laforgue en su "Lunario sentimental", etc., en realidad no implica ello una conclusión de proceso, sino apenas la apertura de juicio. Lugones comparecía con tales acusaciones ante su conciencia y ante la posteridad. Sus coetáneos no eran capaces de un equilibrado criterio, porque, víctimas ellos mismos de idéntico espejismo provocado por el confort, por la ausencia de luchas intensas, por ayuno de patetismo, debían *inventar su tragedia para vivir su drama*. Y el hombre sin patetismo, vale decir, sin agonía, no está preparado para calar en la hondura ríspida de un "tiempo de angustia". Los únicos capaces de juzgar a Lugones, hombre de garra, señorísimo, fueron él y los

pósteros, nosotros. Ante nuestro tribunal halló estimación—y a veces admiración estética—, condena política, asombro ante su insensibilidad social, consideración a su desinterés individual, repudio a su ejemplo, en lo cual debe reparar todo hombre destacado, ya que nadie es más *traidoramente leal* que el discípulo engegucido.

La misma soberbia de Lugones refleja a su tiempo. Chocano fué orgulloso, arrogante. Rubén era demiúrgico. Nervo, abroquelado en su tristeza, pero sin darse ampliamente al amor de Anita, salvo *post mortem*. Valencia, señorial, aristárquico. Rodó, hurraño, soberbio. Sin la máquina a vapor no habría existido acaso esa flor de exquisiteces verbales que fué Oscar Wilde. Nacido en "tiempo de angustia", Lugones habría puesto su poderoso talento al servicio de algo más real, viviente, patético, profundo que einsteinianismos, helenismos, criollismos, y alquitaramientos verbales en todo lo cual dejó la fuerte huella de su inspiración y su cultura. Porque fué hombre recio de cuerpo y alma soporta, ahora, este recién abierto "juicio de los muertos" en el que sus testigos de descargo son sus pares del modernismo, y su principal acusador Nuestro Tiempo, denso de tragedia, prieto de insatisfacción, ávido de sacrificio, y que a golpe de dolor y de agonía, forja la nueva retórica desprovista de suntuosidad.

De *La Nueva Democracia*. Nueva York.



El Rinoceronte de Durero y sus Historiadores

Por CAMPBELL DODGSON

UNO de los dibujos más populares de Durero es el de un rinoceronte. Este dibujo formó parte del Museo Británico, desde su fundación, figurando en la colección de Sir Hans Sloane. Muchas personas deben de haberse preguntado cómo pudo Durero dibujar tan bien el retrato de un animal que no había podido ver nunca, ni aun siquiera imaginar. En algunos de sus detalles, en efecto, el retrato es imaginario, el artista fue incapaz de resistir a la tentación de inventar adornos de pez o de reptil para el paquidermo. La explicación está en un boceto mandado de Lisboa, que le dió probablemente el material para su dibujo. Está equivocado en las fechas; habiendo escrito primero "153", corrigió luego esta fecha en el grabado de madera, por la de "1513" que está equivocada también, igual que en el nombre del mes. El grabado en madera—fechado como el dibujo en 1515—fue reeditado numerosas veces, y debido a su amplia difusión, es bastante más conocido que el dibujo original.

La bestia en sí causó gran interés y por los años de 1514-16, todas sus hazañas eran "nuevas", pues fue el primer rinoceronte visto en Europa desde los días de la antigua Roma. Plinio cuenta que había uno en Roma en el tiempo de Pompeyo el Grande.

El animal que dibujó Durero, seguramente no del natural, fue traído de la India a Europa por los portugueses. En 1901, redactando el texto del cuarto portafolio para la Sociedad Durero, tomé gran empeño, con la ayuda de Mr. R. S. White-way, autor de "El Desarrollo de la Fuerza Portuguesa en la India", en extraer tantas referencias cuantas se pudieran encontrar acerca del rinoceronte en los historiadores portugueses, pero hace poco, fueron descubiertos nuevos documentos, y la historia entera de las "correrías" de este animal, como el autor las llama, ha sido recientemente publicada en Lisboa en un curioso libro titulado "El Inglés tal como se habla", por el escritor portugués Senhor A. Fontoura de Costa.

Antes de referirla, traduciré la inscripción del dibujo, que explica todo cuanto sabía Durero sobre este asunto.

Por la redacción de este texto, se ve que es la copia o traducción del alemán de una carta de Lisboa, cuyo autor era quizá un portugués, puesto que habla de Emanuel I como "nuestro rey". "En el año de 15(1)3, en el mes de mayo, trajeron a nuestro Rey de Portugal en Lisboa una tal bestia viva de la India, que llaman rinoceronte. Por lo maravillosa que es, voy a hacerle un retrato de esta bestia. Tiene un color de tortuga;

está casi completamente cubierta con gruesas escamas, y su longitud es como la de un elefante, aunque es más baja su estatura; es enemigo mortal del elefante. Tiene en su hocico un fuerte y agudo cuerno, y cuando la bestia se lanza sobre el elefante para pelear, ha afilado ya su cuerno contra las piedras; corre hacia el elefante con la cabeza entre sus patas delanteras, y rasga hacia arriba, donde el elefante tiene la piel más delgada; de este modo lo mata. El elefante tiene mucho miedo al rinoceronte, pues éste lo mata siempre que lo encuentra, como que está bien armado y es ligero y vivo de movimientos.

"A esta bestia se llama "rinoceronte", en griego y en latín; en indio "ganda". En el grabado en madera el texto está ligeramente modificado: Emanuel es llamado "el más poderoso Rey de Portugal", y el nombre indio de rinoceronte no aparece.

La narración de la enemistad entre el elefante y el rinoceronte está tomada de Diódoro Siculos; y conviene tener presente que esta narración movió a Emanuel I a comprobar la exactitud de la misma, como se verá en seguida.

La historia del "ganda" comienza con su presentación a los enviados portugueses en 1514, por Muzafar, Rey de Cambay o Sultán de Guzerat, en respuesta a los presentes mandados por Alburquerque, que esperaba obtener permiso para construir un fuerte en Diu. Alburquerque, Teixeira y Béja, recibieron el rinoceronte en Surat, el 16 de mayo, y lo embarcaron a Goa, adonde llegó el 15 de septiembre. El 20 de octubre, Alburquerque ordenó dar presentes al indígena Ocem que conducía el "ganda" a Portugal. La flota portuguesa levó anclas a principios de enero de 1515, llevando a Teixeira y al rinoceronte a bordo del "Na. Sa. da Ajuda". El viaje de regreso desde la India duró 120 días, y la ruta fue entre Madagascar y el continente, pasando por Mozambique; después rodeó el cabo de Buena Esperanza hasta Santa Elena, y de allí a Lisboa. Aunque privado de su principal alimento, la yerba, el rinoceronte, se sustentó con forrajes y arroz, y llegó sano y salvo a Lisboa, el 20 de mayo. Sin duda no fue alojado en Paço dos Estaos, Rossio, en donde el Rey Emanuel tenía elefantes, sino probablemente en algún corral del Palacio da Ribeira. Junto a este palacio estaba la Casa da Mina, que tenía enfrente un patio rodeado de muros almenados y ventanas con rejas.

Fontoura da Costa ha hecho, en una carta escrita por Valentín Fernando, dirigida a un amigo de Nuremberg, y existente en una traducción italiana, una descripción del encuentro que se efectuó el domingo de la Trinidad, el año de 1515, entre el "ganda" y uno de los elefantes del Rey. El breve relato de un testigo ocular está en parte embellecido por la pluma imaginativa del moderno autor portugués. "El 3 de junio—escribe—la familia real se dio cita con la corte e invitados en el patio. El nativo Ocem había traído el rinoce-

ronte con una cadena y lo puso tras unas tapicerías que colgaban del pasillo, donde permaneció bien escondido. De un establo de Paço dos Estaos, fue sacado entonces el más joven de los elefantes reales que se guardaban allí. El elefante entró en la arena y el Rey ordenó que se corrieran las tapicerías. El rinoceronte apareció furioso y listo para el ataque, y avanzó tan violentamente que se libertó de su cadena. El elefante estaba parado dándole la espalda, pero apenas vió al enemigo dió la vuelta y levantando su trompa, lanzó un grito tremendo; después fijando sus brillantes ojos en el fuerte cuerno del rinoceronte, sintió tanto miedo que huyó en dirección de una de las ventanas enrejadas. Rompiendo con su trompa las barras, que eran del grueso de un brazo, logró meter la cabeza a través de la ventana, y luego, con fuerza poderosa, hizo pasar todo su cuerpo y, viéndose ya libre, arrancó en loca carrera hasta llegar a los establos de Rossio. Así terminó el interesante festival que alegró un domingo del año 1515 la vida de Lisboa".

El rico y espléndido Emanuel I que había mandado a Roma en 1514 a Tristán de Cunha con ricos presentes para Leon X, en los que se incluía un elefante de la India cuyas fuerzas pronto puso a prueba Leon X en los jardines del Vaticano, resolvió en el siguiente año impresionar al Papa, con la esperanza de obtener concesiones enviándole el rinoceronte como un regalo. Quizás tuviera la posterior intención de efectuar un pelea entre el elefante y el rinoceronte, en el Vaticano. En un documento fechado el 19 de octubre de 1515, Emanuel especifica "barcos de plata y oro", añadiendo "y para el "ganda" los siguientes artículos: una cadena de fierro dorado; un collar de terciopelo verde con rosas doradas y encarnadas, guarnecido de orlas". "¡Qué dandy habrá parecido el pobre "ganda" con tal aparejo!" Tal es el comentario de nuestro autor portugués. Joao de Pina, capitán de una embarcación desconocida, fue encargado de llevar los presentes a Roma. La embarcación llegó a Marsella en enero de 1516, y el rinoceronte fue desembarcado en una de las islas de la bahía, para que fuese visto por Francisco I, Rey de Francia, que con la reina Claudia estaba en Marsella de regreso de la Baume, adonde había ido a dar gracias por la victoria de Marignan. Poco después, en enero o febrero, Joao de Pina se hizo a la mar rumbo a Roma, pero una tormenta sorprendió a la embarcación en el golfo de Génova y se perdió con todo su cargamento estrellándose contra las rocas un poco más al Norte de Puerto Geneve. Paolo Giovio describe el naufragio en su "Diálogo dell' Imprese Militarie et Amorse"; diciendo "fue imposible para la bestia salvarse, porque tenía cadenas aunque podía nadar maravillosamente, y las rocas están muy altas en esta costa. "Y así", concluye nuestro autor, "de esta triste manera terminaron las correrías del ganda de Muzafar, Rey de Cambay".

De *Country Life*. Londres.

La Novela en los Estados Unidos

Por J. DONALD ADAMS

FUERZAS poderosas, divergentes, pero del todo sin relación entre sí, van conformando el curso actual de la novela en los Estados Unidos. Se extienden, hacia atrás, en un período de varios años, y todavía son activas, cada vez más. Creo que en ninguna parte del mundo está hoy en tal estado de fermento el arte de la literatura de imaginación, y en parte alguna es tan vital como en los Estados Unidos de América.

Esas fuerzas son, a mi juicio, tres. La más dominante, al menos en el sentido de que explica un número de libros mucho mayor que las otras dos, es el impulso hacia la exploración novelada en el pasado norteamericano. De esta tendencia, es claro, surgió *Gone With the Wind*, novela fenomenalmente popular que ha atraído más lectores que cualquier otro libro publicado en los Estados Unidos en los últimos treinta años. También de esta fuente ha salido la mayoría de las buenas novelas publicadas a partir de 1930.

La segunda tendencia es el apremio hacia la creación de una literatura definitivamente "proletaria". Este movimiento es mucho más ponderado, mucho más consciente de sí mismo y de su propósito, que el primero. Rara vez, y por razones obvias, extrae su material del pasado; advierte hasta la exageración la escena social contemporánea. El movimiento ha producido, hasta ahora, muy pocos libros buenos; ha fracasado, sobre todo, por ser de carácter propagandista, por ser principalmente, la obra de jóvenes intelectuales, escientes en exceso, que, en su mayor parte, han tratado de leer el carácter humano en términos de blanco y negro.

La tercera tendencia es algo más difícil de aislar, pero, de todos modos, existe decididamente. Es una tendencia en técnica más puramente que las otras dos, aunque éstas, para gran detrimento suyo, se han solidificado en fórmulas, en muchos casos. Este tercer movimiento va hacia un naturalismo completamente fotográfico, en que el autor se lanza tan lejos como le es posible de la vista del lector; se nos permite ver un segmento particular de la vida sólo a través de los ojos de aquellos cuyas vidas pertenecen a ese segmento. Por inarticulables, por rebajadas, por subnormales en mentalidad y en sentido moral que sean esas personas, se nos mantienen reducidos al radio de su visión. En años recientes se han producido varios ejemplos notables de esta fórmula. Pero es una técnica que no llega a parte alguna y que nada ilumina, salvo las cuatro paredes, hablando figuradamente, en que nos encierra. Hay en ella, además, una honestidad plausible que puede engañar

fácilmente al desprevenido. Intimamente relacionada con esta tendencia—idéntica a ella en ocasiones—está la que se llama escuela "hardboiled" de la literatura imaginativa, la escuela que en su ansiedad por evitar el sentimentalismo no alcanza a descubrir en qué difiere el sentimentalismo del sentimiento.

Unas pocas palabras, ahora, para explicar estas tendencias: qué las ha producido, cuál es su significación, adónde pueden llevarnos. En este artículo apenas hay espacio para la más breve mención de la obra sobresaliente que se ha hecho en cada una de las tendencias y poco o nada, me temo, para cualquier meditación acerca del probable curso futuro de la novela.

Los últimos diez o veinte años han presenciado, en los Estados Unidos, un interés rápidamente creciente por el pasado del país, junto con un esfuerzo por considerarlo con mayor independencia, por comprender más claramente sus derivaciones, por determinar, en lo posible, sus efectos sobre nuestro confuso presente y nuestro problemático futuro. Este interés, naturalmente, no se ha revelado en forma exclusiva en la literatura de imaginación. Ha estimulado enormemente la producción y creo poder agregar, la calidad de la literatura biográfica e histórica. La literatura histórica norteamericana, hasta los años recientes, no podía reconquistar aquella unión del estudioso con la habilidad literaria que distinguió a los primeros historiadores norteamericanos; los Prescott, los Parkman, los Motley. Si sus sucesores no han aparecido todavía, los precursores, por lo menos, han legado en buen número.

Pero la novela refleja, como no pueden hacerlo la historia y la biografía, las corrientes visibles e invisibles de una época; sus impulsos, en cualquier dirección, sus tanteos, sus dudas, su fe, si la tiene, y sus aspiraciones. Nadie puede leer comprensivamente la inundación de novelas de conciencia nacional que se ha derramado de nuestras imprentas en los seis o siete años últimos, sin estar agudamente advertido de que los Estados Unidos se preguntan cosas; de que muchos de sus novelistas tratan de descubrir qué hay, de valor más pertinente, en el pasado de su país, que pueda ser aplicado a sus problemas presentes, por lo menos en cuanto el carácter y la experiencia pueden hacerse pesar sobre ellos.

Algunos de los libros de estos novelistas han sido francamente nostálgicos. Como *So Red the Rose*, de Stark Young, han recapturado en sus páginas una manera de vida que el novelista nos presenta, por implicación al menos, como algo superior y envidiablemente por encima de la nuestra. Mr. Young prefiere el mundo del aristocrático Sur de antes de la guerra, porque lo encuentra más diseñado, más gracioso; en una palabra: más bello. No nos ofrece nada en cambio: sólo alza el cuadro en el aire para que lo admiremos.

Escritoras tales como Ellen Glasgow, que es una moralista a la vez que una artista de la novela, o su contemporánea Willa Cather, más conocida pero menos brillante, intentan algo más que una mera evocación del pasado, por cariñosa y admirativamente que se la haga. Miss Cather, en *Death Comes for the Archbishop*, eleva implícitamente, la antorcha de la fe espiritual. Miss Glasgow, en *Vein of Iron*, al llevar su narración a través de varias generaciones de norteamericanos, deja entender que lo mejor que podemos llevarnos como herencia es la integridad y la valentía con que sus personajes vivieron sus vidas.

He hablado, específicamente, de escritores más viejos, no de la generación que hará la literatura de los treinta años próximos, pero también entre estos novelistas más jóvenes hay algunos que encuentran sus valores en el pasado, en oposición al grupo militante que, a través del desarrollo de una novela proletaria, espera contribuir a que se establezca la ordenación de una sociedad más cercana a sus fervientes deseos.

El intento de crear una literatura proletaria, porque se extiende a la poesía tanto como a la novela, y ha comenzado también a invadir los terrenos de la biografía y la historia—para no mencionar el crecimiento, como hongos, de las críticas marxistas—, tiene en los Estados Unidos una historia de menos de una década. Sus realizaciones han sido escasas. En la crítica ha lindado frecuentemente con lo ridículo, aunque debe añadirse, en su favor, que ha inducido un grado mayor de dirección social, de consideración por los factores sociales y económicos, en la crítica norteamericana en general. En la biografía y la historia sus progresos han sido tan leves y tan dispersos que no es menester darles más que una mención al pasar.

Ninguna novela escrita desde el ángulo proletario ha logrado todavía una venta verdaderamente grande en los Estados Unidos. Hay dos explicaciones de ello, creo. Una es que el público lector ve todo lo que le interesa ver, acerca del conflicto industrial, en diarios y revistas; la otra es que nadie, en los Estados Unidos, ha escrito todavía una novela sobre un tema industrial que tenga verdadera estatura literaria. Algún día, es claro, se escribirá esa novela, pero verá a la vida mucho más a la redonda que cualquier obra de este terreno que se haya producido hasta ahora. Entre los escritores jóvenes que han intentado el tema industrial, los más promisoros son Robert Cantwell, Albert Halper y William Rollins.

En mi primera mención de ella he descrito quizá con extensión suficiente para los límites de este artículo, la novela que procura el naturalismo fotográfico. No quise inferir, naturalmente, que representa algo nuevo bajo el sol literario. Es claro que el método, en su carácter general, por lo menos es tan viejo como los Goncourt. Creo que es admisible decir, sin embargo, que quienes lo practican ahora han llevado la técnica a sus límites fi-

nales, al requerir, como lo hacen algunos de ellos, que el relato sea narrado completamente en términos del discurso y las acciones de sus personajes. Hasta sus pensamientos, en algunos casos, han sido excluidos, aunque esto, a decir verdad, surge muy naturalmente cuando, al parecer, no se extienden mucho más allá de la expresión de necesidades puramente animales.

El movimiento nos ha infligido una sucesión de novelas excesivamente largas, llenas de repeticiones y pesadas de detalles, relativas a algún segmento, poco explorado hasta ahora, de la sociedad norteamericana. Como tipo de estos libros, y superior a la mayoría de ellos en su efecto acumulativo, está la trilogía de *Studs Lonigan*, de James T. Farrell, complicado estudio de los adolescentes de familias ibero-americanas de la clase media inferior en Chicago. Es una obra que, como todas las demás de este tipo que han logrado atención, recibió mayor alabanza que la que merece. Su consecución es puramente de fotografía, y carece, a pesar de ello, de la selección de detalle y de la colocación de acentuaciones que posee cierta fotografía.

Aparte, pues, de las corrientes principales de la novela contemporánea en los Estados Unidos, están algunos de nuestros escritores más conocidos,

con cuyos nombres están más íntimamente familiarizados los lectores de la América del Sur: nombres como los de Sinclair Lewis y Theodore Dreiser. Pertenecen a otro período, anterior, de autoexamen, y su principal preocupación era la de volver el equilibrio a nuestra actitud hacia la escena que entonces era contemporánea, hacernos verla más claramente, sin las ilusiones con que, creían ellos, la envolvíamos.

Aparte, también, están unos pocos—muy pocos—escritores que perciben, conscientemente o no, el punto muerto a que conduce tanta de nuestra novela contemporánea, la esterilidad que debe dominarla como arte capaz de producir formas más frescas y más bellas que cualesquiera del pasado, a menos que el impulso por desarrollar esas formas reemplace a la complaciente búsqueda del simple naturalismo. Escritores así son nuestra Elizabeth Maddox Roberts, el joven irlandés Sean O'Faolain o, en un idioma y una literatura más conocidos para vosotros, el novelista francés Jean Giono, con cuya obra acabo de relacionarme. Con la visión de escritores como éstos, la novela, renacida, revigorizada, extenderá sus fronteras más allá de las líneas de la busca de nuevo material o de la indagación de curaciones para nuestros males momentáneos.

De *Sur*. Buenos Aires.

Artículos para Enfermos
Sillones para Inválidos
Fajas y Braçueros
Medias Elásticas
Etc. Etc.

Casa Mario Padilla
Motolinia 16. México, D. F.

La Arquitectura Mexicana

Por ANTONIO PEREZ-VALIENTE
DE MOCTEZUMA.

EDIFICIOS DE LA CIUDAD

LA tierra mexicana se alza entre dos mares como la cabeza de América, encrespada de selvas vírgenes, crestada de gigantescos riscos, coronada por un cielo azul donde a veces lanza el rayo sus resplandores de tragedia.

Cuando el tajo de Panamá cortó la vértebra más débil de todo el continente. México quedó separado de este cuerpo de la América Hispana, que hunde sus plantas por el extremo Sur en los fríos contornos polares. Quedó como una cabeza degollada, sangrante, sujeta de los cabellos por el coloso nórdico.

Pero con todo, no es cabeza muerta. Debajo de su aparente inmovilidad, mueve la inmensa órbita de su pupila con devoradoras impaciencias. Debajo de la nieve de sus volcanes hierve el fuego de la pasión reprimida y latente. Debajo de las hojarascas impenetrables del bosque, germina el pensamiento de una raza que no acepta la esclavitud, ni teme la muerte, ni conoce la indecisión de los vasallos.

En este pueblo todo es afirmativo. Los paisajes tienen majestad y grandeza: las montañas hinchaban su lomo más allá de las nubes; las ciudades parecen formadas por multitudes penitentes, y alzan sus campanarios al cielo, no como imploración, sino más bien como impulso de voluntades ciegas.

Sólo la arquitectura civil carece de esta impresión atormentada; no es la loa épica de los conquistadores, ni el salmo profundo de la religión, ni el jeroglífico enigmático de los indios; todo eso quedó plasmado en las pirámides y ciudadelas, en los baluartes de tezontle rojizo, en los monasterios desolados y en esos innumerables templos barrocos que acumulan en su interior las fastuosas representaciones del arte y el espíritu.

La arquitectura civil de campo y de ciudad presentan en el panorama de México la elegancia y el señorío; el hospitalario sentido de fraternidad, la franca sonrisa generosa del que ofrece sin recompensa. Los pórticos denuncian en su ornamentación el empaque o engolamiento de una sociedad que sostuvo durante tres siglos la grandeza del virreinato. Son, ante todo, promesa para el visitante, que advierte en esta gracia del relieve tallado, las finezas del buen recibimiento. Y las balconadas y rejas saledizas de los palacios, majestuosas en el esplendor de la arquitectura, echan sobre la calle algunos reflejos de la grandeza familiar, de esa grandeza que decoraba pomposamente la vida de los antiguos propietarios.

Los hombres de la conquista son polvo que arrastran al mar los vientos de la cordillera. Pe-

ro su espíritu y la elegancia decorativa de sus realizaciones, se siente vivir todavía en el interior de estos nobles edificios de la ciudad, donde el recuerdo no muere ni desaparece.

Recordemos que las primitivas habitaciones construidas en la época cortesiana, tuvieron el aspecto hosco de fortalezas o prisiones. Las aberturas de sus espesos muros ofrecían condiciones estratégicas especiales. Los hombres de armas podían disparar, en contra de ellas, con falconetes y arcabuces; y en los penumbrosos zaguanes de bóveda, vigilaban siempre algunos pretorianos con puñal y mandoble, prestos a defender la mansión contra el ataque de los indios. Muros y bastiones esquineros se coronaban de almenas, y el ornato único consistía, por lo general, en símbolos que patentizaban la fe o el orgullo de los moradores. A veces asomaba empotrado en los basamentos un monolito indígena, temalacate del juego de pelota, reptil emplumado, deidad o imagen draconiana. Hay que conjeturar el aspecto de tales mansiones primitivas, pues no queda ninguna que conserve, más o menos intacta, su forma original. Sin embargo, debieron ser las casas de aquel tiempo como las suponemos ahora; bien construidas y de apariencia inexpugnable. Ello es una ley primordial en la arquitectura post-cortesiana. Disponíase de buenos alarifes, de buenos artesanos, de materiales magníficos por su calidad. El ambiente les dió, sin duda, un aire soldadesco muy a tono con las circunstancias de la vida. Sobre las portadas algún emblema por timbre, referente a la religión o a la jerarquía de los linajes, donde se polarizaban entonces las aspiraciones y creencias de los audaces milites hispanos.

DETALLES

La diferenciación de las clases sociales y su constitución más compleja, determinan con el tiempo los caracteres propios de los edificios donde se aloja la primera clase social, la burguesía y el pueblo. La casona de proporciones señoriales es representativa del núcleo menos numeroso, aunque también considerable hasta el destronamiento del emperador Iturbide. Estaba formado por la nobleza colonial, los nietos de conquistadores famosos, los títulos de Castilla y otros que habían tenido predominio por su riqueza en la corte del virreinato.

Las viviendas eran por lo general de dos pisos; en la planta baja, rodeando el patio central, las cocheras y palafrenes, las habitaciones de porteros y caballerangos, las cuadras para los caballos de la guardia especial y las bodegas. En torno al segundo patio estaban los lavaderos, las caballerizas, los pajares.

La planta alta, a la que daba acceso ancha y monumental escalera, vese comunicada interiormente por los corredores abiertos sobre el patio; figuran allí el oratorio, el gran salón de estrado, el de dosel y la saleta, el despacho con archivo

el comedor y guardavajilla, las despensas, la cocina y el lavaplatos. Sobre el segundo patio los corredores para las típicas destiladeras y tinajas. Decorando los muros, charolas y trastos ornamentales. También estaban allí las habitaciones para la servidumbre.

Su aspecto exterior aún revelaba visiblemente la opulencia de la vida antañona. Estructura general de piedra esculpida. Enmarcando la puerta cancel, las ventanas y las claraboyas, cartelas para el escudo familiar o para los símbolos religiosos, nichos para el santo patrono en los ángulos de la fachada, aparte de la ornamentación de cariátides, columnas, frisos, cinceladuras con trofeos militares, flores y atributos de diferente orden y gusto. Los muros son de bermejo tezontle o revestidos en parte de azulejos como en las residencias poblanas de gran fuste. La metrópoli cuenta con casas que pueden citarse como ejemplo; las del conde de Santiago, de Jara, de la Torre de Cossío, la Casa de los Azulejos, vivienda que había sido del conquistador Alonso Valiente, y el hermoso palacio de Moncada, a su vez vivienda del emperador Agustín de Iturbide. También es digna de recordación por sus espléndidos interiores la residencia de los marqueses de Ulupa. Cronológicamente, estos edificios pertenecen al estilo barroco.

ESPIRITU DE LA ARQUITECTURA

La casa del noble segundón o el hijo-dalgo, del minero rico, del mercader o el burócrata colonial, componíase también de dos pisos, patio central con macetones de mayólica, puerta cochera con batientes labrados, fachada con blasón decorado entre lambrequines y yelmo; a veces mirador en la esquina, nicho con la imagen patrocinante, balconada central, ventanas con rejas y baldosines de cerámica con el número, con el monograma o con el *Ave María*.

Las casas comunes eran de un solo piso, también con patio central y corredores con columnas, estas últimas de piedra de chiluca. En la fuente que surtía de agua la vivienda sentíase de continuo la greguería del surtidor, y el goce pleno de la luz irradiaba en las flores que ofrecían sus aromas en tiestos vidriados de Oaxaca, Guanajuato, Guadalajara, Puebla y otras manufacturas. Las cerámicas de este último lugar eran llamadas también talaveranas, en recuerdo a la manufactura española del mismo nombre; de allí procedían los operarios que introdujeron la industria en tierra mexicana.

Las casas de campo transparentan, a su vez, la generosidad del labriego, la sencillez amorosa del indio, la voluntad serena y firme del agricultor que buscaba en el surco la justificación de su existencia. Estas viviendas salen al paso del viajero con su blancura de amistad, sus rejas adornadas para el amor, sus galerías y solanas propicias al sosiego contemplativo. Parecen hechas para el descanso, para protección y acomodo

de la familia, para el arrullo de las pláticas amigables. Bajo las grandes arboledas que la envuelven con clámides de fronda—que hacen sonora su quietud por el arpa del viento—, no es posible que aceche la desconfianza. En sus patios abiertos resbala la tristeza; por la blancura de sus muros pierde la sombra su intensidad dramática. Balcones y azoteas roban al paisaje sus colores más puros, sus más delicados matices, sus más finos aromas. Las flores cuelgan de ellos para estremecerse al contacto de las brisas que vienen del confín brumoso. Y así nos deleitan estas casas de campo y de ciudad, suntuosas unas, las otras recatadas, pero todas atrayentes por reminiscencias ancestrales de dignidad y señorío.

De *Al flanco de la tierra virgen*.
Buenos Aires, 1937.

Chaliapin, Príncipe de los Cantantes

Por JOHN ALAN HAUGHTON

FEDOR Chaliapin, eminente bajo de ópera y concierto, uno de los grandes actores de su tiempo, acaba de morir en París el 12 de abril último. Tenía 65 años. Su salud se hallaba quebrantada desde hacía tiempo, y una jira de conciertos en América proyectada para la presente estación, ha sido a causa de ello cancelada. Sin embargo, no se consideró grave su estado sino hasta unos cuantos días antes.

El actor permaneció consciente casi hasta el momento en que expiró. Su esposa y cinco de sus hijos se encontraban a la cabecera de su lecho.

Con su gran estatura, con su porte imponente, sus gestos singularmente expresivos, su paso ágil, y cierta gracia felina; Chaliapin era dueño de una personalidad dominante en todos los tabladros en que aparecía. Su notable voz y sus grandes cualidades de actor lo capacitaban para desempeñar papeles de gran variedad y de caracteres opuestos; pero parece indudable que será recordado muy especialmente por su altivo Boris Godunoff, aún sin par en el teatro contemporáneo: ni en la ópera ni en el drama.

Uno de los críticos de "Old Guard", de Nueva York, ha declarado que sólo se hallaría su igual remontándonos hasta el viejo Salvini.

La carrera de Chaliapin es la dramática historia de un mísero muchacho provinciano y aventurero que logra encumbrarse hasta envidiable altura y llega a ser grandemente aclamado en las capitales artísticas del mundo.

Nacido en Kazan, el 13 de febrero de 1873. Chaliapin descendía de la más humilde stirpe rusa de campesinos. El cuarto en que vió por primera vez la luz del día era mísero y su única ventana abría a un pequeño corral. Su padre, empleado humilde del lugar, gastaba la mayor parte de su pobre sa-

lario en la bebida, y la familia, a menudo, apenas tenía para comer. La madre, fregando pisos, conseguía ahorrar el dinero que malgastaba su esposo.

Su primer contacto con el arte fue cuando, siendo niño, presenció en una calle la actuación de Yakov Mamanoff, célebre payaso de esa comarca.

Más o menos por ese tiempo, fue animado a cantar por el herrero del pueblo, que poseía buena voz también. Entró en el coro de la iglesia de San Varlaam, y llegó su atrevimiento hasta pedir al profesor que se le permitiera actuar en él.

Al descubrir que tenía buen oído, el profesor lo contrató por el sueldo de rublo y medio (o sea cerca de \$1.20) al mes. Estuvo en varias escuelas; pero, al parecer, sin mostrar aptitudes, y pronto fue a parar en aprendiz de zapatero. Se dice que Máximo Gorki, que fue vecino suyo y más o menos tenía su misma edad, fue quien le enseñó a leer.

Cuando, por primera vez, logró entrar a un teatro, se representaba un drama titulado "Un casamiento ruso", por una compañía viajera. Fue tanta la emoción que le causó esta representación, que Chaliapin se ingenió para ir otra vez esa misma noche a ver "Medea". Desde entonces tuvo la obsesión por el teatro y se las arregló para que se le empleara como suplente en una representación de ópera, y debutó en "La Africana" por unos cuantos centavos.

A la edad de trece años terminó su instrucción elemental y fue aprendiz de prestamista, pero gastó todos sus ahorros en concurrir a una ópera frívola que se daba en uno de los cafés al aire libre. Más tarde trabajó de carpintero y de encuadernador y también como acólito.

A la edad de 17 años, logró figurar en el coro de una ópera frívola, con un salario de \$16 al mes, e hizo su primera representación en el pueblo de Uía, en una obra titulada "El cantante de Palermo". Poco después, un miembro de la compañía que estaba ensayando el papel de Stolnik en la "Halka", de Moniuszko, fue descalificado, y el empresario encomendó el papel a Chaliapin, 48 horas después de conocerlo. No obstante la rudeza de su actuación, obtuvo un triunfo cantando. Se le encomendó entonces el papel de Ferrando, en "El Trovador".

Siguieron varios años en que Chaliapin actuó en compañías trashumantes, teniendo a su cargo importantes papeles, tales como los de Mefistófeles y Valentín en "Fausto", y el Cardenal, en "La Judía".

Estando en Tiflis, trataba por varios medios de allegarse recursos, sin conseguirlo, hasta que, oyéndolo cantar, el profesor Usatoff lo llevó a su estudio.

Estas fueron las únicas lecciones de canto que Chaliapin recibió en toda su carrera. Pronto fue contratado para la ópera del lugar; hizo su debut en el Mefistófeles de "Fausto" y desempeñó todos los papeles de bajo.

Se presentó en "Una Vida para el Zar", de "Russalka"; de Ramfís, en "Aída"; de Tonio en la primera representación local de "Payasos" y de Gremín en "Eugenia Onegin". Estas actuaciones lo llevaron a un contrato en el teatro Marienskei, de San Petersburgo, y, dos años después, tras una temporada en Nishni Novgorod, a otro mejor en Moscú, en el teatro particular del rico aficionado Mamontoff, cuyo director era Rachmaninoff. Fué allí, en 1898, donde hizo la primera de sus grandes caracterizaciones, Ivan el Terrible, en "La Doncella de Pskoff", de Rimisky-Korsakoff, y apareció también en su mejor caracterización, aquella a la que su nombre va siempre asociado: la de Boris Godunoff, en la ópera de Mousorgsky de ese nombre. Siguió entonces un contrato en el teatro Bolshoi en Moscú. Ya para esta época su nombre se había extendido más allá de los límites de Rusia, y, en 1901, Gatti-Casazza, entonces director del "Scala", lo invitó a Milán para cantar allí el papel de Mefistófeles en una representación de la ópera de Boito. Toscanini era el director y Caruso el tenor.

Chaliapin insistió mucho sobre el escenario y su propia caracterización, cosas que ambos, Gatti y Toscanini, veían con desdén; pero las sugerencias de Chaliapin parecieron tan efectivas en los ensayos, que se le permitió hacer lo que quería, con lo que obtuvo un triunfo. Apareció después hasta 10 veces en esta ópera.

Los siguientes años fueron de contratos en Monte Carlo; y en Rusia en 1907, Heinrich Conried lo trajo al "Metropolitan" para cantar el Mefistófeles en "Fausto"; Leporello en "Don Giovanni" y Basilio, en "El Barbero de Sevilla". Su debut en América lo hizo con la obra de Boito el 20 de noviembre de 1907, con Ricardo Martín en el papel de Fausto y Geraldine Farrar en el de Margarita.

Este contrato pudo ser considerado como un fracaso, excepto por algunos pocos amantes de la ópera. Chaliapin sufrió de resfriados prácticamente todo el tiempo que permaneció en Nueva York. Su llamado "acto de desnudamiento" y cuantas notas de realismo Chaliapin introducía en ambas óperas, la de Mozart y la de Rossini, no alcanzaron el aplauso del público habituado a los convencionalismos de la ópera. Sólo catorce años después llegó el actor a ser apreciado por los entusiastas de la ópera en América.

En 1910, el ballet de Sergi Diaghileff hacía furor en París y el gran director decidió representar la ópera "Boris Godunoff", con Chaliapin en el papel principal. Se diseñó y pintó entonces un escenario especial usado más tarde en el "Metropolitan". Fué tanto el éxito alcanzado por el cantante, que aun los grandes actores franceses, Rejane, Mounet Sully, Lucien Guitry y Sarah Bernhardt cerraron sus teatros para asistir a estas representaciones. Más tarde Chaliapin fué invitado a hacer el papel en la *premiere* del "Scala" de Milán, con igual éxito.

Firmó entonces contratos en Buenos Aires y Londres, y sus éxitos en la capital británica le allanaron el camino para su reaparición en Nueva York. Al declararse la guerra, Chaliapín se encontraba en Rusia, y después de la revolución de 1917 circularon persistentes rumores sobre su muerte. Lo cierto fué que por esta época se hallaba como director del teatro Marienskoï, en donde había cantado varios años antes, y que nunca quiso tomar participación alguna en la política.

Cuando en 1921 salió de Rusia lo hizo en la inteligencia de que volvería al cabo de tres años; nunca regresó. Fué acusado por el Gobierno ruso de ayudar a los rusos blancos, en París, lo que le causó grave disgusto, pues él siempre sostenía que no era sino un artista y que no le interesaba la política. Declaró por entonces que cuanto dinero había ganado fué siempre para los niños desvalidos y que no se hallaba afiliado a ningún partido político. Sin embargo, sus propiedades en Rusia fueron confiscadas y Chaliapín privado del título de "Cantor de Pueblo".

En el "Metropolitan" hizo Chaliapín su reaparición en el papel de "Boris", el 9 de diciembre de 1921. Su última presentación en Nueva York fué en un recital del "Carnegie Hall", el 3 de marzo de 1935.

Los últimos años de su vida son difíciles de seguirse. El Gobierno soviético hizo repetidos esfuerzos para llevarlo a Rusia, pero Chaliapín se rehusó siempre. "No puedo yo entender esta forma comunista de la vida"—se asegura que dijo—; "no porque no sea buena, mas yo me siento incapaz de estimarla".

Chaliapín tuvo doce hijos, en dos matrimonios. Su primera mujer, Giulia Tornighi, fué una bailarina italiana de ballet, con quien casó en 1898. Se divorció de ella en 1927, y casó con Mme. María Petzheld, hija de un terrateniente ruso.

Para estimar la posición de Chaliapín en el canto, no existe *standard* posible. Su voz de bajo era ruda, pero con tal carácter que podía interpretar papeles de barítono, en tesitura alta.

Tenía un sentido casi misterioso del valor de los pequeños detalles en la realización de una ópera, así como en la interpretación del canto.

Era, en verdad, un artista de gran temperamento, aunque con frecuencia difícil fuera de la escena, pues, conociendo el valor del verdadero trabajo artístico por propia experiencia, quería que todos los que desempeñaban un papel adoptaran el mismo punto de vista. Por otra parte, en ocasiones solía no evidenciarse su fuerza dramática.

También en este aspecto era un actor un tanto irregular. Sin embargo de lo cual algunas de sus canciones fueron únicas. Sus públicos casi siempre le pedían "La Canción del Volga", de la que Chaliapín hacía una sorprendente obra de arte.

Como artista de ópera, este cantante deja completamente vacante un puesto que él sólo ocupó por varios años. Con todos sus defectos en la emisión de la voz, es muy dudoso que su Boris llegue a ser igualado.

Chaliapín representa el triunfo del magnetismo personal sobre los detalles técnicos y las idiosincrasias de los diversos temporamentos.

De *Musical América*. Nueva York.

Alemania o la Exageración

Por ANTONIO MACHADO

NO es la guerra, como tantas veces os he dicho—habla Mairena a sus alumnos—, el mejor modo de resolver cuestiones litigiosas entre los pueblos. Pero la guerra puede llevar a una solución aceptable, aunque incompleta, si por azar la victoria recae sobre quien la merece, y en todo caso es una solución—buena o mala—del pleito que por la guerra se ventila. Pero todo ello—reparadlo bien—, a condición de que alguien la gane. ¿Mas qué pensáis vosotros de la guerra, cuando nadie puede ganarla? ¿No alcanzaría entonces la guerra y, en general, todo polemismo su completa reducción al absurdo? Pues tal es la guerra, amigos queridos, que prepara la moderna Alemania prusianizada. Ellos, los alemanes, están acumulando elementos bélicos, preparan una perfecta máquina de guerra, con la cual, no una sino muchas guerras podrían ganarse. Pero, al mismo tiempo, convencidos de que lo esencialmente guerrero es el ímpetu peleón que anima a los hombres, se cuidan por todos los medios—científicos, literarios, metafísicos—de aumentar el número de sus enemigos—¿cómo guerreará quien no los tenga?—y de excitarlos a reforzar sus recursos marciales. El resultado es la carrera de los armamentos; y todo ello puede terminar en una guerra contra la paz, absurda y monstruosa, que haga imposible por muchos años la amorosa convivencia entre los hombres. Para ello, no vacilará Alemania en declararse enemiga de la especie humana, ni en retarla a descomunal combate, no sin antes haber inventado, para andar por casa, otro animal—rubbio, germánico, incastrable—, a quien deba corresponder la victoria. El resultado será que Alemania no ganará la guerra; pero Europa perderá la paz y, con ella, su hegemonía en el mundo.

* * *

Estas palabras de Juan de Mairena, anteriores a la guerra europea—Mairena murió en 1909—, y, a su modo, proféticas, nos han hecho pensar en otras más recientes de Max Scheler, un egregio pensador alemán, cuya muerte no habrá llorado el fñhrer, pero que nosotros los españoles, debemos lamentar; porque Schellrer fue un gran filósofo y un buen amigo de España. Todo un

largo estudio dedicó Max Scheler a responder a esta pregunta: ¿A qué se debe la antipatía invencible que despiertan los alemanes fuera de su patria? Al trazarnos Max Scheler la etopeya o figura moral de la nación alemana, subraya esta desmesura, a que aludía Mairena, como nota característica, referida al trabajo, al placer que encuentra el alemán en el trabajo ilimitado, sin fines positivos, sin objetivo y sin término. Hay exageración—nos dice Max Scheler—en la manera alemana de trabajar. Tal exageración se manifiesta en este hecho: los alemanes, que no conocen más placer que el del trabajo, trabajan más de la cuenta, para llenar el tiempo. Otras naciones saben aprovechar el ocio y experimentan el placer inmediato de vivir, que es ajeno a los alemanes. El resultado de todo ello—viene a decir Max Scheler en su *Die Ursachendes Deutschenhasses*—es la anormalidad del ritmo del trabajo germánico, el cual, de ningún modo, corresponde ni a la necesidad ni al valor del producto. El impulso laborioso de los alemanes se automatiza crecientemente: ya ni rezan, ni meditan, ni contemplan, y sólo parece que buscan en el trabajo el olvido de sí mismos. La organización del trabajo es entre ellos sobradamente mecánica y de aquí proviene la carencia de estilo, de forma, de gusto estético y la calidad inferior de sus productos. Max Scheler añade otras razones, enderezadas a probar cómo este trabajo desmesurado y ramplón inquieta y desasosiega a otras naciones, muy propicias a ver en los alemanes a los más inoportunos advenedizos de la historia (*welthistorische Emporkommlinge*), venidos al mundo para expulsar del paraíso a la humanidad entera. Y termina deseando que los alemanes, mientras enseñan laboriosidad a otros pueblos menos activos, limiten el trabajo y aprendan de aquellos la aptitud para el goce inmediato de la vida. Piensa Max Scheler—y en esto es un perfecto antípoda del *führer*—que es necesaria la colaboración de todas las naciones para su recíproca educación moral, y que los caracteres nacionales deben mutuamente completarse.

* * *

Mucho hubiera tenido que aprobar Juan de Mairena, y algo que oponer, en las razones de Max Scheler. Día llegará en que los alemanes se decidan a cultivar en sí mismos la aptitud con el goce inmediato de la vida; pero lo harán con tal desmesura, que las personas distinguidas—como el malogrado Max Scheler—sentirán un deseo invencible de llevar cilicios, usar la disciplina y desayunarse con cardos borriqueros untados en vinagre. Entonces se verá que no es, precisamente, una tendencia a exagerar el trabajo, sino otra más profunda y de raíz metafísica, que les lleva a exagerarlo todo, lo que puede considerarse como específicamente alemán.

* * *

Pero volvamos a Mairena, que sigue hablando a sus alumnos. "No hay defecto chico, amigos que-

ridos. Una pequeña falta de Retórica, quiero decir de arte y de medida para expresar lo lógico, y un pequeño exceso de pedantería, quiero decir una cierta carencia de tacto vital y de precaución y de ironía, ha hecho de los alemanes, gran pueblo de metafísicos, algo políticamente lamentable. Con la tendencia innata de nuestros vecinos, los franceses, al culto del buen gusto y de la mesura, y su desconfianza de cuanto excede los límites de lo natural, los alemanes no hubieran desmesurado ni la razón, ni el trabajo, ni la guerra, no hubieran creado la tensión bélica que extenua a Europa, no hubieran disputado torpemente a los ingleses la hegemonía política de Occidente, que casi por derecho, o al menos por sufragio entre naciones, corresponderá siempre a la vieja Albión, y, al fin, hubieran obtenido la primacía cultural, que nadie habría osado disputarles.

Juan de Mairena, cuyas son las palabras que anteceden, no hablaba en los días del *Tercer Reich* y de la dictadura hitleriana. Acaso serían hoy otras sus razones. Acaso no. O, tal vez, convencidos de la plasticidad de lo pasado, hubiera hoy modificado sus profecías, para ponerlas más de acuerdo con los hechos actuales. Mairena sabía muy bien que no hay vaticinio completo, mientras no se le contrasta y modifica con lo que hubiera podido vaticinarse, y que esto constituye una faena infinita. Recordemos, por lo demás, que Mairena sólo censuraba al profeta la usuraria pretensión de no equivocarse.

* * *

Alguien reprochó a Juan de Mairena su excesiva simpatía por los ingleses. ¿Cómo explicar que Mairena señalase defectos comunes a ingleses y alemanes, y que, al mismo tiempo, les hallase disculpa en los primeros y rara vez en los segundos? Ya en más de una ocasión había afirmado Juan de Mairena cuanto había de anglo-sajón en el afán polémico de la vieja Europa. ¿Por qué lo censuraba tan agriamente sólo en los alemanes? Juan de Mairena solía dar respuestas un tanto evasivas, como quien no acierta a justificar cosa tan irracional como es la simpatía; y, en verdad, que siempre ha sido muy marcada la que frecuentemente sienten los andaluces por los ingleses. Los ingleses—respondía Mairena—conservan, acaso de sus antiguos invasores latinos, anteriores a la conquista de su territorio por anglos y sajones, un cierto sentido de la medida, y hasta una cierta afición a las suyas, cualitativamente teñidas por su propia experiencia, que les lleva a no descomedir sobradamente sus cosas. Además, los ingleses *tienen mundo*, lo cual, desde muy antiguo, les llevó a no querer penetrar demasiado y, por ello, a no envidiar demasiado las características de los otros pueblos. Su orgullo insular, que tanto se les reprocha, no está exento de respeto al orgullo ajeno. Además, los ingleses tienen la costumbre de leer la Biblia, un libro interesante que ellos no han escrito. Y tienen, sobre todo, el mar,

una gran experiencia planetaria, que les ha enseñado: 1º, a ver de lejos; 2º, a remar contra viento y marea, y 3º, a saber que el hombre puede ser poca cosa, pero que, al fin, no es su destino ahogarse en poca agua. Por estas virtudes y por otras, de que hablaré algún día, vienen ejerciendo una cierta hegemonía en el mundo occidental, que no pasará sin dejar rastro.

* * *

Sobre el *orgullo modesto*, de que tantas veces os he hablado, quiero añadir: Poca cosa es el hombre y, sin embargo, mirad vosotros si encontraréis algo que sea más que el hombre, algo, sobre todo, que aspire como el hombre a ser más de lo que es. Del ser saben todos los seres, hombres y lagartijas; del *deber ser* lo que no se es, sólo tratan los hombres...

* * *

Es el descontento, amigos queridos, la única base de nuestra ética. Si me pedís una piedra fundamental para nuestro edificio, ahí la tenéis.

* * *

¿Puede haber un hombre, plenamente satisfecho de sí mismo, que sea plenamente tal hombre? A mi juicio—decía Mairena—todo hombre puede tener motivos de descontento, aunque sólo sea pensando en la fatalidad del morir. Pero la Muerte—la idea y el hecho—es algo que pocos miran de frente; el filósofo, sobre todo, suele mirarla de soslayo, cuando no esquivarla, seguro de que sus sistemas y doctrinas, al margen de la muerte, son como martingalas ingeniosas para ganar en el juego, las cuales sólo pueden engañarnos, mientras alejamos de nuestra mente el pensamiento de la llave indefectible que ha de anularlas.

De *Hora de España*. Barcelona.

Categoría y Anécdota

Por GUILLERMO DE TORRE

...O de la anécdota a la categoría. La expresión no es mía. Procede de alguien a quien no tendría motivos especiales para recordar, ya que en todos nuestros cruces han surgido motivos de discrepancia antes que razones de afinidad. Sin embargo, nobleza obliga y la honradez criticista me aconseja no escamotear el nombre del creador de esa expresión. Pero aun dejando al margen las razones fundamentales de discrepancia estética que me han hecho siempre aludir con reticencias a ese escritor—se trata, para no mantener más el enigma, de Eugenio d'Ors—quedan otras, de orden general, que en los momentos actuales contribuyen a multiplicar las distancias. Lejanía, por lo demás—admitase este paréntesis—en que aparece situado ante mis ojos no sólo el autor del *Glosario*, sino la mayor parte de sus coetáneos y precursores, esa asendereada generación española del 98. ¡Pobre generación "Vabumb!"—para nombrarla con

el anagrama que fraguó Corpus Barga. Que sus supervivientes físicos no hayan sabido al menos sobrevivirse moralmente, manteniéndose fieles a sus "yos" genuinos, es uno de los espectáculos de capitulación espiritual más lamentables engendrados por la guerra en España. Y sépase que quien hace esta lamentación es precisamente uno de los pocos escritores, entre aquellos de las promociones posteriores, que habían defendido siempre a los hombres del 98 contra los ataques y las sátiras que ya hace años otros les asestaban. Pero... cerremos este breve paréntesis de miserias retrayéndonos a la justificación del epígrafe elegido.

"De la anécdota a la categoría" es, como insinué, una expresión feliz puesta en circulación hace años por d'Ors para definir no sólo el carácter de sus comentarios, sino una manera peculiar de crítica. Salto de lo circunstancial, producido por el hecho cotidiano, a lo sustancial permanente, a la categoría en el sentido de sustancia, la primera de las diez nociones en la lógica aristotélica. La recordación de esta fórmula se me antoja inevitable tras la lectura sucesiva de dos libros sobre pintura contemporánea, recién publicados, y en cuyas páginas pretenden alternar, en un juego de mutaciones, la categoría y la anécdota. Me refiero al *Almanach des Arts*, publicado por E. d'Ors y J. Lassaingne y a los *Souvenirs d'un marchand de tableaux* originales de Ambroise Vollard.

Advertiré desde el primer momento que ninguno de esos dos volúmenes revela valores excepcionales ni es plenamente satisfactorio. ¿Por qué entonces detenerse en su comentario? Porque en su misma relatividad son un claro exponente del precario estado actual en que se halla la crítica artística europea. Ningún otro género, probablemente, tan necesitado de contribuciones sustanciales y de guías esclarecedores. Ningún otro tampoco, seguramente, tan desasistido de espíritus sagaces, con autoridad, y de construcciones sistemáticas. Me refiero, claro es, a la crítica de arte que se proyecta sobre el ámbito contemporáneo, sobre las corrientes del día y no a aquella que se aplica a elucidar minucias pretéritas y sólo vive en función de lo histórico, donde no faltan nombres positivos. Que en el primero de estos sectores la contribución crítica alcanza leve profundidad lo revela el escaso número de textos sustanciales que hoy nos llegan de ese mismo París, lugar que en lo demás, en punto a exhibiciones y galerías, sigue conservando su primacía de metrópoli.

En efecto, salvo las críticas de André Lothe—que al ser recopiladas en volumen ganarían completadas y sometidas a cierta ordenación; la ausencia de estos cuidados constituye el demérito de su última compilación, *Parlons Peinture*—apenas hay nada que leer en ese idioma provisto de cierta altura y consistencia. Maurice Raynal, en vez de acentuar su primitiva tendencia hacia la teorización sistemática y las prolongaciones filosóficas—como en sus remotas *Quelques intentions du*

cubisme—, se disuelve en la crónica y aun así apenas posee una tribuna libre en que manifestarse. De pareja disminución se resienten otras aportaciones criticistas que pudieran ser considerables: la de Tériade—cuyo *Minotaure* ha sucumbido ante otros monstruos cotidianos y no mitológicos de más agresiva cornamenta—, la de Zervos, cuyos *Cahiers d'Art*, al cabo, y pese a unilateralismos y repeticiones, son un oasis. Por lo demás, deserciones como las de un Waldemar George y un André Salmon sólo merecen un recuerdo desdeñoso.

De ahí que la excepción antes mencionada, de un André Lothe, cobre un valor excepcional en Francia, tanto como la de un Herbert Read en Inglaterra. Los libros de este último, aun no aportando rigurosamente ninguna luz inédita y hallándose destinados esencialmente a sacar al público inglés de su atonía y su asincronismo artístico, poseen también la virtud de organizar coherentemente un criterio moderno. Y el espíritu lúcido de Herbert Read se advierte no solamente en *The Meaning of Art, Art Now, Art and Industry*, sino hasta en *Surrealism*, después de su reciente conversión a este credo.

En cuanto a la crítica del arte vivo en otros países, poco hay que registrar. En Alemania, donde a raíz del expresionismo llegó a alcanzar manifestaciones muy agudas, ha fallecido, así, radicalmente—como es notorio—tras el decreto de Goebbels. La dispersión de sus representantes es afligente, desde Herwart Walden y Franz Roh—de quienes no sabemos nada hace años—hasta un Max Raphael, hoy exiliado en París, y Carl Einstein, en las trincheras republicanas de España. Y en Italia, la carencia actual es semejante, confirmada por la única excepción de Carlo Belli y, en otro palmo, por las incursiones críticas del pintor Severini.

De España, a la hora presente, no hay que hablar, desaparecida por causas de fuerza mayor la *Gaceta de Arte* canaria y el equipo de jóvenes críticos que allí amanecía. De otra época, la expresión más visible es la de ese crítico, al principio aludido, que hubiera podido ser quizá la primera figura en tal especialidad, a no estar excesivamente contrapesadas sus cualidades valiosas—buen gusto, olfato perceptivo, habilidad dialéctica—por otras negativas—arbitrariedad disfrazada de racionalismo, mayor atención a los conceptos previos de las cosas que a las cosas mismas y una fatal propensión academicista.

En rigor, si menciono hoy una obra suya es porque el género de ésta me interesa casi más que la materia y, desde luego, más que el autor. En efecto, no tengo por qué ocultar una antigua debilidad por los conjuntos panorámicos, por los almanaques literarios y artísticos, preferencia que alguna vez he hecho manifiesta publicando no hace mucho en España un *Almanaque Literario*, hoy de melancólica recordación. Y acontece que la obra ahora publicada por Eugenio d'Ors, en colaboración con Jacques Lassaigue, pertenece a

ese género y se nos presenta como un almanaque de las artes referido a las exposiciones y demás manifestaciones artísticas del año pasado, enfocadas desde el miradero parisiense. El intento no puede ser más atractivo aunque la realización no sea enteramente feliz. A fuerza de querer ser ordenado este *Almanaque*, resulta por momentos casi confuso. En efecto, no hay una neta distinción entre las dos partes que comprende: la primera, llamada "Horóscopo", donde se insertan estudios de carácter general sobre el estado actual de las artes plásticas; y la segunda, propiamente de calendario, donde se pasa revista a las exposiciones de 1936, agregando noticias de otras y un memorándum de libros y revistas de arte. En rigor, ciertos capítulos lo mismo pudieran pertenecer a una parte que a otra. La diferencia más clara queda establecida por el tono y la intención de los trozos correspondientes a cada uno de los dos autores. En tanto que d'Ors dogmatiza según su hábito y, por un procedimiento de espiral, partiendo de un punto remoto, trata de acercarse mediante alusiones y elusiones al tema central, Lassaigue—de quien no teníamos referencia anterior— con menos perífrasis, y sin otra pretensión que la de un cronista, recoge la actualización de un hecho y pasa a otra cosa.

Característico de la manera que utiliza el primero de los dos colaboradores es el capítulo que dedica a Picasso. En vista de que las antiguas invitaciones al orden, al retorno, al neoclasicismo y demás "ismos" confortables que ya le había propuesto hace años, en una monografía—ejemplo acabado de falseamiento del verdadero espíritu picassiano, que yo denuncié a su hora (en *Revista de Occidente*, Núm. CXIX, mayo de 1933—reincide ahora en análogas prédicas y se atreve a pedirle una obra maestra. Estamos seguros que el firmante de esa petición ha figurado entre aquellos que desfilaron ante Guernica—la obra no sé si maestra, pero capitalísima de Picasso, en el Pabellón Español de la Exposición de París—sin enterarse...

El tránsito absoluto de la—supuesta—categoría a la anécdota, nos lo ofrecen las *Memorias* de Vollard. Aquí ya entramos, desde el primer momento, en el terreno de la pura anécdota pintoresca, y hasta lindamos con sus arrabales; el chiste y el chascarrillo. A Vollard, es sabido, se le considera por antonomasia como el descubridor comercial, el primer marchante en el tiempo de los pintores impresionistas: de Cézanne, de Renoir, de Degas, especialmente, a los que ya había dedicado antes sendos y amenos libros. Cierta arrojo estético y un excelente olfato comercial le llevaron a apostar hace cincuenta años sobre obras entonces menospreciadas y luego valiosísimas.

Es un lugar común abominar de las gentes de su oficio. Por mi parte yo estimo que el auge y la extensión del arte más valioso, desde fines del siglo hasta el día, es debido, en parte no desdeñable, a los marchantes. De su apología, con mucho "humour", por lo demás, se encargó ya hace

pocos años uno de los más sagaces del gremio, mi amigo Alfred Flechteim—en su revista berlinesa *Omnibus*—muerto hace poco en el destierro, en Londres, por su doble condición, vitanda en el tercer Reich, de judío y de coleccionista de arte moderno... Con la multiplicación de tales honorables mercaderes en estos años penúltimos, antes de la crisis de 1928, podrá haberse incurrido en excesos y supervaloraciones artificiales, en mitificaciones y mixtificaciones, pero ello en nada disminuye la importancia y el mérito del papel desempeñado ayer por un Vollard y un Clovis Sagot, hoy por un Kahnweiler o un Paul Rosenberg. Casi todos ellos, por lo demás, como gentes cultivadas, nos han ido dejando testimonios escritos de su vida y de sus preferencias que constituyen una buena contribución marginal a la biblioteca del arte contemporáneo. Así Berthe Weill ya había publicado sus recuerdos bajo el título de reclamo publicitario *Pan dans l'oeil!*; el malogrado Paul Guillaume escribió un excelente libro sobre la escultura negra; Leonce Rosenberg nos dió hace años sus reflexiones sobre el cubismo y Daniel Henry Kahnweiler una de las primeras monografías sobre Juan Gris.

Dijimos que el libro de Vollard es anecdótico. Lo es en exceso, pues en sus cuatrocientas cincuenta páginas de nutrido texto, bien hubiéramos querido encontrar, alternando con ese verbeo anecdótico, algunas páginas más sustanciales donde el autor nos trazase retratos de los pintores que frecuentó y algunas confidencias sobre sus respectivas estéticas, sin olvidar el de velar sus ciertos secretos propios de su técnica mercaderil. Pero se trata de un viejo ladino y ecónomo que hace todo el gasto a costa de las exterioridades del prójimo y cuya única moneda verbal es la anecdótica.

En estos recuerdos que abarcan desde que el autor se estableció, en 1890 —en la calle Laffitte que era entonces lo que hoy ha venido a ser la de La Boetie— hasta después de la guerra, los pintores que ocupan mayor espacio son Manet, Renoir, Degas, Cézanne y Van Gogh. De estos dos últimos organizó Vollard las primeras exposiciones en París. A su propósito nos cuenta las sorpresas de la especulación: el caso de aquel padre de familia que queriendo asegurar una dote a su hija, compró un cuadro de Detaille —un académico finisecular—y desdeñó uno de Van Gogh—en el fondo era este último el que le gustaba—encontrándose, al cabo de veinticinco años, con que el primero no valía nada y el segundo equivalía a una fortuna. El caso de un cuadro de Picasso, de su primera época, *La familia del saltimbanqui*, que luego se revendió en once mil y finalmente alcanzó el millón. Asimismo, recuerda Vollard que en su primera exposición de Cézanne vendió trabajosamente estudios de éste a diez francos: que cierto paisaje cézanniano, sin comprador posible al ofrecerse por cuatrocientos francos, tampoco pudo venderlo años más tarde, más por la causa opuesta: sólo le ofrecían treinta mil.

No podía faltar en estas páginas la figura anecdótica por excelencia, la del aduanero Rousseau. Un día éste se presenta en la tienda de Vollard rogándole que le entregue un “papel” certificando que hace progresos en su arte. “Eso sería ridículo para nosotros dos—le responde el marchante—. ¿Qué quiere hacer usted con ese certificado?” “Te confesaré en secreto—explica el candoroso Rousseau—que quiero casarme y el certificado que usted me dé, con el sello de su tienda, ha de llenarme de respetabilidad ante los ojos de la familia de mi futura, quienes me tienen ahora por un hombre sin oficio. Incluso me prohibirán que siga encontrándome con ella”. “¡Cuidado, Rousseau!, si su novia tiene menos de diez y seis años el padre puede perseguirle por corrupción de menores”. “¡Oh, señor Vollard, mi novia tiene cincuenta y cuatro años!”

Pero el mayor consumo de frases está a cargo de Degas. Como un día tropezase con los alambreros limítrofes del césped en un jardín, exclama su acompañante: “Los ponen ahí a propósito para que se caiga la gente”. “¡No!—rectifica Degas—lo hacen para impedir que se coloquen estatuas en el césped”. Ante un cuadro campestre de Monet: “Me voy. Hay demasiadas corrientes de aire. Un poco más y tendría que levantarme el cuello de la chaqueta”.

En otros capítulos desfilan personajes literarios y políticos siempre vistos con la misma lente pintoresca, hasta los más respetables, no escapan de esta pulverización anecdótica. He aquí una sobre Mallarmé, que va habrá archivado o no dejará de archivar Alfonso Reyes. “Un día en la imperial de un ómnibus iba Magnard, Director del *Figaro*, quien comenzó a entablar conversación con un pasajero. Como pasaran por el mercado de flores junto a la Magdalena, el desconocido tuvo frases tan originales que Magnard no pudo contener su admiración y se presentó a sí mismo agregando: “Si quiere usted hacer un artículo con todo lo que acaba de decirme, lo publicaré muy gustoso en mi diario”. A los pocos días el director comunicaba a uno de sus redactores: “He recibido un artículo sobre las flores. Lo firma un tal Mallarmé. Seguramente se trata de un loco”.

No hay irrespetuosidad en tales anécdotas. Hay, sí, ligereza y cierto aire burlón, de que el mismo autor no se excluye. A unos jóvenes que, dispuestos a abrir un comercio de cuadros, le escribieron hace años, pidiendo que les revelase algunas tretas de su especialidad, contestó Vollard: “No tengo ningún secreto para hacer fortuna. Mi experiencia me recuerda solamente todo lo que debo a mi invencible propensión al sueño. Muchas veces, un “amateur”, al entrar en mi tienda, me encontraba semiadormecido. En ese estado le escuchaba, cabeceando e intentando penosamente responder. El cliente al tomar por una negativa mi ronroneo iba aumentando progresivamente su oferta. De suerte que, cuando yo apenas había logrado despabilarme, mi cuadro había alcanzado un alza notable. Este es el caso de decir que la fortuna viene durmiendo”.

De Sur. Buenos Aires.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

SERVICIO EDITORIAL DEPENDIENTE DEL DEPTO. DE ACCION SOCIAL

Serie: Ideas Contemporáneas

- HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO, por JOSE VASCONCELOS. 600 páginas en 8º Grabados fuera de texto . \$ 10.00
- HIGIENE DE LOS TRABAJADORES. Dr. Alfonso Pruneda . „ 1.00
- LA UNIVERSIDAD Y LA INQUIETUD DE NUESTRO TIEMPO, por el Lic. LUIS CHICO GOERNE. 150 páginas en 8º
- Edición de lujo „ 3.50
- Edición fina „ 2.50
- DEL NUEVO HUMANISMO Y OTROS ENSAYOS, por el Dr. PEDRO DE ALBA. 230 páginas en 8º „ 3.00

Serie: Ciencias

- LAS CACTACEAS DE MEXICO, por la señorita profesora HELIA BRAVO, del Instituto de Biología de la Universidad Nacional, 800 págs. en 8º 300 grabados. „ 18.00
- TRATADO ELEMENTAL DE BIOLOGIA, por el Dr. I. OCHOTERENA, Director del Instituto de Biología, de la Universidad Nacional. 400 páginas en 8º, 200 grabados. Obra de Texto en la Universidad Nacional y Escuelas Incorporadas „ 3.50
- NOCIONES DE OBSTETRICIA, por el Dr. FERMIN VINIEGRA, profesor de Obstetricia en la Universidad Nacional. Dos tomos en 8º, 700 páginas, 200 grabados. „ 10.00

Serie: Letras

- EL PRISMA DE HORACIO, por OCTAVIANO VALDES. 100 páginas en 8º \$ 1.50
- LITERATURA HISPANOAMERICANA, por JUAN MARNELLO, 200 páginas en 8º . . „ 3.50
- HORACIO EN MEXICO, por el Dr. GABRIEL MENDEZ PLANCARTE. 300 páginas en 8º . . „ 5.00
- DE MI LIBRO DE HORAS. (Poésías), por FRANCISCO GONZALEZ LEON. 130 páginas en 8º „ 1.50
- MONTERREY, por ALFONSO TEJA ZABRE, MIGUEL N. LIRA y CARLOS PELLICER. „ 0.75
- LAUDANZA DE MICHOACAN, por ALFREDO MAILLEFERT. 200 páginas en 8º „ 2.75
- LA CRITICA DEL GALICISMO EN ESPAÑA, por el Dr. ANTONIO RUBIO. 220 páginas en 8º . „ 3.00
- OTRA VEZ EL DIABLO, por Alejandro Casona. 160 págs. en 8º . „ 2.50

Serie: Pensadores de América

- BOLIVAR. Selección de CARLOS PELLICER y Notas de SALVADOR AZUELA, 120 págs. en 16º „ 0.50
- MARIATEGUI. Selección y Notas de MANUEL MORENO SANCHEZ. 150 páginas en 16º . . „ 0.75

A UNA CALIDAD TIPOGRAFICA IMPECABLE,
UN PRECIO ACCESIBLE A LAS MAYORIAS.

UN ESFUERZO EDITORIAL SIN EJEMPLO,
EN FAVOR DE LA CULTURA NACIONAL.

GRANDES DESCUENTOS A LIBREROS
Y ESTUDIANTES.

AGENCIA DE VENTAS DEL SERVICIO EDITORIAL: JUSTO SIERRA, 16,
O DIRECTAMENTE A BOLIVIA, 17.

J U L I O P R I E T O

LA S
CAPITULARES
D E L O S
L I B R O S D E
C O R O

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

CUADERNOS DE ARTE • NUMERO 6

**FOTOS DE
LOLA ALVAREZ BRAVO**



ALERIO PRIETO, el desaparecido pintor, estuvo formando, durante varios años, una colección de capitulares de libros de coro, consultando los originales existentes en los coros de las catedrales de México y algunas ciudades de provincia, así como los pocos ejemplares conservados en el Museo Nacional y en la Biblioteca Nacional. Al tiempo que lograba la colección inició la redacción de algunas notas sobre el tema, y parte de éstas, las que se refieren a la ornamentación de las primeras páginas de los

antifonarios, las transcribo en seguida. Por otra parte, el valor de estas ornamentaciones resulta tan importante para apreciar la evolución de la pintura en México, que creí no ser exageradamente audaz al atreverme a ordenar algunas ideas sobre este tema. Sin embargo, el mérito de todo estudio sobre el particular recae en el paciente investigador que con tanto amor formó la colección de que trato.

“Antifonario se llama el libro que contiene, con caracteres de canto llano, todas las melodías de antífonas, salmos e himnos que componen las horas, vísperas, completas, maitines, etc.



“Los antifonarios (libros de coro) comprenden el gradual con los cantos usados durante la misa y el responsorial que contiene los responsos y antifonas de las horas.

“En los coros de los conventos que poblaron la Nueva España, y en las catedrales,

descansaban sobre los facistoles de cedro o maderas finas, de atormentados perfiles y decorados, según la riqueza del coro, hasta convertirse en verdaderos monumentos, con incrustaciones de carey, aplicaciones de plata y tallas de madera o marfil, los grandes libros empastados en becerro, con chapetones, bulas y cierres de cobre o hierro forjado. Algunas tapas son ejemplares valiosos de arte decorativo, por el trabajo en piel, y las aplicaciones de metal.

“Con cien o doscientas páginas trazadas sobre grueso pergamino, en gótica española y con la notación del canto llano: cuadradas, breves, semibreves, muestran los libros de coro la habilidad de los trazos hechos con pluma de ave o palillo y que en manos de Fray Miguel de Aguilar, agustino del siglo XVIII, llenan un libro de 97 páginas en tres meses, según nos dice la relación de la primera página y confirma el colofón que cierra el libro.

“En la Catedral de México, estaban a cargo del Chantre las labores del coro. No sólo era cantor y músico, sino calígrafo; si no tenía tiempo para escribir los libros, asumía el papel de director del dibujante o miniaturista. A veces proyectaba los complicados entrelaces: en una “B” leemos al pie: “Compuesta por el Br. Dn. Vicente Santos Pallares Sochantre de esta Santa Iglesia”; en apostillas que aun se conservan en los márgenes de algunos libros, indicaba al decorador qué personajes, qué santos o qué asunto religioso debía ornamentar la capitular.

“Casi nunca se encuentran los nombres de los calígrafos, miniaturistas o dibujantes. Algunos, con letra muy fina, en el cuerpo de una capitular o al pie de una miniatura desvaída, dejan el nombre; otros, al dedicar el libro que ordena el Dean o regala el Arzobispo, ornamentan con maravilloso escudo de armas la portada, terminan con laborioso colofón y dejan únicamente las iniciales del artífice que pasó una vida miniendo la complicada heráldica.

“Exceptuando los libros hechos a fines del siglo XVIII y principios del XIX—por regla general muy inferiores en caligrafía y ornamentación a los del XVII y XVIII, que mencionan los nombres del dibujante—, son escasos los datos que se tienen para hacer el estudio de los decoradores y calígrafos que trabajaran en los antifonarios”.

Del estudio en preparación: “Capitulares de los libros de coro”, por Valerio Prieto.

La ornamentación de las letras capitales en la primera página de los misales y antifonarios, nació junta con el empleo de estos libros.

Ya en los misales de la Edad Media escandinava se encuentran las capitulares abundantemente ornamentadas, y a ellas se refiere, de manera muy singular, Worringer, al explicar las características del espíritu del artífice nórdico.

A la Nueva España llegaron antifonarios europeos de diversos países, que fueron los modelos en donde se inspiraron los copistas criollos, y aun cuando empezaran a curtirse pergaminos y a improvisarse tintas con elementos de la tierra, la importación de libros de coro fue constante durante la Colonia, siendo siempre motivo de especial aprecio para el coro de cada iglesia el contar con libros de origen europeo.

La procedencia tan diversa de los primeros libros importados fue causa de que los miniaturistas de la Colonia siguieran al principio corrientes gráficas muy distintas también, pero en un plazo relativamente corto fueron asimiladas las enseñanzas europeas y se contó ya con un estilo propio que fue modificándose, dentro de su cauce particular, por las influencias que afectaban a toda la plástica de la época. Mas estas influencias jamás fueron suficientes para hacerlo perder las características, tan personales, que encontrara una vez terminado el período de imitación inicial.



Por otra parte, y en vista de los altísimos precios que los libros importados alcanzaban, muchas iglesias exigieron a sus artífices (siempre miembros del clero mismo y no artistas seculares, como en el caso de los pintores), que siguieran fielmente, esto es, que copiaran modelos europeos. Por esta circuns-

tancia y por la presencia de numerosos extranjeros—italianos, portugueses, flamencos—en el clero de la Colonia, es por lo que se encuentran constantemente, al lado de ornamentaciones típicamente criollas, otras de características exclusivamente europeas.

Como principales sitios de origen de los libros importados a la Nueva España, podrían señalarse tres.

Los de procedencia flamenca y alemana, que conservan restos de los peculiares entrelaces escandinavos donde las bandas de los lazos sufren en un atormentado y anguloso tejido y rematan en cabezas y en picos de aves marinas, en garras o en corvas extremidades que no conservan ya más que una remota ascendencia orgánica, marcada a menudo por un ojo, único resto de la primitiva cabeza de pájaro.

Llegaron a la Colonia también los de origen italiano, donde las capitulares se abrían en la colorida flora antropomórfica del Renacimiento; fueron éstos, en verdad, los que impresionaron más hondamente a los artífices criollos, y alrededor de las estructuras de hojas de acanto, de cuyo centro surgen amorcillos, se crearon los tipos principales de la ornamentación colonial.

Por otra parte, los miniaturistas de los libros producidos en España tenían aún presente la decoración árabe y por esto muchas de las letras ornamentadas en misales españoles, y muchas de las trazadas aquí, están formadas dentro del universo de entrelaces rígidamente geométricos, y sabiamente armónicos, tan propio de toda la decoración musulmana.

Para la existencia de un estilo autóctono, es necesario conocer el factor personal. Es cierto que durante los dos primeros siglos de la Colonia, no se admitieron indios en el clero, por lo que no se puede hablar aquí de fenómenos de interpretación, como ocurre con la escultura colonial, pero sí hay que tomar en cuenta el mundo en que vivía el miniaturista criollo. Un universo de vegetación impresionante, con una fauna siempre maravillosa—monos, pericos, armadillos—así como el fenómeno de los choques de razas y castas, y el marco de una arquitectura de elementos mestizos.

Así, el criollo tenía ya una sensibilidad propia, y tanto como en las artes populares seculares, la revela en este campo de la ornamentación de las capitulares; porque, a pesar de tener una función religiosa, no muestra en absoluto la limitación del cuadro de historia sagrada. Los elementos a que nos hemos referido como característicos en las diferentes letras ornamentadas de origen europeo, fueron modificándose, durante los primeros 150 años de la Colonia, hasta componer un estilo en el que los entrelaces góticos han florecido con claveles y rosas, bárbaras y brillantes, y el





trazo duro de la letra se cubre de follaje, de redondas y carnosas hojas que recorren todos los quiebres góticos. Y el trazo mismo se ha hecho más flúido, más sinuoso, aunque ha adquirido cierta torpeza y pierde mucho de su áspera energía. Es una corriente que, tras de cortar su camino en los roquizos *fjords*, se estira ahora por las blandas arcillas del altiplano.

Las elegantes curvas de los entrelaces moriscos adquieren un movimiento más vital, se alejan de su rigurosa simetría y se revisten de cierto carácter talarbartero; han abandonado el ritmo de las inscripciones islámicas para tener ahora la línea del lazo de los caporales.

Y la convencional vegetación del Renacimiento se ve recorrida por una savia nueva y agresiva, que la hace perder los perfiles clásicos de sus acantos para hincharse en follajes bulbosos que producen, no solamente amorcillos, a guisa de flores, sino que se transforman, directamente, sin la transición de la corola, en elementos antropomorfos. Las hojas mismas se encuentran de pronto cambiadas en mascarones grotescos y entre este follaje negro y húmedo vive una fauna tropical, donde el León de San Marcos es el soberano de una sociedad de pericos, venados, monos y pájaros heráldicos.

En dos ocasiones, en la ornamentación nórdica y en la ornamentación árabe, hemos visto que el cuerpo de las letras capitales está constituido por entrelaces cruzados, conforme a determinadas leyes, según el caso de que se trate.

Al pasar a la Colonia, el entrelace perderá lentamente su carácter bidimensional para moverse en nuestro mundo real de tres dimensiones.

Repentinamente, el listón se arranca del plano y se agita con una ondulación regular y continua, para después enroscarse en espirales, estirarse en ban-

se
nto
lla-
ra

das, anudarse con su punto de origen y describir, por sí solo, la forma toda de la letra.

La asimilación no se ha detenido allí. Los entrelaces abstractos se ven reemplazados por un nuevo elemento: dos tallos vegetales, dos lianas que se abrazan, se enlazan, convirtiéndose verdaderamente en un cable, por lo que hace a la regularidad de sus curvas, y viviendo, no obstante, con la actividad intensa de una planta trepadora. Constituyen el cuerpo, lo grueso, de la letra. Los delgados serán ramas que se alejan violentamente de este tronco.

Así, la capitular ornamentada en Nueva España se ha fundido ya con el barroco mexicano; ha logrado el milagro maravilloso de dotar de vida orgánica a los fríos elementos decorativos europeos.

Es el mismo caso de las fachadas suntuosas, donde la piedra misma fructifica en espléndidos ramos de granadas, de peras y de mangos.

Pero si el cuerpo de la letra ha sufrido un cambio tan extraordinario, el clima en que se mueve se ha alterado todavía más profundamente.

Las letras europeas yacían en fondos decorativos más o menos accidentados. Las capitulares Renacimiento sobre púrpura profundo, sobre negro o sobre oro. Las iniciales de origen árabe en fondos de tierras—ocre, siena—o sobre el claro beige del pergamino. Y los góticos austeros en el negro, rojo y azul de los miniaturistas del norte.

Ahora el fondo, atmósfera de la letra, irá adquiriendo una importancia cada vez más grande, hasta que llegue el trascendental momento en que se convierta en ilustración del canto contenido en el antifonario y haya dejado a la letra trocada en un mero accidente.

Al principio, el fondo irá llenándose con una decoración quizá más simple que la de los modelos europeos, pero resueltamente independiente de éstos, y por ello bárbara, chillona y revelando una ingenua ternura al colocar, casi siempre, tientos de flores en los espacios vacíos de la letra. Después irá convirtiéndose esta ornamentación floral en una caligrafía de hábiles trazos de pincel,



ENTRELACE
DE ORIGEN
ÁRABE .



ENTRELACE
MEXICANO
SIGLO XVIII



TRAZO DE
PLUMA GÓTICO.
ORIGEN FLAMENCO



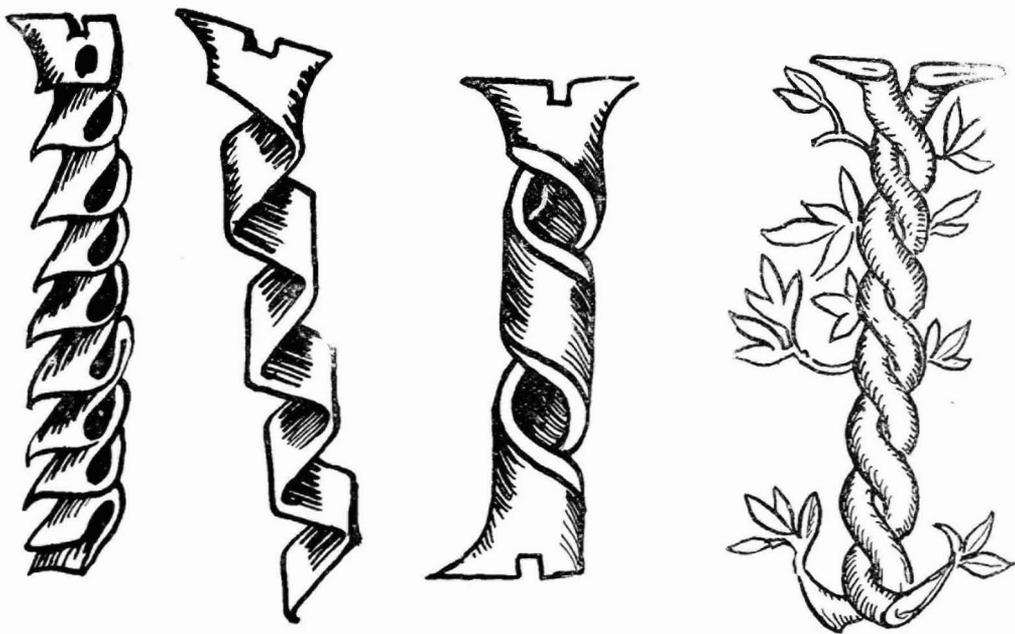
TRAZO GÓTICO,
MEXICANO, CON
ORNATO DE HOJAS
Y FLORES

muy semejantes a los que adornan la Talavera, o bien, indudablemente influida por este tipo de cerámica, se ordenará en mosaicos toscamente dispuestos, que recuerdan los revestimientos de las fuentes. Un poco más tarde, estos mosaicos se limitarán a formar un marco cuadrangular y empezarán a aparecer figuras en los huecos de la capitular, aludiendo al tema del libro.

Desde este momento, la letra, a pesar de su gran belleza, empezará a perder importancia y toda nuestra atención se concentrará en los fondos. Y no solamente nuestra atención, sino también la del miniaturista, porque cada vez aparecerán las figuras más finamente trabajadas, exquisitamente dibujadas las facciones y las manos, y prolijamente descritos los pliegues de las vestiduras. Al principio las figuras estarán aisladas sobre grandes fondos lisos, pero pronto aparecen detalles del paisaje: árboles, nubes, vagas indicaciones del terreno. Luego el paisaje se define; ya hay casas, iglesias, montañas, y en los aires se ciernen, primero, aislados serafines, y después, escuadrillas enteras de ángeles, arcángeles, tronos y potestades.

Pero la importancia de esta atmósfera donde se ha colocado la letra se hace evidente cuando notamos que el paisaje no es el escenario convencional de la gran pintura religiosa; por el contrario, es la representación más o menos infantil del paisaje y vegetación—magueyes—de la altiplanicie.

Al mismo tiempo las figuras han ido perdiendo su solemne posición de “imágenes” y se mueven ahora, con toda familiaridad, en pintorescas actitudes. La Historia Sagrada regresa aquí a la novela de aventuras, que fue en un principio, y los santos se caen del caballo, luchan a machetazos con el demonio y luego se tienden a dormir la siesta a la sombra de los capulines. Entretanto la



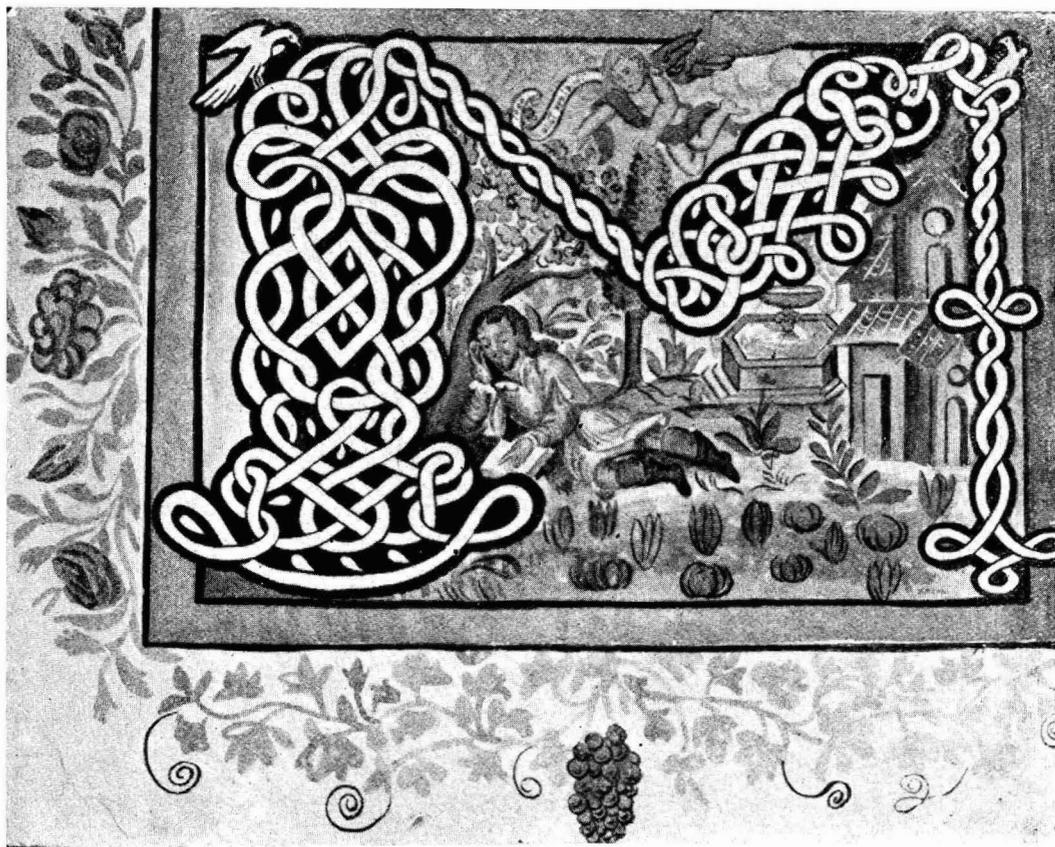
EVOLUCION DEL PRIMITIVO LISTON DE LOS ENTRELACES, HASTA ADQUIRIR FORMA ORGÁNICA.

vegetación ha crecido y desborda el marco de la capitular: por los márgenes de la página se retuercen las vides y sobre ellas trepan los rosales. Pero conforme el miniaturista ha ido interesándose en la anécdota, el acabado de las figuras ha bajado de calidad: las letras de este período son de un primitivismo energético, singularmente parecido al de los retablos de la pintura popular.

Paralelamente a esta evolución, en la ornamentación de las capitulares se encuentran algunos casos—poco abundantes, pero de mucho interés—donde la letra antropomórfica ha llegado a su expresión máxima y es, en realidad, un monstruo humano el que, con su cuerpo mismo, forma la letra, o como en el caso de los libros para el Oficio de Difuntos, la letra está hecha con huesos y calaveras.

Los tipos que hemos tratado, podemos decir que llegan hasta los finales del siglo XVII. Conforme se establece la transición arquitectónica entre el barroco y el neoclásico, también la decoración de los antifonarios la resiente.

Y cuando los grandes templos herrerianos se levantan, las capitulares adquieren un tono de elaborada retórica religiosa. Ocupan más de la cuarta parte de la hoja de pergamino y se convierten en pretenciosas y pedantes reproducciones de los asuntos y fondos de la pintura de esa época—grandes perspectivas de arcos y pilastras, muy a lo Vignole—, las figuras adoptan la musculatura artificiosa de las “academias” y se produce, rápidamente, una decadencia en esta interesante actividad.



De un modo bastante espontáneo surge la cuestión de las relaciones entre la letra miniada del libro de coro y la producción tipográfica contemporánea.

Éstos dos casos, el del libro tipográfico y el del libro misal, corresponden a funciones muy distintas, y como consecuencia natural, su estructura será muy diferente.

No es este el lugar para hablar de la evolución del libro; bástenos decir que su verdadera y más importante base es el hecho de la "reproducción", es decir, de la multiplicidad de ejemplares, y es suficiente este hecho para diferenciarlo radicalmente del libro de coro, que es un producto característico del artesanado, y no, como el otro, de condiciones ya industriales.

Porque si bien es cierto que el copista de libros de coro ejerce la función propiamente de reproducir ejemplares, las cantidades así obtenidas son exagera-





damente pequeñas, si se las compara con las que se obtienen por medio de la imprenta.

El volumen mismo del libro, o sea su estructura material, no guarda más que semejanzas aparentes con el libro de origen tipográfico. Sus materiales son muy otros—cuero, madera y pergamino, en lugar de cartón y papel—y su disposición ante el lector es también muy otra. Carece de índices, capítulos, *falsas*,

etc. En algunos casos aislados presenta un solo elemento, tomado del modelo tipográfico: la portada. Y en ellas si intenta el miniaturista seguir la corriente de las portadas, grabadas en madera o en cobre, de la época contemporánea. Vemos entonces unas ingenuas réplicas de la típica arquitectura de las portadas tipográficas y una técnica mestiza, en la que los elementos decorativos a pincel se mezclan con los ornatos del grabado.



Pero este caso de los libros con portada es poco abundante. Y aun en esos libros, una vez salvada ésta, recobra

el miniaturista su manera personal y desde la página adornada con la capitular ya todo el volumen tiene las características propias de su elaboración manual y

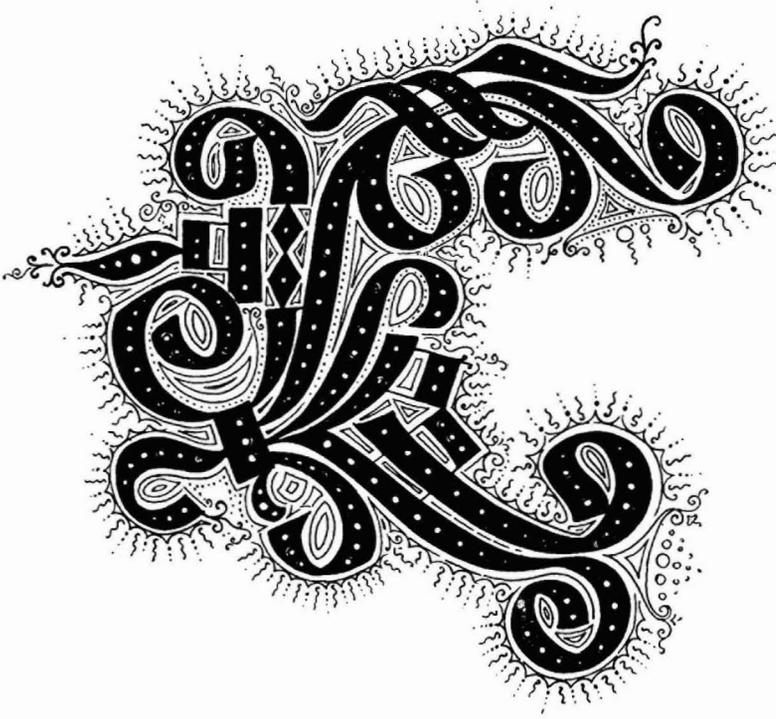
pierde, desde tal momento, todo parentesco con la tipografía de la época, puesto que el cuerpo del libro muestra la capital diferencia de que lo que en uno, en el impreso, es texto de líneas de palabras, en el otro es simplemente fajas de pentagrama, casi siempre gruesas barras de rojo minio, cruzadas por las notas "cuadradas" que se trazaban con ayuda de una varita de madera mojada, aquí en la Nueva España, en la parda tinta de huizache que fue el único sustituto posible de la tinta de "sepia" europea. Es así evidente que el libro de coro no ostentará números de página ni de folio, y como al mismo tiempo cada libro contiene un solo canto, carecerá también de división en capítulos.

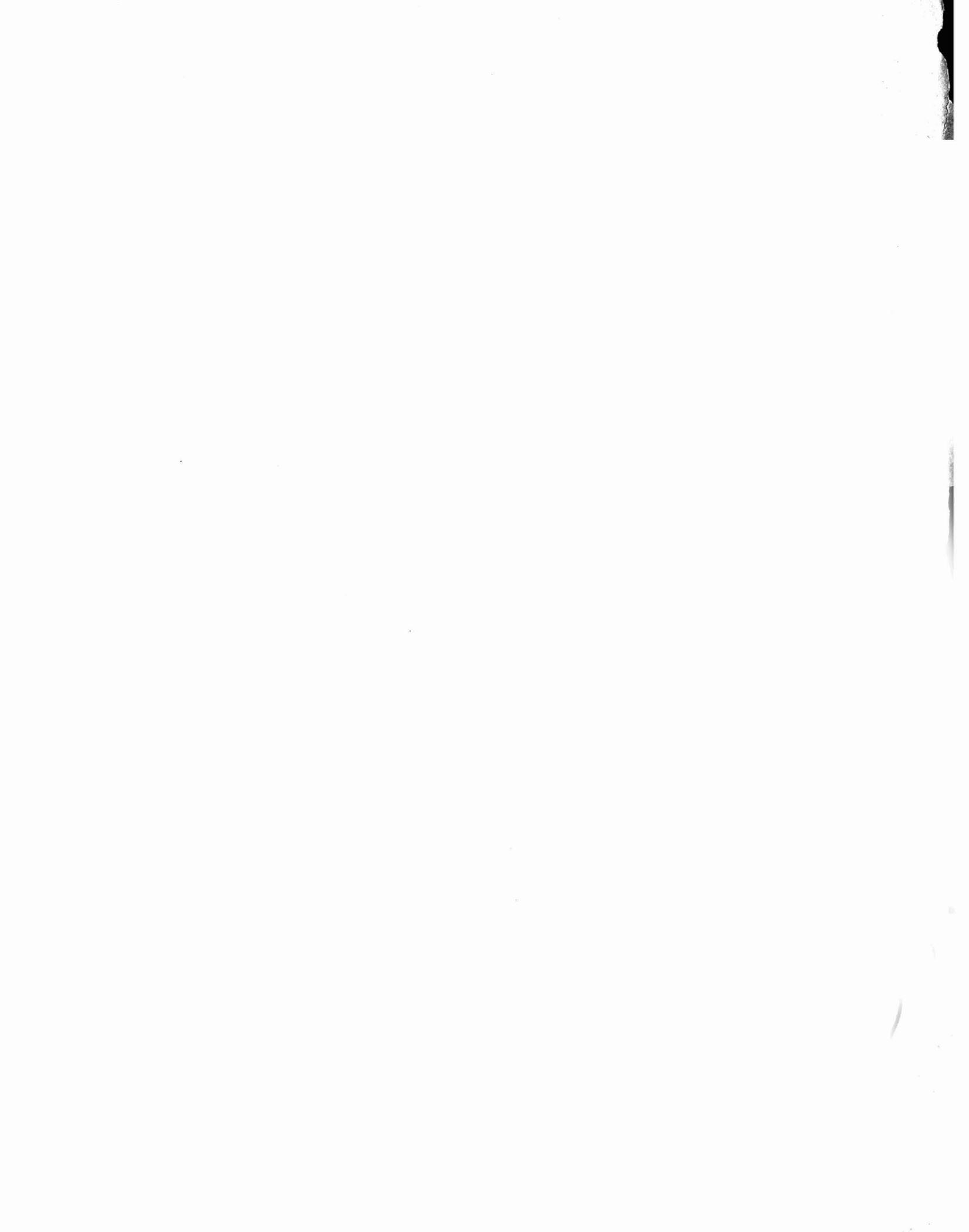
Son todas estas desemejanzas las que nos hacen considerar que los libros de coro, como productos de elaboración directamente manual, no guardan más que una afinidad relativa con las creaciones de la tipografía.



Ya estos apuntes dejan suponer el interés que para un estudio de la pintura popular mexicana reportaría la edición, preparada con amplitud y técnicamen-

te perfecta, de los innumerables ejemplos y sugerencias que el tema aquí esbo-
zado traería forzosamente.



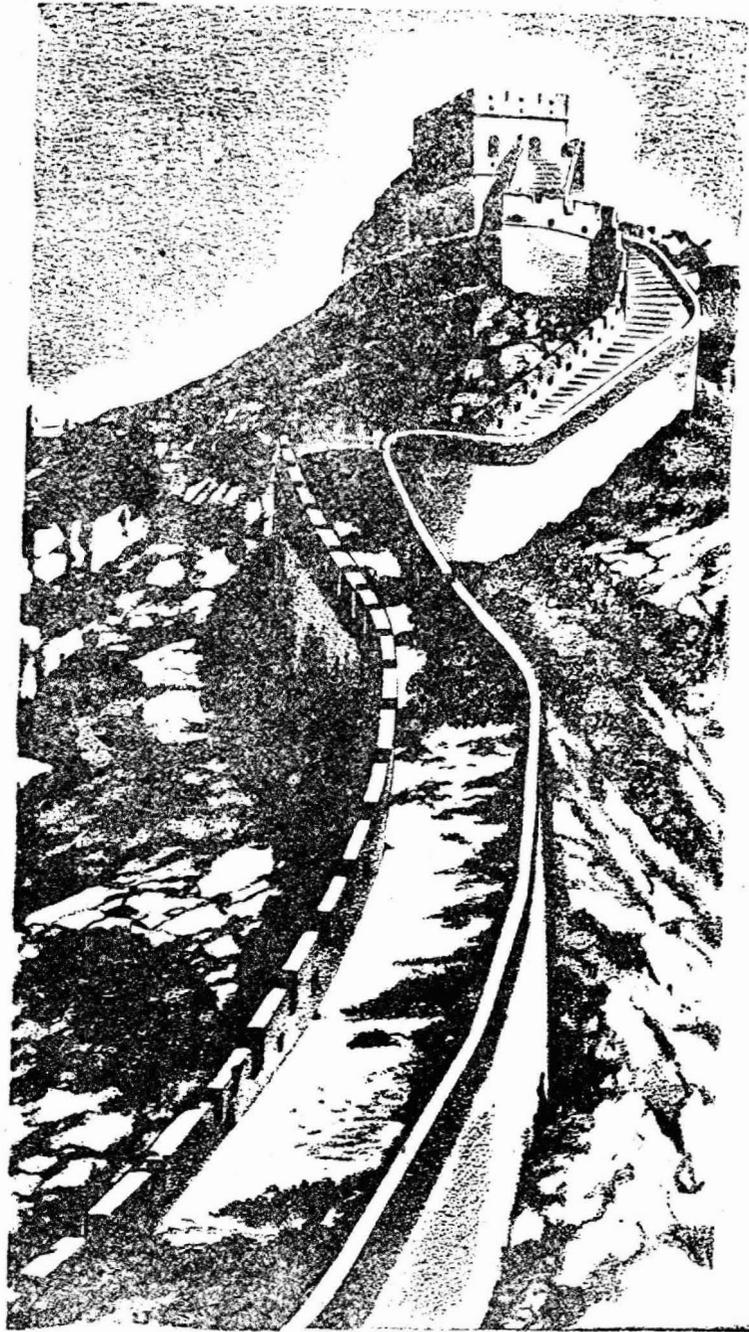




Tingüna

de las obras que hoy
son la maravilla del
mundo se hubieran
realizado sin la
COOPERACION

Si Ud. **COOPERA**
con el Gobierno para
pagar la deuda del pe-
tróleo, el honor de
México se habrá sal-
vado.



15 de Julio **MEDIO MILLON**



para Ud. y muchos
miles de pesos pa-
ra pagar la deuda
del petróleo.



UNIVERSIDAD
Mensual de Cultura Popular

R A D I O
UNIVERSIDAD
N A C I O N A L



XEXX 1170 Kcs. Onda Larga

XEYU 31.25 Mts. Onda Corta



DEPARTAMENTO DE ACCION SOCIAL

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL